Bianca

aventura, intriga y pasión.

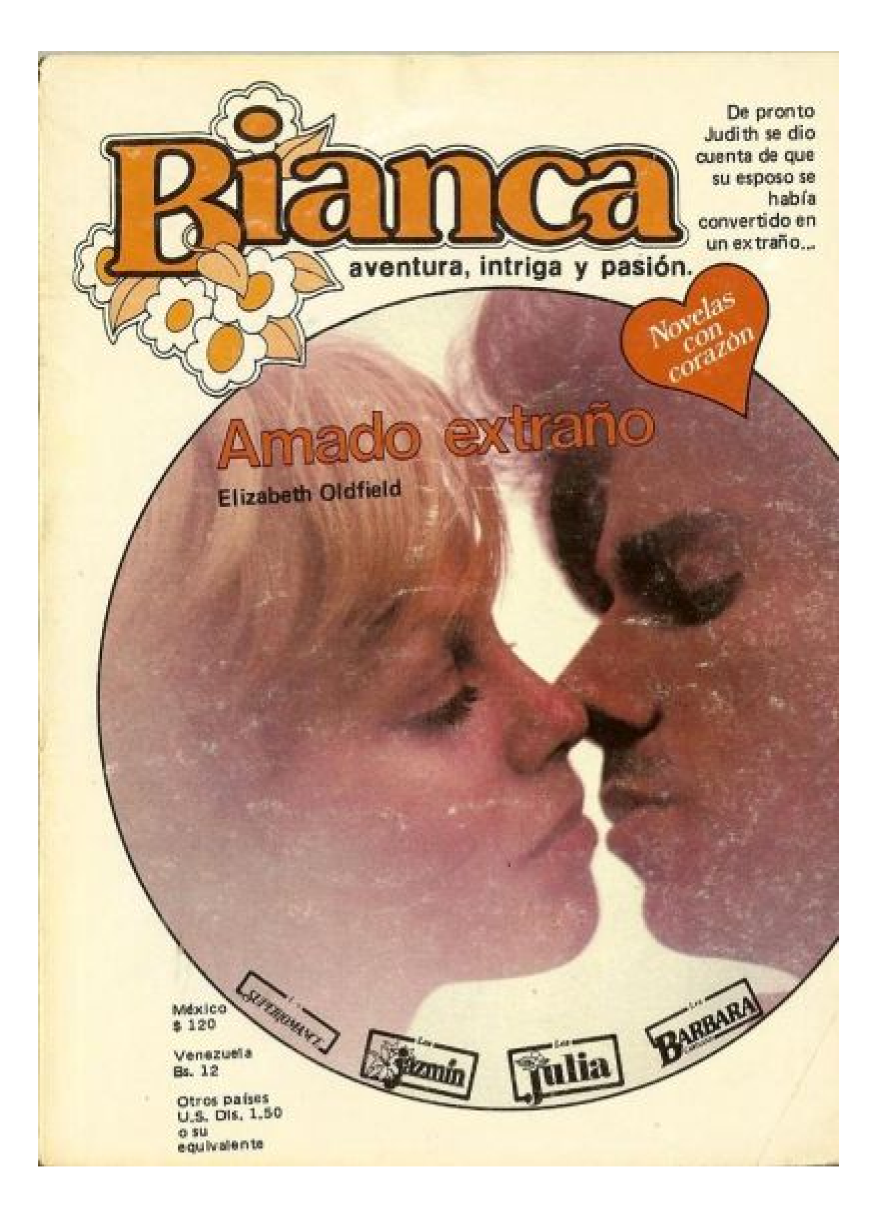
De pronto Judith se dio cuenta de que su esposo se había convertido en un extraño...

Novelas con corazón

Amado extraño

Elizabeth Oldfield

Separación forzosa
Amado extraño
Elizabeth Oldfield



Separación forzosa (1985)
Harmex: Amado extraño (1984)
Título Original: Beloved Stranger (1983)
Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Bianca 147
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Lincoln «Linc» Cassidy Mark II y Judith Cassidy

Argumento:

De pronto Judith se dio cuenta de que su esposo se había convertido en un extraño…

Judith y Linc habían estado separados durante casi un año… desde que un grupo de terroristas en Malasia, lo tomo como rehén. Al recibir la noticia de que su esposo había sido liberado, ella quedo anonadada.

Cuando volvieron a reunirse, descubrieron que los dos habían cambiado: él se había convertido en un extraño frío e indiferente y ella en una próspera mujer de negocios.

Sin embargo, Judith albergaba la esperanza de que el tiempo volviera a acercarlos, mas al saber la razón de su indiferencia… se esfumaron sus ilusiones.

Capítulo 1

—¿Jude, cuál es la prisa?

El sonido de pisadas que se escuchaban por el pasillo se detuvo de pronto. Colocándose los lentes oscuros, Judith Cassidy se dio la vuelta y miró al hombre que la llamaba.

—¡No me llames Jude!

El joven frente a ella se mordió el labio inferior.

—Linc lo hacía.

Ella frunció el ceño enfadada.

—*Solo* Linc —replicó la chica.

Él se encogió de hombros sonriendo afectuoso y el enfado de la chica se disipó. No era justo que Wayne tuviera que aguantar su mal humor; él no era responsable de que la cabeza le doliera tanto.

—Discúlpame, no me siento bien.

—Tienes todo el derecho a mostrar tu estado de ánimo. Grita y patalea si así lo deseas —él bromeó manteniendo los ojos fijos en ella.

—Las demostraciones públicas no son mi estilo y tú lo sabes —la chica contestó y su tono cortante daba por terminada la conversación.

Judith guardó los lentes en el bolso y empezó a caminar acompañada del hombre hacia la arcada donde estaba la zona comercial. El sol y el calor habían quedado atrás de las puertas del Sentosa Country Club. Aquí, al amparo del aire acondicionado, todo era diferente… un mundo de elegancia que envolvía a los viajeros internacionales que podían pagar el hotel más caro de la isla de Penang. El contraste entre el exterior y el amplio espacio fresco que reinaba en el interior, siempre la intrigaba.

—¿Cuál es la prisa? —Wayne Templeton preguntó de nuevo, apresurando el paso para alcanzarla—. Ninguna de las tiendas está abierta aún.

—*Boutiques* —corrigió la joven adoptando su pose usual—… *Boutiques* es más elegante que tiendas.

Él sonrió mirándola.

—Entonces *boutiques*, con una dama muy elegante a cargo de la sección de antigüedades.

—Gracias, amable señor —Judith comentó a la ligera, disfrutando del cumplido y al mismo tiempo alterada por él. En forma deliberada, la chica se alejó de la mirada penetrante de aquellos ojos grises para revisar los escaparates… había artículos de piel, diamantes, relojes de oro y acero inoxidable. Anuncios discretos en las puertas mostraban los nombres de modistos famosos… Lanvin, Girard-Perregaux, Van Cleef y Arpels, Gucci. Vecinos impresionantes para una exazafata de

Inglaterra, reconoció, pero lo estaba haciendo muy bien. El negocio prosperaba. Cuando dieron vuelta a la esquina y la puerta familiar de Mandarin Antiques apareció ante su mirada, sus ojos azules se iluminaron. Los arcones coreanos, los muebles incrustados con madreperlas, la cerámica china y la plata acomodada en el escaparate la hicieron sentirse satisfecha. Mandarin Antiques era su vida ahora… era todo lo que tenía.

La joven buscó las llaves en el bolso.

—Me agrada llegar temprano. Es más fácil revisar la correspondencia y hacer las llamadas telefónicas antes que el primer cliente llegue.

—Vamos, Judith —le dijo Wayne frotándose la mandíbula—. Estoy seguro de que Rosiah puede hacerse cargo de los pocos turistas que hay ahora.

Seleccionó una llave y la colocó en la cerradura.

—Rosiah es muy eficiente pero… —estuvo de acuerdo reacia.

—Sé honesta, la chica es por completo confiable. Debes delegar más responsabilidades en ella.

La barbilla femenina se irguió en un gesto de terquedad.

—Prefiero hablar con los clientes yo misma. Conozco mejor la historia de cada pieza que Rosiah. Después de todo, la tienda…

—*Boutique* —él la interrumpió burlándose.

—La *boutique* —corrigió—, es como pan y mantequilla.

—Y jamón.

—Sí, gracias al cielo. Realmente ha mejorado en estos últimos seis meses.

—Te estás convirtiendo en una brillante dama de negocios —le murmuró él cerca del oído—. Trabajadora, inteligente, como un ojo muy especial para las oportunidades, y además, con una magnífica figura.

—Recuerdo que me dijiste hace poco que era una mujer delgaducha —contestó alerta, decidida a mantener un tono ligero. Había algo en la actitud de Wayne, esta mañana, que la perturbaba. Él siempre había sido franco en su afecto hacia ella. Por lo general, bromeaba diciendo que… si él la hubiese conocido antes, Linc no hubiera tenido ninguna oportunidad. Todo en broma, desde luego, ya que Wayne, el primo de Linc, estaba casado con Esther desde hacía diez años. Se negó a seguir pensando en eso. No era el momento de poner en duda los sentimientos de Wayne, sobre todo cuando ella no podía ni manejar los propios.

—En ese entonces, realmente estabas flacucha —comentó riéndose.

—¿Qué quieres decir con… entonces? —Judith preguntó inclinándose para quitar la llave del candado que estaba al nivel del suelo.

—¡Grr! —gruñó el hombre y trató de tomarla por la cintura.

La chica se hizo a un lado para evitar el contacto.

—Te refieres a antes que Linc desapareciera, ¿no es así? —demandó Judith.

—Mmm —estuvo de acuerdo asintiendo—. Cuando Linc estaba aquí, él mandaba, y creo que tú te contentabas con observarlo y dejar que así fuera —Wayne miró el anunció en la puerta: *J. Cassidy propietario*—. Él se llevaría un gran susto si supiera que te has convertido en una mujer de negocios y con mucho éxito, por cierto.

—Yo no era una inútil cuando él estaba aquí —protestó—, tú tienes una impresión equivocada. Fui azafata por cinco años y siempre he sido muy capaz.

Él hizo una caravana disculpándose.

—De acuerdo —sonrió—, reconozco que eres muy inteligente, solo que no habías utilizado esa inteligencia antes.

—Para ser justos, nunca hubiera podido comprar esta tienda de no haber sido por la ayuda de mi esposo —reconoció—, aunque él no lo sabe, Linc me financió la compra, ya que la mayoría del dinero vino de la venta del Mercedes.

Judith se puso de puntillas tratando de quitar el pestillo que estaba en la parte de arriba de la puerta. Wayne la observó, fijándose en las líneas de su cuerpo: sus pequeños senos, la delgada cintura, las armoniosas caderas y reconoció por milésima vez, que Linc era un tipo con suerte.

—Hazte a un lado —le ordenó para ayudarla.

—¿Qué haría sin ti? —Judith bromeó, pero de inmediato se arrepintió. Wayne había sido bueno con ella, pero existían ciertos detalles que le demostraban que su actitud estaba cambiando.

La joven dio un paso hacia un lado. Algunas cartas estaban tiradas en el suelo.

—En realidad me las arreglo muy bien sola —agregó con firmeza, recogiendo las cartas y abriendo la puerta. Entró, dándose cuenta de que Wayne la seguía muy de cerca. Cuando ya estaba colocada detrás del escritorio, se volvió para verlo—. Fue muy amable de tu parte el venir y en verdad lo aprecio, pero…

Una carcajada interrumpió sus palabras.

—A veces pareces muy inglesa —señaló él burlándose de la chica.

—Pero yo *soy* inglesa.

—Pero has estado casada con un… un neoyorquino por casi dos años, yo hubiera pensado que algo de su acento se habría infiltrado en ti.

—Pues no ha sido así, y, como Linc ha estado ausente durante los últimos doce meses, ese período de mi matrimonio no cuenta.

—*Casi* doce meses —la corrigió el hombre doblando los brazos y

mirándola detenidamente.

Judith se volvió y se puso a revisar los sobres. No había necesidad de que él lo hiciera notar, ella sabía muy bien cuántos meses, semanas y días habían pasado desde que Linc fue tomado como rehén. Incluso, una noche que estaba a solas en su *bungalow*, Judith tomó la calculadora y con morbosidad calculó las horas y los minutos que habían pasado desde la última vez que lo vio. El total había sido alarmante y una vez más se puso a llorar hasta quedarse dormida. Metió el dedo en uno de los sobres para abrirlo diciéndole:

—No había necesidad de que vinieras esta mañana —la joven insistió obligándose a olvidar sus antiguos pensamientos.

Wayne se inclinó sobre el escritorio diciendo:

—Cariño, ese labio superior muy inglés, ha estado trabajando de más estos días. Una y otra vez estoy a punto de creer que vas a ceder y te lanzarás a llorar, luego, solo los muerdes y de nuevo te conviertes en una mujer de negocios. La dama de hielo.

Evitando mirarlo, Judith vio un cartel que estaba sobre la pared. *Penang, La Perla de Oriente,* decía, y mostraba una franja de arena muy blanca sobre el cielo azul. La playa podría ser cualquiera, ya que la isla estaba llena de ellas, pero la chica, sabía con exactitud dónde había sido tomada esa foto… Monkey Bay. Un lugar alejado, el cual ella y Linc descubrieron cuando fueron a velear un fin de semana. Habían encontrado un lugar claro entre las palmeras. Bebieron vino e hicieron el amor muy despacio… Ella apretó los dedos, encajándose las uñas en la carne.

—Ya te lo dije antes, no me agrada hacer demostraciones en público —comentó cortante—, como algunas personas. Como los estadounidenses —agregó sonriendo divertido.

—Tal vez el estadounidense en general es más… más extrovertido que el británico —Judith reconoció—. En realidad yo estaba pensando en Magda, y no es que ella no sea una estadounidense típica.

Su suegra poseía el repertorio más increíble de emociones, desde la desesperación hasta la felicidad delirante y las demostraba en forma abierta, lo cual encontraba Judith embarazoso en muchas ocasiones, ya que Magda le demostraba al mundo lo que sentía al máximo detalle. En los primeros días en que su hijo fue tomado como rehén, Magda visitó Penang, donde había llorado en forma teatral sobre cada hombro masculino que encontró, aunque nunca lo suficiente como para despegar sus pestañas postizas. Cuando estaba con ella no hacía estas escenas, se conformaba con apretar las manos y hacer gestos patéticos que, según Judith, había de seguro visto en alguna película antigua.

«Mi hijo, mi devoto hijo», Magda exclamaba en una ocasión, explicando que su hijo había nacido cuando ella era solo una niña.

«Pobre de mí, toda mi vida ha sido una constante lucha. Primero, mi esposo me fue arrebatado por el destino, y ahora mi hijo, he perdido a mi único hijo. Llevábamos una relación muy especial, estábamos tan unidos.»

Judith se vio obligada a morderse el labio para evitar contestarle con la verdad. Linc dejó su casa cuando era un adolescente y solo la visitaba algunas veces. Tenía un sentido muy desarrollado del deber, el cual lo obligaba a hacerle caso a todas sus demandas y exigencias. La madre, jugaba el papel de la pequeña niña perdida, un rol que Judith consideraba curioso para una mujer de cincuenta y tantos años, pero según parecía, siempre había sido así. Magda nunca cambiaba, y Linc siempre juraba que la *próxima* vez se negaría a hacer caso a los llantos de su madre, pero nunca lo hacía.

Él no se hacía ilusiones. La urgencia de Magda por verlo siempre surgía cuando su compañero de turno se cansaba y ella no encontraba aún algún sustituto. Linc era el único hombre estable en su vida, él no podía alejarse. Para ser justa, Judith pensó, un fuerte lazo de lealtad lo unía a ella. Cuando un galán aparecía en la vida de Magda, ella lo bombardeaba con cartas o llamadas telefónicas diciéndole cómo era, y de no recibir contestación inmediata, se presentaba en su puerta para pedirle consejo.

La boca de Wayne hizo una mueca.

—Magda atraviesa por más crisis durante un solo día que la mayoría de las personas en toda una vida. Linc siempre dijo que su padre murió porque su sistema nervioso estaba exhausto. Ella puede ser un dolor… —su voz se interrumpió—. Papá nunca tiene tiempo para ella, jamás pensarías que son hermanos. Él es muy reservado mientras que la tía Magda… Cuando comienza con sus historias sobre sus ancestros reales rusos, bueno, papá casi se pega al techo. Magda tiene un don especial para la fantasía y el romance, debería ser actriz. Linc se moriría si supiera cómo aborda a extraños para contarles su tragedia. Desde luego, altera la versión de su desaparición, dependiendo de quién la está escuchando. Incluso, la he escuchado decir que Linc era un agente secreto y que tenían comunicación directa con el presidente —lanzó un silbido—. Gracias a Dios que él es un tipo centrado competente de treinta y cinco años y con los pies bien puestos sobre la tierra. Toda la vida, Magda ha tratado de hacerlo responsable de ella, inclusive a distancia.

—En lo emocional nunca se ha liberado. Realmente creerías que él es el padre y no el hijo. Es muy paciente con ella —señaló indiferente.

—¡Demasiado paciente! Yo ya le hubiera mostrado la puerta hace mucho.

—Él no pude hacer eso, es su único hijo.

—Magda demanda demasiado de él.

—Él en realidad estropeó los planes de su madre, cuando se casó, cometiendo un pecado mortal, con una simple chica inglesa —sonrió burlona.

Wayne rio.

—Estropeaste todo, cariño. Debiste haberte dado algún título de nobleza para hacerla feliz.

—Apuesto a que ella ya contó por ahí, que soy íntima amiga de algún duque o duquesa. Sabes cómo estaba en nuestra boda, desesperada por encontrar algún vínculo entre mi familia y la aristocracia inglesa.

—Pero no hay chicas tan lindas como las de California —Wayne comentó imitando la voz de su tía—. Ella no estaba entusiasmada con la idea de que Linc se casara, ya que siempre deseó que lo hiciera con Suzanne, la hija de un millonario que ella conocía en Palm Beach. Magda siempre se imaginó que él viviría en una villa gigantesca y muy lujosa con un apartamento especial para ella al lado —encogió los hombros—. El destino es peor que la muerte.

Wayne observaba a Magda en línea paralela a su hijo. Los hombres crecieron juntos en Los Angeles, jugando en el mismo barrio y asistiendo a la misma escuela. Cuando Linc se enlistó en la Fuerza Aérea, Wayne lo hizo también, luego, los dos se convirtieron en pilotos comerciales. Tres años antes, Wayne aceptó feliz ser socio de Linc. Compraron un helicóptero y formaron una compañía en Penang.

—El vivir en Estados Unidos como Magda desearía, sería un infierno —Judith declaró sonriendo—. Nunca nos dejaría en paz.

—Y vaya que Linc lo sabe. Él se escaparía tan pronto como pudiera. ¿Por qué supones que decidió convertirse en piloto? Para poder alejarse de Magda lo más posible.

—Disfruto el platicar contigo, Wayne —la chica sonrió—, me levantas la moral, eres como una especie de terapia —dejó caer la carta sobre el escritorio y caminando alrededor del mismo colocó los dedos alrededor de la muñeca masculina—. Todos los demás me tratan con delicadeza. O bien evitando el tema de Linc para todo, o se portan tan… tan solícitos que me dan ganas de gritar. Las personas no saben bien cómo consolarme. Creo que no hay mucho qué decirle a una mujer cuyo esposo ha estado cautivó por tanto tiempo —sus dedos se apretaron en forma involuntaria—. Tú haces que Linc tome forma y es como si él hubiera estado aquí ahora que estoy hablando contigo. Gracias —terminó sonriendo triste.

—Pero él no está aquí ahora, cariño —Wayne cubrió su mano con la suya—. Lo siento, pero ya es tiempo de que enfrentes los hechos, Linc ha estado ausente alrededor de doce meses sin ninguna noticia sobre él. Tú casi aceptas la posibilidad de que tal vez nunca regrese.

—¡No! —exclamó—. No, aún no.

—En cinco días más, él llevará un año fuera. En un principio, estuviste de acuerdo en que esperaríamos un año antes de llegar a alguna conclusión.

—Tú lo dijiste, un año.

Él suspiró.

—Yo sé que es difícil, Judith, pero no puedes continuar así, esperando que algún día regrese. Linc no desearía que tú vivieras de esa manera por el resto de tu vida.

—¿Cómo? —preguntó la chica enfadada.

—Como una solterona dedicada —él miró el mobiliario y los adornos—. Hay cosas más importantes en la vida que administrar una casa de antigüedades en un hotel. Eres bonita y joven para negarte a tener otro esposo y una familia.

—Yo tengo un esposo y casi tuve una familia.

—Y cuando perdiste al niño fue como una bendición disimulada —el hombre lo dijo con una franqueza poco característica en él. Wayne la tomó por el codo, pero cuando ella trató de alejarse, apretó su mano deteniéndola—. Ve las cosas como son, si el nene hubiese vivido, tú nunca hubieras podido llegar a tener este negocio, además, tus padres y Magda te hubieran presionado para que abandonaras Penang. Es solo porque Esther y yo estamos aquí que han aceptado la situación —él la sacudió—. Sin embargo, tú insistes en vivir sola en ese *bungalow*, cuando estarías mucho mejor en este hotel. El señor Cheng dijo que podrías cambiarte cuando lo desearas.

—No trates de administrar mi vida —le amenazó—. No estoy sola en el *bungalow*, Ah Fong viene todas las noches a dormir conmigo. Y en cuanto a quedarme en Penang, bueno… —comenzó a tartamudear—, al menos así estoy cerca de Linc… geográficamente. Y estaré aquí para cuando regrese. Tengo intenciones de quedarme en este lugar para siempre.

Con un sentimiento de frustración se dio cuenta de que la actitud de Wayne estaba cambiando en más de una forma. Era la primera vez que le hablaba de forma tan hiriente sobre el niño, y esto la lastimaba. Ella no sabía que estaba embarazada cuando Linc fue tomado como rehén. Dos meses más tarde, Judith perdió al nene y fue demasiado horrible como para poder decir, a sangre fría, si había sido bueno o malo. El hijo de Linc sería lo único tangible que tendría para recordárselo, pero el destino interfirió. Después del tormento inicial de perderlo… ella llegó a una conclusión. La única manera de sobrevivir, era buscar una alternativa para desahogar sus emociones. La desesperación, si uno es demasiado indulgente, puede ser contraproducente y no tenía caso lamentarse. Mandarin Antiques había aparecido y ella lo vio como una oportunidad de oro. La chica tragó para ahogar un lamento en su garganta. Ya era hora de que se

hubiera adaptado a la idea de perder al nene y a Linc, pero en vez de eso, parecía que cada día se hacía más vulnerable.

—La semana siguiente analizaré la situación —la chica prometió forzando una sonrisa—. Al menos concédeme el año completo, no me precipites.

—No te estoy precipitando —aseguró el hombre—, hubiese sido diferente si hubiera habido alguna nota de rescate, al menos si no por Linc, si por Kee Ann. Tan pronto como los secuestradores descubrieran que era hija del millonario Cheng Boon Seng, era de imaginarse que pedirían rescate.

—Así es que tú crees que no hay… ¿no hay esperanzas? —la chica no podía aceptar la posibilidad de que Linc estuviera muerto. La idea, desde luego, no era nueva; ésta le venía a la cabeza cada vez que se encontraba en la cama durante la noche.

—En realidad no lo sé. El señor Cheng hizo que investigaran la zona desde la frontera de Malasia hasta Tailandia, cuidadosamente. No reparó en gastos, pero es un área muy amplia. Buscar a un pequeño grupo de comunistas insurgentes es como buscar una aguja en un pajar —él la soltó un poco—. ¿Has tenido noticias del consulado estadounidense?

Cuando Wayne la soltó, ella dio un paso hacia adelante. Había sido un error dejar que el primo de su esposo la tocara.

—No hay nada nuevo. El hombre del consulado es muy amable y comprensivo, pero lo único que sabe es que Linc y Kee Ann fueron capturados a unos kilómetros de la frontera norte de Tailandia por un pequeño grupo de terroristas.

Los ojos grises de Wayne la siguieron mientras ella daba la vuelta al escritorio. Tomando de nuevo las cartas, la chica pretendió revisarlas. «No me mires de esa manera», imploró en silencio. «Eres un hombre atractivo y yo te estimo, has sido como un hermano para mí, pero eso es todo». Cuando Linc desapareció, ella corrió a los brazos de Wayne para que la consolara, sin pensar que él pudiera interpretar mal su acción.

La chica se quedó mirando el vacío. Judith le estaba agradecida por su desinteresado cuidado y consideración. Sin embargo, pensándolo bien, ¿no le había agradado sentir sus brazos alrededor de su cuerpo? Sí, tenía que ser honesta aunque fuera un brutal reconocimiento y era la primera vez que ella veía su relación desde este ángulo. Doce meses resultaba demasiado tiempo para permanecer sin ser tocada, acariciada, amada. Ella se sentía sola. «Linc», suplicó, «vuelve pronto, querido». Movió la cabeza regresando a la realidad.

—El señor Cheng vino a verme ayer. Él confía en que Linc y Kee Ann sean descubiertos pronto. Él tiene mucha confianza en que la habilidad de Linc los saque de este aprieto.

—Yo también —Wayne reconoció—. Él es frío, calmado y controlado, muy ecuánime. Después de toda una vida de sobrevivir junto a Magda, una banda de comunistas debe ser cosa fácil.

Su tensión comenzó a desaparecer. Optimismo era lo que le hacía falta y no tenía caso pensar de forma negativa. Cuando llegara el momento se enfrentaría a lo peor, pero no ahora. Más valía esperar a la siguiente semana.

—¿Cómo está Esther? —preguntó la chica forzando una sonrisa.

—Obsesionada con Robbie, como siempre —contestó cortante—. Los problemas de su dentadura, su desarrollo mental y físico, la mantienen ocupada durante todo el día, podría jurar que es el primer año que ha existido.

—Él es tu hijo y heredero, además, estuvieron casados muchos años antes de poder tenerlo. Esther estaba desesperada por concebir un hijo; es obvio que se sienta interesada por él —replicó enfadada.

—¡Interesada! Está frenética. El otro día sugerí que lo dejara con la *amah* para pasar un fin de semana solos en Singapur, pero no quiso ni escucharme. Desde hace seis meses que nació el nene, mi esposa no ha salido de la casa, cualquiera pensaría que estaría ansiosa por salir —comentó molesto—. Y ahora, de nuevo desea que intentemos tener otro niño. Ni loco —terminó severo.

—¿Por qué no?

—Porque yo no le doy esperanzas a un matrimonio en el cual la esposa solo piensa en criar a sus hijos.

Judith lo miró alarmada.

—¿Y qué quieres decir con exactitud?

—Nada, pero no levanta el ánimo saber que solo se hace el amor para producir niños. Ya era bastante malo antes que Robbie naciera, teniendo que hacerlo a requerimiento en el día correcto, a la hora adecuada, y ni loco volvería a pasar por eso otra vez. Si eso es lo que Esther quiere, un padre para sus hijos, entonces, que busque en otro lado.

—No te preocupes, ella solo está pasando por una etapa crítica —Judith dijo con calma, tratando de imaginarse, divertida, cómo sería hacer el amor a requerimiento, como él lo había dicho en forma tan graciosa—. Tu esposa, pronto se dará cuenta de que el mundo no gira alrededor de Robbie.

—¿Lo hará?

Wayne estaba exagerando, pensó. Esther era una chica normal que deseaba tener una familia feliz. No parecía pedir mucho.

—Mira, por qué no vienen los tres a pasar este fin de semana conmigo al *bungalow* —sugirió—. Estaré en la *boutique* por la mañana, pero puedo hacer arreglos para tener la tarde libre, como tú dices, me hará bien descansar un poco y el viaje hasta aquí le dará un descanso

a Esther. Ya sé que aún sigue siendo Penang, pero es una parte distinta de la isla. Puedes utilizar la piscina, el señor Cheng nos dará permiso.

—Trataré de persuadirla, supongo que tal vez acceda si se trata de una pequeña excursión —dijo el hombre mirando su reloj—. Es mejor que suba para ver al señor Cheng. Lo llevaré al aeropuerto, luego viajaremos al sur de Singapur.

El señor Cheng Boon Seng, un viejo amigo de Linc, había contribuido con algo de capital para comprar el helicóptero de la compañía, con la condición de que él y su familia tuvieran prioridad en su uso. Con negocios por todo el sureste de Asia, el enigmático señor Cheng viajaba casi sin parar. Cuando decidió establecer su residencia en el *penthouse* del Sentosa Country Club, se había asegurado de que una pista y un hangar se hicieran en esa propiedad. Linc y Judith rentaron un *bungalow* cerca del lugar, mientras que Wayne lo hizo cerca del aeropuerto.

Había sido rutina para Linc el llevar al señor Cheng al aeropuerto en el helicóptero, cuando necesitaba tomar alguno de sus aviones ejecutivos para un viaje lejano. En esos días, Wayne se encargaba de la parte turística del negocio, llevando a los viajeros a las islas o a Butterworth en Malasia. En pocos meses, la compañía ganó renombre por su confiabilidad… Linc era el responsable de proporcionar un excelente servicio y llevar las buenas relaciones con los clientes.

Contenta, Judith sacó una llave extra de su casa del bolso.

—Aquí tienes, entren cuando lleguen el sábado.

—Gracias —comentó Wayne guardándola.

—¿Continúa habiendo muchos pasajeros para los vuelos? —preguntó la chica.

—Más de los que quisiéramos.

—Entonces, por qué no…

—¿Nos expandimos? —Terminó haciendo un gesto—. No soy como tu esposo, que siempre desea más. Yo estoy feliz como estamos ahora. Sin embargo, el señor Cheng cree que debemos hacerlo, así es que voy a ir a Sabah con él. Hay allí una persona que desea deshacerse de dos Fokkers que están casi nuevos. Vamos a verlos…

—No te apresures tanto —interrumpió la chica burlándose.

—Yo solía pensar que solo Linc vivía dos veces más rápido que la demás gente, pero ahora empiezo a sospechar que tú eres igual —Wayne se frotó la mandíbula—. Has cambiado, cariño, Linc va a tener mucho qué hacer cuando… —dudó—, si es que regresa a casa.

El cabello rubio cenizo cubrió su cara cuando ella se inclinó sobre las cartas. Decidió ignorar el mensaje que él le enviaba. ¿Cuándo? ¿Si acaso? Linc tenía que regresar, debía hacerlo.

Tengo que hacer entender a Wayne que sus obligaciones están con Esther y no conmigo, pensaba decidida Judith mientras escribía una nota en el margen de un sobre para carta. Debería advertirle, pero ¿cómo hacerlo sin lastimarlo?

Él llegó esa mañana al *bungalow* cuando Judith desayunaba, diciendo que se había enterado de que su coche estaba en servicio y que la llevaría al hotel. Era un gesto muy amable, pero innecesario. Los taxis pasaban con frecuencia frente a su casa y en caso de no encontrar ninguno, ella podía caminar. Era verdad que llegaría acalorada sudando, ya que estaban en verano y el sol del trópico era intenso a esa hora de la mañana, pero podría recobrarse pronto.

Decidió hablar con él en la primera oportunidad. Le diría que tenía que dedicar mayor atención a su esposa y no a ella. Sería difícil, ya que Judith siempre recibió con alegría sus atenciones, pero había sido una ingenua al permitir esto, se mordió triste el labio. Si sus sentimientos no la engañaban, Wayne estaba cambiando su actitud, y esto solo podría traer problemas. Pero él estaba equivocado si pensaba que ella haría algo para alterar su matrimonio con Esther, aun y cuando ellos estuvieran pasando por un mal momento ahora. Los dos la habían acogido y apoyado cuando Linc decidió casarse contra la voluntad de Magda. Desde que Robbie nació, ella casi no había visto a Esther, pero esto no tenía importancia. Cuando Linc estaba, salían mucho los cuatro y disfrutaban de esta amistad que era muy apreciada por ella, no había que alterar eso, pensó mordiendo la punta de la pluma. Si solo Wayne no fuera tan atento y Linc no hubiera sido capturado, pensó afligida.

Qué bien recordaba el impacto de su primer encuentro. Ella y Teresa, otra azafata, habían llegado al hotel de siempre en Singapur después de un largo viaje solo para encontrar que sus reservaciones estaban equivocadas.

—«No tenemos habitaciones en el hotel» —Teresa había comentado enfadada, pero luego su ánimo se levantó cuando descubrió que habían sido enviadas al Merlimau—, «vaya, eso es lo que yo llamo un hotel».

El Merlimau por lo general era ocupado por los miembros de la tripulación británica, ya que resultaba más caro. Pero, como una joya entre los jardines tropicales, atraía la atención de los turistas.

Cuando entraron en el vestíbulo del hotel, Teresa la tomó del brazo diciendo:

»—Aquí es donde llegan los pilotos americanos —Teresa rio pretendiendo emocionarse—. No mires ahora, pero allí en el mostrador, está el piloto más atractivo que nunca hayas visto —dijo Teresa mientras se acomodaba la chaqueta azul marino de su uniforme y colocaba el sombrero en su lugar.

El solo hecho de que le dijera que no mirara fue suficiente para hacer que Judith volviera la cabeza para observarlo. Como ella, él llevaba uniforme y gorra con adornos bajo el brazo. Linc miró a Teresa, sin interés, pero cuando llegó a Judith, sus ojos quedaron fijos en ella. Todo pareció detenerse. Aunque la recepcionista china le estaba hablando, él se volvió para poder observarla mejor. Exigiendo su atención, la recepcionista se inclinó y él irritado se volvió y tiró su gorra al suelo yendo a parar a los pies de Judith. Con rapidez, él se inclinó para recogerla y de alguna forma los dos chocaron, golpeándose la cabeza y al enderezarse se miraron.

»—Lo siento —Linc sonrió frotándose la frente. Sus ojos eran de color castaño.

»—¿La lastimé?—preguntó preocupado.

»—No —reconoció ella haciéndose para atrás.

»—Su sombrero está mal puesto —comentó él sonriendo.

»—¿Lo está? —preguntó la chica ruborizándose.

»—Permítame ayudarla —dijo él, mientras colocaba la gorra entre sus piernas y levantaba las manos para enderezarlo. Obediente, Judith se quedó quieta esperando que él terminara—. Hermosa —declaró haciéndose hacia atrás para observarla. Él se colocó la gorra y Judith sonrió.

»—Estoy tratando de encontrar algún pretexto para invitarla a cenar esta noche, pero no se me ocurre nada.

»—Me agrada mucho que se me solicite en forma tan original —señaló la chica burlándose. Con el rabillo del ojo pudo ver que Teresa estaba impaciente. Que esperara, pensó, y que la recepcionista también, que todo el mundo esperara.

»—Estoy algo confundido —indicó—, te esperaré en el vestíbulo a las ocho y mientras tanto, haré que te envíen un poema hecho por mi escribano, luego podremos comenzar de nuevo.

»—¿Y yo pensaré en lo brillante que eres?

»—Estarás muy impresionada —aseguró el hombre riéndose.

Judith se sintió feliz.

»—Es el sombrero —comentó sin hacerle caso a la recepcionista que lo miraba enfadada—, siempre me han agradado las mujeres con ellos.

»—Oh, cariño —sonrió de nuevo—. ¿Cuál es tu nombre, aparte del de Señorita Universo?

»—Judith.

»—Jude —sonrió.

»—Está bien —estuvo de acuerdo. En el pasado nadie la había llamado así pero de pronto él lo hacía y parecía agradable. Debía ser su acento estadounidense, pensó. Él tenía una voz suave y sensual. Bajo su inmaculado uniforme había un físico musculoso que hacía que

el corazón le latiera apresurado.

»—Yo soy Lincoln Cassidy, Linc, para ti, si te interesa.

»—Me interesa —respondió Judith. Cielos, vaya si me interesa.

»—Discúlpeme, señor —se excusó impaciente la recepcionista.

»—Te veré a las ocho, Jude —señaló sonriendo el hombre.»

Desde entonces él había sido el centro de su vida.

»—Amor a primera vista —Linc comentó después.

»—Deseo a primera vista —bromeó la chica picándole las costillas.

»—Digamos que los dos».

Y así había sido, pensó Judith desconsolada jugando con el lápiz.

—Buenos días, señorita —Ah Fong, una regordeta mujer de escaso metro y medio de estatura, entró en la *boutique* con su acostumbrado caminar—. ¿Alguna noticia del señor Linc? —preguntó la mujer.

—Ninguna —dijo la chica negando con la cabeza.

—Él aún con guerrillas. No noticias, yo entiendo —la mujer china se dirigió hacia donde estaban las cosas para sacudir. Judith suprimió una sonrisa. Ah Fong, su *amah*, terminaba todas las charlas diciendo «yo entiendo», aunque no comprendiera nada. Habiendo pasado toda su vida en Penang, su inglés entrecortado provenía de las familias inglesas pudientes para quienes había trabajado por años.

—Yo iré al Templo de las Víboras hoy —declaró la mujer mientras pasaba el plumero por los floreros.

—Gracias —contestó la chica amable.

Unos cuantos días después de que Linc desapareciera, Ah Fong anunció su intención de visitar el templo para pedir a sus dioses orientales que lo liberaran.

—Ella va a hacer una ofrenda —le dijo la chica a Wayne quien la miraba azorado.

—No será un cordero el que sacrifique —aseguró el hombre—. Ella colocará un par de mandarinas en el altar por unos cinco minutos, dirá sus oraciones y luego se las llevará a su familia. Estos chinos son algo especial.

—Yo aún pienso que es muy amable —protestó dolida por su escepticismo.

—Apuesto a que no sirve de nada —indicó Wayne burlándose mientras salía de la tienda y se dirigía hacia la arcada.

—Iré al *bungalow* después, lavaré pisos —Ah Fong continuaba hablando sobre sus planes para ese día mientras Judith la escuchaba.

Cuando terminó de sacudir, se puso de rodillas y comenzó a pulir los muebles. Judith sonrió agradecida al verla. Ah Fong era una amable persona. No importaban las demandas de su gran familia, la china todas las noches regresaba al *bungalow* para dormir con ella en

una habitación junto a la cocina. Judith nunca le había pedido que lo hiciera, pero la mujer insistía en que era malo para la chica estar sola. Ah Fong se negaba a aceptar que el *bungalow* era seguro y que Judith no tenía miedo a estar sola. Era solo en ocasiones muy especiales como el año nuevo chino, o la celebración familiar, que Judith lograba persuadirla para que no se quedara. La chica con frecuencia se preguntaba lo que el esposo de Ah Fong pensaba sobre esto. Ella no podía imaginarse a Linc tan complaciente. Él siempre se quejaba cuando tenía que pasar una noche lejos de casa por razones de trabajo. Linc, querido Linc, de nuevo sus pensamientos volvían hacia él. Ella sentía que la tensión se acumulaba en su ser mientras se cumplía el plazo de un año. Qué aniversario más temido, si es que así se le podía llamar. Sus aniversarios anteriores siempre habían sido felices, pero ahora.

Ella recordó su primer año de casados, qué felices habían sido. Linc tomó el día libre abandonando al señor Cheng. Velearon hasta Monkey Bay. Fue un día especial, lleno de magia. Él la sacó en brazos de la embarcación y la llevó cargando hasta la playa. Luego allí, él se colocó junto a ella bajo las palmeras y le quitó el bikini tejido y…

—¡Eh, señorita, eh! —la mujer china le hablaba con voz alta.

—¿Perdón?

—Llegaré tarde hoy en la noche. Mimi tiene mucha gente, yo haré de *makan*.

Mimi era una de las hijas grandes de Ah Fong. La chica se había casado con el dueño de un restaurante y le pedía de vez en cuando a su madre que la ayudara en la cocina cuando tenían mucha gente.

—Está bien, esta noche yo también llegaré tarde, pero tú tienes llave. Ven cuando puedas.

—Yo entiendo —señaló la china.

Una sonriente chica mala y como de veinte años entró en la tienda.

—Buenos días, señora Cassidy.

—Buenos días, Rosiah —contestó la chica mientras se dirigía a un estante que estaba escondido tras un mueble con cajones.

—¿Alguna noticia de…

La chica se tensó esperando la pregunta obligada.

—… de la consignación de piezas de latón del Seúl?

Judith lanzó un suspiro aliviada. Por un momento, olvidó que su asistente era de las personas que no mencionaba para nada a Linc. No sabía por qué, tal vez su empleada pensaba que perdería el control en público pero ella nunca lo había hecho… Judith enderezó los hombros… y nunca lo haría.

—Hay una copia de la factura entre la correspondencia. El barco debió haber llegado a George Town hace dos días —indicó mientras tomaba un expediente del cajón—. ¿Estará bien si te dejo sola esta

tarde en la tienda? Me gustaría ir a los muelles y confirmar que todo esté preparado para ser entregado y luego iré a ver al señor Lim en Gertak Sanggul. Me enteré de que desea cerrar la tienda y tiene una colección de cosas de peltre que quiere vender, tal vez consiga una oferta.

—Nunca pensé que una europea pudiera rivalizar con un comprador chino —manifestó su empleada sonriendo—, pero usted logra convencerlos con solo mover un dedo.

—Tal vez sea suerte de principiante —contestó Judith riendo.

Cuando ella y Linc se casaron, el *bungalow* era su principal interés. Poco después de conocerse, él renunció a la aviación comercial y cuando se casaron, la compañía en Penang ya estaba establecida. Mientras Linc pasaba sus días viajando de un lugar a otro, ella dedicaba todo el tiempo a amueblar la casa. Judith siempre fue una coleccionista, y cuando se estableció en el Lejano Oriente, todo un mundo de deliciosos tesoros se abrió para ella. Linc siempre estaba sacándola de viejas tiendas llenas de antiguos escritorios y sillas que pedían a gritos ser restaurados a su antigua gloria.

Fue durante la búsqueda de piezas locales interesantes para decorar sus amplias habitaciones, que llegó a las puertas de Mandarin Antiques y conoció a Audrey, quien era la dueña. Cuando el *bungalow* estuvo arreglado a su entera satisfacción, Judith se encontró de pronto con que no tenía nada que hacer.

»—¿Por qué no vienes a ayudarme? —le sugirió Audrey ya que ahora eran amigas.

La chica accedió feliz y fue a trabajar varias tardes a la semana.

A Linc le pareció bien que la chica se ocupara en algo.

»—Les daré a esos turistas tu dirección para que compren allí sus *souvenirs* —le comentó sobre las mejillas un día que tomaban el sol.

»—Esto es serio, Lincoln Cassidy —indicó la chica protestando—. Hablo en serio sobre las antigüedades, un día tendré mi propio negocio.

»—Tal vez después —señaló Linc besándole el oído—. Por ahora, señora, su lugar en esta vida es atender mis necesidades.

»—¿Y éstas son? —demandó la joven apretándose con más fuerza contra él.

»—No me digas que no sabes —murmuró acariciándola.

»—Tengo una leve idea —confesó la chica y Linc comenzó a amarla con tal maestría que en segundos ella estaba a su merced, débil y feliz.

Cuando Linc fue tomado como rehén, Mandarin Antiques se convirtió en su refugio, durante todas las tardes. Solo su aborto pudo alejarla, pero regresó a la tienda una semana después.

»—¿Estás segura de que te encuentras bien? —le preguntó Audrey

mirando su pálido rostro.

Una mañana, Audrey llegó azorada, diciendo que su esposo, un hombre de negocios expatriado, había sido transferido a Hong Kong.

»—Yo te compraré la tienda y seguiré con la renta —había manifestado Judith en forma impulsiva—. Tenemos algo de dinero en el banco y venderé el Mercedes. No me gusta conducirlo, es demasiado grande y gasta mucha gasolina. Compraré otro más pequeño.

»—«Cuidado con meter ése a la coladera» —expresó Audrey bromeando.

Una vez, durante los primeros días de su matrimonio, mientras estacionaba el enorme Mercedes, una de las llantas del auto se atoró en una coladera y se vio forzada a pedir ayuda a los que pasaban. Más de una docena de personas vinieron en su ayuda con aire protector y nunca perdía la oportunidad de recordárselo aunque ella se enfadaba mucho. Su error confirmó la teoría de que las mujeres siempre necesitan del hombre para salir de las situaciones más embarazosas. Judith se había enfurecido ante esta insinuación; luego, ella lo comprendió al darse cuenta de que él había pasado toda la vida cuidando a su madre y no era para asombrarse que él sintiera y creyera en esta superioridad masculina.

Él pensaría de otra manera ahora. Regresando al presente, miró con satisfacción alrededor de la tienda. Este era su éxito, suyo solamente, incluso Wayne había contribuido muy poco con Mandarin Antiques, ya que la chica se había negado a permitir que él se comprometiera en esto, celosa de conservar esta parte de su vida para ella sola.

Se escucharon las pisadas de los clientes que comenzaban a llegar, el día empezaba. Cuatro turistas aparecieron en la puerta y ella se les acercó sonriendo amistosa.

—¿Disculpe, no son esos los que llaman mangas de Mandarin? —una de las mujeres preguntó, señalando unos cuadros bordados y Judith comenzó a explicarles la historia de ellos.

Capítulo 2

Habían estado llegando los clientes todo el día y la máquina registradora se oía con regularidad. No fue sino hasta las cuatro de la tarde que ella estuvo libre para ir hacia los muelles dejándole instrucciones a Rosiah para que cerrara a las seis en punto. Alguna vez consideró cerrar más tarde, pero todo tenía un límite… incluso su entusiasmo, y ella ya ganaba lo suficiente. Caminó con el bolso sobre el hombro y al salir vio que el local junto al suyo, tenía un letrero que decía: *Venta de liquidación. Todo tiene que rematarse*. El lugar no era el adecuado para una tienda de discos ya que éste era un hotel de lujo y ningún hombre rico de mediana edad estaba interesado en música moderna.

Ella tomó un taxi a la salida del hotel y se dirigió hacia el lugar donde estaban arreglando su auto. Se encontraba limpio y brillante ya que había sido pulido, la chica agradeció al encargado y se dirigió hacia el camino bajando las ventanillas para permitir que el aire fresco entrara. Media hora más tarde llegó a los muelles de George Town. Después de hacer varias preguntas, localizó al hombre encargado del desembarco quien le aseguró que su pedido sería entregado en dos días. Después de haber hablado con el hombre, la chica regresó al coche y se dirigió al sur para visitar al señor Lim y su esposa. Ellos habían sido clientes frecuentes de Linc ya que viajaban con regularidad hacia Kuala Lumpur. La recibieron cariñosos presionándola para que se quedara a cenar y preguntándole sobre las últimas noticias de su esposo. Ella se escondió tras una respuesta automática, sintiéndose aliviada cuando la conversación se dirigió hacia los artículos que a ella le interesaban.

El cielo estaba estrellado cuando regresó al *bungalow*. Al salir del coche, se estiró cansada. Había sido un largo día, pero muy satisfactorio. El señor Lim y ella llegaron a un acuerdo razonable para las dos partes. Él le prometió enviarle los artículos de peltre mañana a primera hora y también acordó mandar algunas cosas de más. La joven estaba ansiosa de que llegaran, ya que tenía la esperanza de descubrir algo valioso entre ellas. Bostezando cansada, caminó a través de la sala hacia su habitación. Tal vez esta noche podría dormir, tenía esperanzas de que así fuera, ya que esto hacía que pudiera evadirse. El timbre del teléfono hizo que brincara y se rio de sí misma. Sus nervios estaban un poco tensos.

—¿Hola?

—¿Señora Cassidy? Habla Doug Reidman del Consulado Estadounidense.

Debía ser una emergencia para que el consulado llamara a esta hora de la noche.

—¿Señora Cassidy? ¿Señora Cassidy? ¿Está usted allí? —el hombre preguntó al no escuchar ningún ruido.

Sus cuerdas vocales estaban paralizadas.

—Estoy aquí —al fin pudo decir, aclarando la garganta. ¿Cómo podía hablar en forma coherente cuando su corazón latía tan apresurado?

—Buenas noticias —le indicó el hombre sereno—. Los comunistas que retenían a su esposo y a la señorita Cheng fueron descubiertos esta mañana por casualidad. Hubo un tiroteo y luego…

El corazón se le paralizó.

—¿Está Linc bien?

—Sí —aseguró el hombre—. Los dos lo están. ¿Tiene usted un televisor?

Judith sacudió el auricular molesta. ¿De qué estaba hablando este hombre? ¿Qué importaba un televisor ahora? Linc se encontraba a salvo, ella pensó fascinada. Sin previo aviso, la chica se tambaleó y tuvo que sentarse de inmediato antes de contestar.

—Sí, tengo un televisor.

—Las noticias inglesas pasarán en cinco minutos. Habrá una corta entrevista con su esposo desde Bangkok. Él ha estado tratando de llamarla —suspiró impaciente—, y yo también. He querido comunicarme con usted toda la tarde. ¿No le pasó el recado su sirvienta?

—No, no, estuve fuera, no recibí ningún mensaje.

—Extraño ya que su sirvienta repetía que había comprendido, aunque para serle franco, no entendí lo que ella me decía —dijo en forma de disculpa—. Estoy seguro de que su esposo llamará de nuevo, aunque las líneas desde Tailandia son poco confiables. Él le dará todos los detalles. Colgaré ahora, señora Cassidy, y la dejaré para que vea el televisor.

—Sí, gracias.

Atontada, Judith colocó el auricular en su lugar. Cuando ella prendió el televisor, las noticias comenzaban. Sentada en el sofá, la chica mantenía sus ojos fijos en la pantalla. Linc se encontraba libre, pensó, con los ojos llenos de lágrimas. Él regresará a mí.

—Y ahora hablaremos con el piloto americano, Lincoln Cassidy, quien fue tomado como rehén hace casi doce meses —decía el entrevistador.

Parpadeando con rapidez, Judith clavó la vista en la pantalla. Las cámaras estaban iluminando una figura desarreglada de cabello oscuro, con barba y bigote. La joven parpadeó de nuevo.

—¿Linc? —susurró incrédula. Ese hombre era un extraño.

Pero sí era Linc. Tan pronto como sonrió y comenzó a hablar, la chica lo reconoció. El cabello largo y la barba desarreglada la confundieron, Linc llevaba puesta una camiseta vieja y unos pantalones vaqueros gastados. Se parecía más a un vago, a un romántico Che Guevara y Judith se rio. ¡Vaya contraste! Antes, Linc siempre había vestido de manera impecable.

Hubo un sonido de pisadas en el piso. Sobre su hombro, la chica le hizo señas con la mano a Ah Fong y los ojos de la mujer se fijaron en el televisor.

—Señorita, Cónsul llamó —la regordeta mujer comenzó a decir, pero ella la interrumpió:

—Siéntate —ordenó la joven señalando el sofá—, y mira el televisor.

Ah Fong abrió sorprendida la boca.

—¡El señor Linc! —exclamó con reverencia y lanzando un grito de alegría abrazó a Judith.

—No me alteres más —suplicó Judith llorando de felicidad. Linc se encontraba explicando cómo él y Kee Ann habían sobrevivido durante ese año.

—¿Desearía darnos sus comentarios, señorita Cheng? —demandó el entrevistador a la mujer que estaba al lado de Linc. Tímida, ella bajó sus almendrados ojos y luego comentó:

—Fue una desgracia el ser tomados como rehenes, pero estoy muy agradecida al señor Cassidy. Él ha sido maravilloso, me protegió, me mantuvo en mi juicio —su voz tenía algo de acento norteamericano debido a que ella había vivido dos años en Estados Unidos. Linc palmeó su mano cariñoso.

—Mala chica —Ah Fong anunció, enderezándose—. Ella, mala chica.

—No, no lo es —replicó Judith.

—Mimi dice que ella va con hombres a bares.

—Kee tiene diecinueve años, Ah Fong —suspiró Judith—. No es pecado tomar una copa con un hombre a esa edad.

—Mala chica —repitió la *amah* insistente, tapándose los oídos—. Yo escucho historias. Chica mala.

Negándose a continuar esta inútil discusión, Judith volvió su atención a la pantalla. No había dudas de que Kee Ann era hermosa. Su delgada complexión y sus graciosas facciones harían que los instintos de protección de cualquier hombre surgieran. Los chicos era probable que anduvieran alrededor de ella, y ¿en dónde estaba lo malo? Era solo debido a lo estricto de su crianza que Ah Fong condenaba a esta chica por sus costumbres occidentales. Linc previno

al señor Cheng de que la educación de su hija en América podría alterar su forma de vida, pero esto no lo desanimó. Ella seguía los pasos de sus tres hermanos, todos educados en Estados Unidos.

—«Algunas ideas, occidentales, algunas orientales, buena mezcla» —solía comentar el señor Cheng.

Cuando la entrevista terminó, Judith permaneció en el sofá con sus rodillas abrazadas, feliz. Si tan solo ella y Ah Fong se pudieran comunicar mejor; Judith ardía en deseos de discutir sobre el rescate de Linc con alguien, pero era inútil hablar con esta mujer. Al fin, Ah Fong se fue a la cama y ella observó con la sonrisa abierta de la mujer.

La joven pasó una mano por su cabello. Linc llamaría pronto, aunque de seguro le llevaría tiempo ya que tenía que salir de los estudios y llegar al hotel. Judith se mordía el labio preguntándose si habría tiempo para llamar a Wayne, luego se rio, feliz. Ahora ya no había nada qué discutir con él, ni por qué temer este aniversario. A partir de este momento, ella y Wayne podrían mantener su relación en términos normales, sin molestias.

Se paseaba intranquila por la habitación cuando el timbre del teléfono sonó. La chica se inclinó con rapidez y tomó el auricular.

—Cariño —una voz familiar se oyó del otro lado de la línea.

—Oh, Linc, te he extrañado mucho —comentó Judith llorosa.

—Oye Jude, sé valiente cariño —su voz era suave como una caricia envolviéndola y calmando sus nervios—. Estaré pronto en casa, aunque aún llevará un día o dos, luego volveremos a empezar. Te lo prometo —la línea estaba muy mal y había muchos ruidos pero pudo escuchar que él le decía—: Te amo.

—Yo también te amo —sonrió a través de sus lágrimas, y luego se llenó de pánico—. ¿Por qué no vienes a casa de inmediato? ¿Estás bien? ¿Debo ir a Bangkok?

—Cálmate, Jude. Los oficiales del gobierno desean hacerme algunas preguntas, eso es todo —había algo de diversión en sus palabras—. Es solo cuestión de decirles todo lo que sé. No te preocupes, será fácil. No tiene caso que vengas aquí ya que estaré incomunicado. Te llamaré mañana por la noche… para entonces, tendré una idea más clara de lo que está sucediendo —su voz se oyó lejana.

—¡Linc! —gritó Judith.

—La línea está pésima. ¿Puedes escucharme?

—Apenas.

Ella escuchó que él se reía.

—Es formidable volver a hablar contigo, Jude. ¿Cómo estás?

—Bien. Tengo tanto que decirte.

—Te llamaré mañana —comentó Linc y la línea se cortó.

Fue solo hasta que sintió las lágrimas caer por su barbilla que se

dio cuenta de que aún estaba llorando. Con dedos temblorosos llamó a la operadora internacional y pasó más de media hora antes que pudiera darle la notica a sus padres, quienes prometieron venir a visitarlos pronto.

La chica no durmió esa noche. Su mente se encontraba planeando el futuro, recordando la felicidad que ella y Linc habían compartido. Con un miedo repentino, su estómago se paralizó. Ella no le dijo lo del nene. En su excitación se le olvidó por completo. Linc estuvo convencido de que ella concebiría tan pronto como decidieran tener familia.

—«Serás una mujer fecunda —declaró su esposo.

»—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó desafiante.

»—Tiene algo que ver con el hecho de que eres muy apasionada. Te embarazarás al primer mes, no tendremos que esperar como Esther y Wayne. Estoy en lo correcto —insistió cuando la chica lo miró dudosa—. Ya verás».

Y había tenido razón, sus cejas se juntaron. ¿Le habrían dado la noticia de su aborto en el consulado? Judith ni siquiera recordaba si ellos se enteraron de que ella había estado en el hospital; Wayne se hizo cargo de ella durante esta etapa. Buscando una parte fresca de la sábana, se movió hacia la orilla de la cama, hacía tanto calor. A pesar del aire acondicionado y el abanico sobre su cabeza, la atmósfera era sofocante. La chica estaba desnuda como siempre, pero su piel se sentía pegajosa. Se movió y el cochón se onduló bajó ella, era una cama de agua, otra de las cosas que Linc no sabía, se dio cuenta con tristeza. Había sido ordenada antes de su viaje a Tailandia con Kee Ann y entregada mucho después que él desapareció. Al fin, se durmió y parecieron pasar solo minutos antes que Ah Fong la despertara tocando en su puerta y diciéndole:

—Teléfono, señorita, venga rápido.

Una mirada a su reloj le indicó que apenas estaba amaneciendo. Colocándose su bata, se dirigió hacia la sala.

—¡Judith! —una voz chillante la recibió cuando ella tomó el auricular—. No son fabulosas noticias. Mi hijo ha sido liberado.

Anoche, pensó que sería mejor no hablar con Magda, diciéndole que estaba demasiado cansada como para soportar a la señora. De hecho, una vez que habló con sus padres se fue a la cama. Moviendo la cabeza se obligó a despertar. Tenía que organizarse el día de hoy. Era una bendición que Linc se hubiera comunicado con su madre, ella se habría puesto furiosa si la noticia le hubiera llegado por otro lado.

—Lincoln parece tan saludable —Magda comentó—, yo siempre supe que saldría victorioso, está en sus genes, sabes.

—¿Oh, sí? —habló tratando de parecer asombrada.

—Tal vez le den una medalla de oro y todos tengamos que ir a la

Casa Blanca —decía Magda emocionada y Judith casi pudo ver que ya estaba escogiendo el vestido que llevaría.

—Lo dudo.

—Me ha prometido que vendrá a California en una semana o dos.

—Qué agradable —señaló la chica tranquila, Magda le exigiría una gira triunfal; este halo de gloria era algo demasiado bueno para perdérselo. Sin duda, ya estaría planeando alguna clase de celebración, una cena notoria donde lucirse. Tal vez, Suzanne de Palm Springs estaría invitada, esto sería típico de Magda. Judith hizo un gesto en el teléfono, Linc tendría que ir solo, decidió. Ella debía estar loca si dejaba la tienda solo por darle gusto a Magda, pero tan pronto como lo pensó, rechazó esta idea. No permitiría que Linc viajara sin ella, de ahora en adelante, si él iba a alguna parte, ella iría con él. La chica aceptó que el viaje a los Estados Unidos resultaba inevitable. Magda era su madre, después de todo, y era justo que lo viera. Judith arregló la seda de su bata mientras Magda continuaba hablando.

—Iremos a verte pronto —comentó la chica interrumpiéndola, «después de que tengamos un tiempo para nosotros», pensó. Reacia, se vio obligada a aceptar que tendría que dejar Mandarin Antiques por unos días. Resultaba lamentable ahora que el negocio iba tan bien, pero la otra alternativa era que Magda los viniera a visitar a Penang, y si lo hacía, ¿cuándo se iría? El Sentosa Country Club y sus huéspedes masculinos eran como un imán para ella. En el pasado, Magda solía tomar el sol a la orilla de la piscina, y buscaba a algún desafortunado caballero que le deseara buenos días. Y conforme sus escoltas iban y venían, así sus visitas se habían prolongado. Linc se vio obligado a decirle que su estancia era agradable solo por unos días y ella se había ido ofendida solo para regresar un mes o dos más tarde.

—Esta catástrofe nunca le hubiese ocurrido a Lincoln si se hubiera quedado en casa a donde pertenece —exclamó Magda indignada—. El lejano oriente es demasiado peligroso, todos esos animales salvajes y bandoleros —hubo un sonido como si temblara—. Debo insistir en que regrese a los Estados Unidos. ¿Tienes acaso intenciones de hacer que regrese a Inglaterra? —Magda preguntó a la defensiva.

Judith levantó los ojos desesperada.

—Linc decide por sí solo, ya deberías saber eso. No podría obligarlo a realizar nada que no deseara, lo cual no pienso hacer. Planearemos nuestro futuro juntos, y te aseguro que será vivir en Penang por muchos años aún.

Otro año más y la tienda se encontraría bien establecida. Su mente recordó el local de al lado que estaría libre. ¿Por qué no ampliar un poco más la *boutique?* Ella sonrió ante esta idea. «Me sentiría muy satisfecha de poder fundar un segundo negocio», pensó.

Magda continuó hablando.

—Con ese clima frío y caliente yo me sentí fatal. Por cierto, cuando Cy vino a verme esta noche, pensó que yo había visto a un marciano.

—¿Quién es Cy?

—Un amigo mío. Yo estaba histérica y me desmayé en sus brazos.

—Pobre Cy —comentó sarcástica, pero Magda no notó su tono burlón, estaba demasiado entusiasmada en describir cómo su vecino reaccionó a la notica de que su hijo había sido liberado.

—Un reportero llamo. Cy cree que tal vez me pidan una entrevista para la televisión. Me pregunto si el satén se verá muy brilloso en las pantallas. ¿O tal vez el ante sería mejor? Tengo un conjunto de dos piezas precioso… —su voz continuaba vibrante.

Judith sonrió. Linc se volvería loco si Magda apareciera en la televisión con su exageración característica y pasaron varios minutos antes que su suegra terminara de hablar.

—Linc te llamará tan pronto como llegue a casa —la chica le prometió y lanzó un suspiro de alivio cuando colgó. Se sentó a hacer una larga lista de sus amistades y, tomando en cuenta la diferencia de horarios, llamó a sus amigos alrededor del mundo para darles la noticia. Cuando terminó, ya era hora de desayunar. Tomando un trago de café, miró su reloj. Rosiah tendría que abrir hoy la *boutique* y sin duda, se preguntaría qué habría sucedido con su jefa. Esta era la primera ocasión desde que Judith se había hecho cargo de la tienda que no había estado allí para abrir.

—Tengo algunas llamadas más que hacer, Ah Fong —le explicó mordiendo un pedazo de sandía—, así que cuando llegues a la tienda, dile a Rosiah que llegaré al mediodía.

—Yo entiendo —Ah Fong hizo un gesto, feliz de la suerte de su ama.

Mientras la mujer china lavaba los trastos del desayuno, Judith se bañó y vistió.

—Iré a la *boutique* ahora —le dijo Ah Fong abriendo la puerta de su habitación.

—Está bien, te veré más tarde —dijo la chica mientras se miraba en el espejo. Con cuidado, se arregló el rostro poniendo sombra de color violeta sobre los párpados, lo que hizo que sus ojos se vieran enormes. Ella miró sus brazos desnudos, había sido una adoradora del sol, pero ahora pasaba la mayor parte del tiempo en la tienda y su bronceado se había tornado en un pálido dorado. Mirándose pensó, «estoy radiante», sus ojos brillaban y el rostro resplandecía. La seriedad de sus facciones en los últimos meses había desaparecido de la noche a la mañana.

Regresando al teléfono miró la lista. Ahora iba a hacer las llamadas locales.

—Hola, Esther —la chica dijo presentándose.

—Hola Judith, espera un minuto, el nene está llorando.

Se escuchó un sonido cuando el teléfono se cayó y, después una serie de ruidos.

—Dile hola a tu tía Judith —habló Esther.

Silencio.

Judith pensó que si debía esperar a que Robbie, que tenía seis meses le dijera buenos días, aguardaría mucho tiempo.

—Te llamo para decirte que han encontrado a Linc —le explicó la joven tomando la iniciativa.

—¡Qué maravilloso, me siento tan feliz por ti! Wayne estará muy contento —por un momento Esther compartió con ella su entusiasmo, pero de pronto comentó—: Oye, puedes esperarme un momento, Robbie tiene los párpados hinchados, creo que necesita dormir, lo pondré en su cuna, regresaré en un momento —hubo otra larga pausa, más ruidos y cuando regresó al teléfono el tono de voz era bajo—. ¿Crees que puedas darme alguna clave para concebir tan rápido?

—Perdón —se excusó la chica riendo.

—No es mi intención ser indiscreta, pero me pregunto si tuvieron alguna teoría especial. Wayne y yo estamos ansiosos por tener un segundo hijo y nos gustaría que fuera muy pronto.

Wayne no parecía tan entusiasmado, recordó, pero guardó silencio mientras Esther continuaba:

—¿Tienes algunas sugerencias?

—Nosotros lo hicimos todo en forma natural.

—¿No te tomaste la temperatura para ver si era la correcta?

—No.

—Mira, antes que yo tuviera a Robbie… —continuó hablando sin parar sobre los métodos y formas de concepción.

Moviendo la cabeza incrédula, Judith escuchó con paciencia. Primero, fue Magda, y ahora Esther. La chica se preguntó si ella sería igual cuando hablaba sobre su tema favorito… Mandarin Antiques. Tal vez sí.

—Apuesto a que tú y Linc tendrán otro nene tan pronto regrese.

—No, aún no —sorprendida vio que sus ideas se habían cristalizado—. Preferiría que la tienda estuviera bien establecida antes de tener familia.

Hubo una exclamación al otro lado del teléfono.

—Solo tengo veintisiete años —protestó Judith—, puedo esperar un año o dos antes de convertirme en madre.

—Pero tú y Linc deseaban un bebé.

—Sí, lo deseábamos entonces, pero las circunstancias han cambiado. Ahora soy una mujer de negocios.

—Los hijos dan más satisfacciones que unos viejos muebles.

—Estoy segura de que tienes razón —contestó calmada—, pero…

—Debo irme, Robbie está llorando.

Con una sonrisa pícara, Judith colocó el auricular en su lugar. Ella estaba marcando el número de otra persona cuando se dio cuenta de que había olvidado mencionarle sobre el fin de semana. Judith frunció el ceño. Los eventos habían cambiado, ¿debería cancelar su visita? Mientras esperaba a que le contestaran, decidió esperar, era viernes. Linc había dicho que tal vez llegaría a casa hasta dentro de un par de días y la compañía de Wayne y Esther, haría que el fin de semana pasara más de prisa por lo que decidió no cancelar nada.

Ya era mediodía cuando llegó a la tienda.

—Siento llegar tarde.

—No ha habido problemas, todo ha salido muy bien —le dijo Rosiah sonriendo—. ¡Qué buenas noticias!

Y a esto siguieron otras felicitaciones. Se sintió aliviada cuando Rosiah terminó y ella pudo dedicarse a la tienda. El señor Lim cumplió su promesa de enviar las cosas. Ella se dedicó a sacarlas de las dos grandes cajas. La mayoría de los artículos servirían solo para «ofertas», pero, también descubrió varios *gongs* de cobre que podría vender a buen precio una vez que Ah Fong los puliera.

Ahora, el futuro le parecía maravilloso, pensó feliz recordando a Linc y el éxito de su negocio. Más tarde, la chica fue a visitar a su vecino y él le dijo que pensaba irse en unos días más, aunque todavía no le había dicho nada al dueño. Judith decidió que tan pronto como el señor Cheng regresara, ella hablaría sobre rentar este lugar. La arcada necesitaba una tienda de regalos, un amigo suyo la había estado presionando para que comprara varios artículos que él fabricaba pero hasta ahora, Judith se había negado debido al espacio. Si rentaba el lugar de junto, podría ampliar la *boutique*.

Cuando Rosiah se fue a las seis, Judith se quedó. Estaba decidida a dejar todo arreglado ya que una vez que Linc regresara a casa, ella se tomaría algún tiempo libre y deseaba estar tranquila.

El aire tropical le acarició los brazos cuando estacionó el coche fuera del *bungalow*. Deteniéndose en la terraza por un momento, se abrazó feliz. Qué hermoso parecía el mundo ahora que Linc regresaba a casa. La vida comenzaba de nuevo. Distraída, miró las flores a su alrededor y, metiendo la llave en la cerradura, hizo un gesto al descubrir que se encontraba abierta. Estaba segura de haberla cerrado en la mañana, pero tímida aceptó que tal vez pudo haberlo olvidado. Por lo general, nunca dejaba sin llave, pero tenía que reconocer que estaba muy alterada.

Abriendo la puerta, se dio cuenta de que las dos lámparas en las mesas se encontraban encendidas. ¿Habría Ah Fong llegado antes? Parecía poco probable y por lo general, la mujer china siempre entraba por la parte de atrás. Judith hizo una pausa y escuchó, todo

estaba en silencio. Tal vez el *amah* visitó la casa con anterioridad y había tenido que salir para atender algún asunto familiar. Ya había sucedido antes. Ella frunció el ceño, fue un día exhaustivo y también, debido a su estado de ánimo, todo parecía prometedor.

Olvidó la preocupación y cerró la puerta. Desde que compró Mandarin Antiques, ella había agregado algunos tesoros a la casa, y aún no terminaba. Su decorado era una mezcla de lo viejo y lo nuevo, un sofá de líneas modernistas complementado con sillas y arcones de madera antiguos. Espesos tapetes chinos cubrían el piso. Después de apagar las luces, se dirigió a su habitación.

Mientras se desvestía, bostezó. Una ducha de agua fría borraría el sudor del día y una vez que Linc hablara, se metería a la cama. Sabía que esta noche dormiría. Se metió al baño y cuando estuvo bajo el chorro de agua, creyó escuchar un ruido. Levantando su gorra de baño, trató de escuchar, pero solo pudo oír el rumor del agua. Su imaginación estaba trabajando de más, decidió y retornando al agua, comenzó a enjabonarse.

De pronto se tensó… no era eso otro ruido. Su corazón comenzó a latir con fuerza, cerró la llave del agua y esperó. Nada se escuchó, solo el ruido típico, de una noche tropical. «Son solo tus nervios», se regañó, «estás muy alterada esta noche». De nuevo, abrió la llave del agua fría y comenzó a quitarse el jabón. Luego, se secó y se colocó un kimono. Con dedos firmes se amarró el cinturón y luego, sentándose frente al espejo, comenzó a cepillar el cabello. Después, escuchó un ruido en la sala. Casi soltando el cepillo, Judith miró aterrada la puerta de su habitación. Alguien se encontraba ahí. Ahora estaba segura de que la puerta del frente había sido abierta y su estómago cosquilleó…

Estaba sola. Sin duda Ah Fong aún se encontraba en el *Kampung*; y no regresaría hasta dentro de media hora. El *bungalow* estaba rodeado por un gran jardín que la separaba de sus vecinos y aunque gritara, ellos no la escucharían. Sus atemorizados ojos recorrieron la habitación, buscando algo para defenderse. Miró una plancha que algunas veces utilizaba para detener la puerta. Era de fierro y tenía mango de madera… sólida y pesada. Con seguridad, podría lanzarla hacia el intruso y salir corriendo. No tenía caso quedarse en su habitación como un conejo asustado esperando a que la asaltaran. Caminando de puntillas, cruzó el piso descalza, y tomando el instrumento, apagó la luz esperando uno minutos para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Ahora, Judith y su enemigo estaban en las mismas circunstancias, los dos a oscuras.

Hubo otro ruido en la sala, el intruso pareció mover algún mueble del lugar. Era el momento de atacar. La habitación estaba a oscuras y tenía las cortinas cerradas. Cuando escuchó una respiración, se dirigió

hacia él, su corazón latía con fuerza, distinguiendo en la oscuridad una figura alta.

—Salga de mi casa —gritó lanzando el instrumento hacia él.

—¡Cielos! —La figura extraña se hizo a un lado—. ¿Qué rayos estás haciendo, cariño?

La voz era familiar.

—¡Wayne! —exclamó respirando aliviada. Prendió una lámpara, y la luz iluminó todo.

El hombre se encontraba tirado con el instrumento sobre el estómago, respirando con dificultad.

—Un centímetro más abajo y hubiéramos tenido problemas —bromeó.

A Judith no le agradó la manera en que dijo «hubiéramos», ya que no se refería a Esther y a él y sus labios se apretaron al decir:

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Vine un día antes para hacerte compañía.

—Estoy muy bien sola —contestó exasperada.

Él encogió los hombros ante sus palabras.

—Mientras te esperaba decidí tomar un baño —explicó como si fuera la cosa más natural del mundo—. Creí escucharte llegar, así es que me apresuré y me vestí. Cuando salí, solo vi la oscuridad, estaba buscando el interruptor cuando me di un golpe en el pulgar.

La chica lo miró sospechosa.

—Te ves muy pulcro. ¿Estás estrenando camisa?

—¿Te gusta?

Ella tuvo que reconocer que esta camisa le quedaba muy bien. Era de color azul, de manga larga y tenía sus iniciales grabadas en el bolsillo. Los pantalones negros también parecían nuevos. Su cabello húmedo había sido peinado hacia atrás y un aroma de loción para después de afeitarse inundaba la habitación. Colocando las manos sobre las caderas, él la recorrió con la vista y ella notó que la desvestía en forma mental bajo su kimono y comenzó a enfadarse. No tenía caso hacer una escena ahora que el regreso de Linc se encontraba próximo, pero él estaba llegando demasiado lejos… En forma impune sus ojos la recorrieron y se dio cuenta de que su kimono era demasiado revelador. Con manos decididas, se arregló el cuello, demasiado consciente de su desnudez bajo el kimono. Wayne no se movió, estaba parado sonriéndole, demasiado quieto.

Hubo un ruido en la cocina, una llave que daba vuelta en la puerta de atrás.

—Es Ah Fong —declaró la chica alejándose para que él no viera el alivio en sus ojos—. ¿Te gustaría algo de tomar o comer? Le pediré que nos prepare algo.

—Algo de beber parece mejor y tal vez un emparedado. Viajé

desde Sabah, así que no he comido —le dijo mientras miraba su dedo lastimado—. Iré a buscar mis zapatos mientras tú organizas las cosas —le indicó esto mientras se alejaba hacia el cuarto de huéspedes.

Judith dudó. No había manejado esta situación muy bien. La mejor estrategia hubiera sido pedirle que se fuera, amigo o no amigo, pero en vez de eso aquí estaba, ofreciéndole su hospitalidad. Sin embargo, Linc llegaría pronto a casa y Wayne ya no sería un peligro. Ella apretó el cinturón de su kimono. Le daría una copa y lo enviaría a casa. Decidiendo esto, fue a la cocina, entre más rápido le pidiera que se marchara más rápido se iría.

Abriendo la puerta encendió la luz y sintió que su corazón se le paralizaba. Ah Fong no estaba por ninguna parte, en vez de ella, una figura masculina aparecía en la puerta, al final de la habitación. El corazón comenzó a latirle con rapidez. Era una figura familiar, alto y musculoso, vestido con una playera azul y unos pantalones desteñidos. Un vago, pensó atontada, aterrada. Todo sucedía en cámara lenta, mientras él se dirigía hacia ella caminando sin hacer ruido. Linc tendió los brazos. Por un minuto, lo miró asombrada. Luego, él sonrió y ella se lanzó feliz a sus brazos.

—¡Linc!

—Jude, mi Jude. Mi amor, mi vida —murmuraba, acariciando su cabello mientras ella se apretaba a él llorando y riendo al mismo tiempo sin saber ni dónde estaba ni qué hacía. Solo una cosa importaba… Linc se encontraba en casa.

—Te he extrañado tanto, ha sido horrible —lloró.

—Lo sé querida, lo sé —respondió susurrando palabras de amor y consuelo.

—Pensé que eras un vago. Te ves tan… tan desarreglado.

—Es ésa una de tus frases inglesas —preguntó bromeando.

—Me refiero a que estás sin afeitar —comentó llevando la mano hacia su barba.

—¿No te gusta mi barba? —preguntó arqueando las cejas.

—No lo sé. Pareces distinto.

—Añadirá una nueva dimensión a nuestra vida sexual —comentó burlándose—. Kee Ann aseguraba que parecía muy *groovy*.

Ella secó las lágrimas, recuperándose poco a poco.

—¿Se encuentra Kee Ann en casa también? ¿Por qué estás aquí, pensé que estarías recluido? ¿Y cómo entraste en el *bungalow*, por cierto?

Linc comenzó a reírse. Sostenida en el círculo de sus brazos, la chica pudo sentir los seductores movimientos de su cuerpo, y oler su piel. «Es tan musculoso», pensó azorada, había olvidado lo grande y fuerte que era. Judith apretó los brazos aún más alrededor de su cuello, recordando el amor que habían compartido.

—Calma, calma —comentó percatándose del repentino deseo que apoderó de la chica. Se inclinó para besarla sensual bajo el oído—. Trataré de contestar todo, cariño, solo dame un descanso. Primero la presión de los oficiales de gobierno, luego el vuelo y ahora tus preguntas, me estoy mareando.

La joven rio feliz, y luego se alejó un poco de sus brazos.

—¿Tienes hambre? ¿Deseas algo de comer?

Linc había perdido peso.

—Todo lo que deseo es a ti —contestó, apretándola contra su pecho—. Quiero abrazarte, sentirte junto a mí. Ahora, relájate y escucha.

Judith se recostó en él, colocando la cabeza sobre su hombro. Mientras él hablaba, la chica lo inspeccionaba. Su corazón aún se contraía al ver la firmeza de su boca y sus ojos de color castaño cubiertos por espesas pestañas. La mayor parte del tiempo parecía el viejo Linc, pero de pronto, su expresión se alteraba y él tomaba la apariencia de un entremetido, un extraño pretendiendo ser su esposo. Ella arqueó las cejas, era la barba y el bigote lo que estaba fuera de lugar. Mañana, le pediría que se afeitara.

—No había mucho que decir —él seguía contando—. El grupo que nos tomó cautivos resultó ser bastante inepto, y sin importancia en lo político. No eran hombres malos, solo incompetentes —encogió los hombros—. Después de hablar dos horas esta mañana, ya no había más qué decir, así que exclamé, ¡ya basta!, déjenme ir con mi esposa. Si desean alguna información adicional, pueden ir a Penang.

—¿Así es que te saliste?

Sonrió burlón.

—Digamos que los persuadí para que vieran las cosas a mi manera —le acarició las mejillas—. Eres hermosa —susurró.

—¿Y qué sucedió después?

—Kee Ann y yo tomamos el siguiente vuelo a Bangkok. El consulado envió un auto al aeropuerto que nos trajo hasta aquí.

—¿Cómo está ella?

Sus ojos se ensombrecieron dándole la impresión de un desconocido.

—Cómo siempre, una mezcla de este-oeste —contestó enigmático. Después de un momento, su rostro se aclaró—. Te llamé cuando llegué para avisarte que veníamos pero nadie contestó.

—Estaba en la tienda.

—Audrey trabaja hasta tarde… —señaló mientras le besaba las sienes.

Sonriendo para sí misma, dejó que el comentario rodara. Cuando él terminara de contarle todo, entonces le diría sobre Mandarin Antiques y sus éxitos.

—¿Cómo entraste en el *bungalow*? —preguntó de nuevo.

—Recordé que Ah Fong guarda una llave extra en una maceta.

—Magda habló al amanecer —comentó asociando las ideas.

Linc movió la cabeza desesperado.

—No me lo digas, ya tuve suficiente de sus dramas anoche que hablé con ella por teléfono, pero cambiemos de tema. Decidí darte la sorpresa, pero el sorprendido soy yo —los dedos masculinos recorrieron su barbilla y cuello, despacio acariciando la suave piel. El corazón de Judith comenzó a latir con fuerza. Haciendo a un lado el kimono, él besó su cuello y luego, sepultando una mano en el cabello rubio cenizo, la haló hacia él—. Jude, te he extrañado tanto —le dijo con fiereza—, casi me vuelvo loco deseándote. Ahora necesito conocer de nuevo tu cuerpo.

Su abrupta intensidad la sorprendió. Linc nunca había sido ardiente. Sí, amoroso y ansioso por hacer el amor, pero esta repentina desesperación, este crudo deseo en su voz era nuevo, pensó inquieta. En el pasado, había sido tranquilo, confiado en que lograría lo que deseaba y preparado para esperar hasta que le cayera en las manos, como siempre sucedía.

—Jude —murmuró de nuevo—. Deseo hacerte el amor. *Debo* hacerte el amor —su boca hizo un gesto. Por un instante, Judith se sintió extraña al sentir la espesa barba raspar su mejilla. Con violencia poco contenida, la besó. A pesar del asombro que sentía, poco a poco sucumbió a la pasión que brotaba de su tacto. Aun y cuando éste no fuera el hombre que ella recordaba, todavía era capaz de excitar al máximo sus emociones.

—Quítate el kimono —le ordenó—. Déjame mirarte.

—Pero estamos en la cocina —replicó tímida.

—No me importa —dijo él mientras la tomaba por las sienes para besarla de nuevo.

Por un momento, su deseo se mezcló con el de él, como una llama avivada por el viento, pero cuando Linc la soltó para mirarla a los ojos, era como si no lo conociera. De alguna manera, su relación se había movido a un plano diferente y ella despertó a esta realidad preocupada.

—Por favor, quítatelo, cariño —suplicó temblando de deseo.

Evitando su mirada, Judith tomó el nudo con manos torpes, pero no pudo desatarlo, sus dedos no le respondían.

—¡Cielos! —exclamó Linc—. Yo lo haré.

La chica tembló. No estaba preparada para ser inspeccionada por este… este recién llegado. Tal vez, más tarde sus dudas se disolverían pero ahora necesitaba un poco de tiempo. Todo estaba sucediendo con demasiada velocidad. Ella frunció el ceño cuando él se inclinó para besarle el cuello. Si tan solo pudiera calmarse y cambiarlo por su

Linc… el tranquilo Linc, su amado esposo. De alguna parte surgió la idea de su nene y ella comentó:

—Tengo algo qué decirte.

—Más tarde cariño —le dijo tratando de desbaratar el nudo.

—Es importante, debes saberlo —señaló alejándose de él—, lo siento mucho pero…

La puerta que daba a la sala se abrió y la cabeza de Linc se enderezó bruscamente.

—¿Qué es lo que te está tomando tanto tiempo, dulzura? —Wayne preguntaba mientras entraba—. Un hombre no puede esperar por siempre.

Capítulo 3

La expresión de Linc se endureció, sus ojos brillantes miraron primero a Judith, luego a Wayne y después a ella de nuevo. Por una fracción de segundo, Wayne se quedó azorado, luego, recuperándose de prisa, sonrió.

—Linc, viejo amigo, esto es una sorpresa.

Alejándose de ella, su esposo se apoyó contra una mesa doblando los brazos.

—Apuesto a que sí —respondió cortante.

Wayne se rio torpe y aclaró su garganta.

—Casi no te reconocí con todo ese cabello. También estás más delgado.

—Y más duro —terminó áspero.

Un largo momento siguió, un momento en el cual, con absoluta claridad, Judith pudo ver el cuadro que ellos presentaban… ella y Wayne solos en el *bungalow*. Observando sus apretados puños, la chica preguntó:

—¿En dónde está Esther? —demandó la chica haciendo un esfuerzo por aparentar una situación normal, pero sabía que estaba perdiendo el tiempo. Desde el momento en que vio a Wayne, supo que él había venido solo. Cualquiera podía decir que el primo de Linc no se comportaba como el esposo o el padre esa noche, ya que su ropa resultaba demasiado masculina. Ella se dio cuenta de que la camisa de seda había sido desabrochada para dejar ver un medallón de oro que colgaba sobre su pecho.

—Esther no vendrá.

—Mala suerte —la voz de Linc era como un látigo.

Judith tartamudeó desesperada por aclarar la situación.

—Se suponía que vendrían a quedarse mañana, los tres —se volvió hacia Linc—. Wayne y Esther tienen un nene llamado Robbie, acaba de cumplir seis meses.

—Felicitaciones —pero no le tendió la mano ni le palmeó la espalda.

En cambio, lo miró de arriba abajo y esta inspección logró que Wayne se ruborizara.

—Esta es una sorpresa, no tenía idea de que te hubieran liberado —murmuró Wayne, fingiendo felicidad.

—Eso es obvio.

Judith parpadeó. Si tan solo Linc dejara a un lado estos comentarios hirientes que nada decían ni significaban. Él la miró y para su mayor disgusto, la chica se ruborizó. No había razón para que

Judith se sintiera culpable. ¿Acaso no era ella la parte más inocente? Sacando fuerzas de alguna parte, enfrentó la mirada de su esposo. ¿Debería explicar que nada había pasado entre Wayne y ella? ¿O estaba imaginando cosas? Con los nervios tensos, luchaba entre decidir si sus sentidos le estaban jugando una broma o no. Ella frunció el ceño. ¿Acaso su esposo pensaba que le había sido infiel?

Los ojos de Linc se fijaron en sus senos a través del kimono.

—Cuando te hayas cambiado por algo más decente, tomaremos algo —comentó sonriendo—. Podría asesinar por un gin-tonic.

La tensión desapareció de la habitación como una bocanada de aire fresco. Si habían estado en su mira, tuvo la gracia de perdonarlos. Por un momento, él dudó, luego, se dirigió hacia el refrigerador al fondo de la habitación. Judith lo miró, Linc nunca caminaba, se deslizaba como animal acechando su presa, sin hacer el menor ruido.

—Yo prepararé algo de comer si me dices dónde encontrarlo —expresó Wayne gentil.

Judith le dio paté, pan tostado y luego se dirigió hacia su habitación. Se puso una blusa y unos pantalones vaqueros. Ahora los contornos de su cuerpo estaban cubiertos. Poniéndose unas sandalias blancas, caminó hacia la sala. Ya vestida, con sus tacones altos, se sentía preparada para defenderse de cualquier acusación que Linc le quisiera hacer. Lo haría entender, más allá de la duda, que Wayne había sido un amigo, un buen amigo, pero nada más.

Fue agradable descubrir que los dos hombres hablaban tranquilamente cuando ella retornó a la cocina. Pensó que había mal interpretado a Linc. Después de doce meses de estar lejos de la civilización, sus modales estaban un poco empolvados. Su esposo, había estado lejos muchos meses y le tomaría algo de tiempo volverse a acostumbrar. Linc rebanaba un limón para sus bebidas, mientras Wayne preparaba los bocadillos.

—Has cambiado todo de lugar —se quejó su esposo sin mirarla—. ¿En dónde guardas el tonic?

Con el corazón encogido, se dio cuenta de que bajo su aparente calma, había un hombre enfurecido.

—Ahora tenemos un segundo refrigerador. Tú siempre decías que necesitábamos más lugares fríos —contestó Judith, conservando su voz normal—. El refrigerador con las bebidas está al otro lado del pasillo. Wayne me lo consiguió de segunda mano.

—Bravo por Wayne.

La chica miró la ancha espalda de su esposo. No se habían visto en doce meses y ahora, cuando deberían de estar muy felices, él estaba echándolo a perder tratando de pelear. Linc no se había equivocado al decir que venía más duro, pensó disgustada. Caminando hacia el pasillo, Judith le lanzó una mirada furtiva. Él se quedó quieto, al

sentir la inspección de la joven. Sus ojos se encontraron. Por un momento, Judith se quedó paralizada, luego, bajando su mirada, la chica se apresuró. Antes, siempre tenía una idea de lo que Linc estaba pensando, pero ahora, su mirada era enigmática. No tenía ninguna idea de lo que pensaba y un aire de preocupación y tensión la invadió. ¡Cielos!, pensó con un sentimiento de temor, «todo se ha alterado entre nosotros, y creo que tendremos problemas».

—Ah Fong vendrá pronto —comentó la joven regresando con las botellas. Hubo un silencio. Wayne continuó con la cabeza inclinada, concentrado—. Ella duerme aquí casi todas las noches.

La ceja de su esposo se arqueó.

—¿La presencia de Wayne no es suficiente?

Poco a poco la estaba forzando a perder la paciencia. Ella tomó el destapador y abrió la botella. Miró a Linc, quien ahora se reía. Parecía tan arrogante con esa barba oscura… como un juez todo poderoso, pero él había decidido jugar al juez y también al jurado y no concedía ninguna apelación.

—Ella no sabía que yo vendría —Wayne intervino, mirando los bocadillos, llenos de paté. Judith le pasó un plato y él comenzó a acomodarlos.

—Tu coche no estaba en la entrada cuando llegué —la chica le comentó a Wayne.

—Es probable que esté escondido en alguna cochera donde nadie pueda verlo —señaló su esposo burlándose.

—Está en la cochera —Wayne confirmó con torpeza la afirmación de Linc.

—¿Qué comías en la jungla? —preguntó la chica colocando platos y servilletas en una bandeja.

Su boca se torció.

—Arroz, arroz y más arroz. No había ninguna lata de caviar o de salmón ahumado por ninguna parte.

Ese parecía el viejo Linc, suave, bromista, pero cuando ella lo miró, notó que su buen humor era superficial.

—¿Fue difícil? —preguntó su primo.

—No fue un campo de verano.

Se escucharon pisadas en el pasillo.

—Ahí está Ah Fong —anunció la chica.

La puerta se abrió.

—¡Señor Linc! —la *amah* caminó por la habitación, decidida a lanzarse a los brazos de Linc.

—¡Hola! —él la levantó y le dio de vueltas, toda su tensión desapareció en un instante. Linc reía, tenía la cabeza echada hacia atrás, y sus dientes parecían muy blancos contra la bronceada piel—. Has engordado —bromeó bajándola.

Judith los miraba envidiando su naturalidad.

Ah Fong se ruborizó feliz.

—Usted flaco —señaló la china, picándole el estómago. Él lanzó un fingido gemido. El *amah* examinó su barba y frunció el ceño—. No gusta.

—Te acostumbrarás.

—Yo entiendo.

Linc le envió una sonrisa de complicidad a Judith al hacer este comentario. Por un momento, pareció que retornaban a su vida anterior y segura, la chica se dirigió a su lado. El brazo masculino la envolvió, descansando posesivo sobre su cintura.

Ah Fong comenzó a darles una larga explicación de lo que haría. Iría a su Kampung y les contaría a sus vecinos que el señor Linc había regresado de las guerrillas. Luego, llamaría por teléfono a Mimi. La mujer china dormiría esa noche en su casa, pero la señorita no debería preocuparse, ella estaría al día siguiente en la tienda.

—¿Qué fue eso sobre la tienda?—preguntó Linc frunciendo el ceño mientras se dirigían hacia la sala.

—Ella trabaja para mí en Mandarin Antiques —contestó Judith colocando la bandeja sobre la mesita.

—¿Para ti?

—Así es —Wayne comenzó a decir dándole una mordida al bocadillo—. Tu esposa se está convirtiendo con rapidez en una autoridad sobre antigüedades. Es una dama muy inteligente —él envió una mirada de orgullo a Judith y ella le sonrió.

Linc los miraba pensativo. Sentándose en el sofá, estiró sus largas piernas.

—Cuéntame más —ordenó, dirigiendo sus palabras a Judith, pero antes que ella pudiera abrir la boca, Wayne continuó diciendo:

—Audrey se cambió y Judith compró la tienda. Si tú recuerdas, ésta estaba funcionando bien, nada especial, pero desde que ella se hizo cargo ha progresado mucho —él comió el último bocado—, yo desearía tener una esposa que fuera tan emprendedora.

—Apuesto a que sí —expresó Linc cortante. Desesperada, Judith le ofreció un bocadillo.

—No, gracias —respondió haciendo a un lado el plato con un gesto vago mientras se inclinaba hacia adelante para agregar más ginebra a su bebida—. ¿De dónde sacaste el dinero? ¿Te lo dio Wayne *también?*

Sus ojos estaban fijos en ella, ignorando a su primo por completo. Asumiendo una actitud que estaba muy lejos de sentir, Judith se sentó en un sillón frente a él, necesitando por alguna razón poner algo de distancia entre ellos. Sus pensamientos se agolpaban. En sus fantasías durante los pasados meses, Linc se había mostrado feliz cuando ella le contaba sobre Mandarin Antiques, así es que, ¿por qué estaba

actuando tan interrogativo y desaprobatorio?

Wayne rio feliz, quitándose las migajas de la boca, él parecía no darse cuenta de la tensión que reinaba en la habitación, como una marea maléfica. ¿Cómo podía ser tan insensible? Para ella, Linc era como un animal salvaje rodeando a su presa, escogiendo el momento correcto para atacar. Wayne comentó sin pensar.

—Ella vendió el Mercedes.

—Yo estaba hablando con mi esposa —Linc lo interrumpió sonriendo.

Wayne encogió los hombros y se disculpó.

—Lo siento —él se sentó en el brazo del sillón donde estaba Judith y tomó otro bocadillo. La chica deseaba que se alejara, su presencia tan cerca de ella, decía mucho. Estaba segura de que a Linc no le agradaba, podía verlo en su rostro.

—¿Vendiste mi coche? —preguntó en voz baja.

—Era nuestro coche —replicó Judith, deseando correr a esconderse.

—Nunca té gustó, siempre te ibas a las coladeras.

La joven golpeó su vaso contra la mesa de cristal haciendo que Wayne brincara, Linc no movió ni un solo músculo.

—No estaba siempre yéndome a las coladeras.

Despacio, él pasó una mano por su mandíbula, sin dar importancia a su desplante.

—¿Y supongo que somos ahora dueños de esa caja con ruedas estacionada ahí afuera?

—¿El Mini? Sí. ¿Qué tiene de malo? —preguntó enfadada.

—¿Y cómo te imaginas que entraré en él? —preguntó pasando su mirada sobre sus musculosas piernas tendidas frente a él.

En circunstancias normales, ella hubiera aceptado que podía haber complicaciones. Las piernas de Linc eran demasiado largas, él siempre necesitaba sentarse en la orilla cuando iban al teatro para poder estar cómodo.

—Ya te las arreglarás —contestó la chica.

—¿Tal vez no me tomaste en cuenta cuando lo compraste? —sugirió.

—Lo hice —mintió y sintió que su voz temblaba.

Él tenía razón, había estado tan ansiosa por conseguir el dinero para comprar la tienda que el escoger otro coche había carecido de importancia. Cuando Wayne mencionó que uno de sus mecánicos deseaba vender su Mini, ella estuvo feliz de poder comprarlo.

Wayne se tensó.

—Gasta poca gasolina —protestó, comenzaba a darse cuenta de la atmósfera tensa. Se puso de pie, caminó por la habitación, luego se detuvo, frunciendo el ceño—. Judith ha trabajado mucho en esa

tienda. Te sentirás lleno de admiración cuando veas las mejoras que ha logrado.

Linc tomó otro trago de su bebida.

—Estoy seguro de que así será —contestó limpiándose la boca con la mano.

Ella lo miró enfadada. Bien podía él decirle alguna palabra de alabanza, mostrar algo de entusiasmo.

Wayne se dio cuenta de que era más fácil sacarle sangre a una piedra.

—Le va bien en lo económico.

—Sí, y pronto podré comprarte un reluciente Mercedes —bromeó Judith.

Linc colocó un brazo sobre el sofá.

—Gracias.

—¿Y cómo le va a Esther? —preguntó Linc con voz suave. Ahora se portaba amable, parecía interesado y su cambio de humor la asustó.

Wayne sonrió.

—Robbie es un hermoso nene, pero ella sí que hace mucho escándalo con él. Nuestras vidas giran alrededor del niño ahora.

—Estás celoso —demandó Linc.

Hubo un gesto como contestación.

—Ella está obsesionada con el nene. Es un descanso el poder alejarse de casa en la mañana. Esther se pasa los días preocupándose por él. Cielos, quién sabe qué sucederá cuando comience a caminar. Creo que lo seguirá desde la mañana hasta la noche, nunca se cansa.

—Se parece a mi madre —comentó Linc.

—Bueno, esperemos que Robbie sea tan independiente como tú —Wayne dijo esperanzado—, de otra manera, estará destinado a ser un nene de mamá.

Judith le envió una mirada severa.

—Tal vez si tú te quedaras en casa y participaras de su crecimiento evitarías su dependencia de Esther.

—Parece una gran idea —acordó Linc cortante—. Quedarte en casa.

Otra frase de doble sentido. Judith sumergió una cascarita de limón que flotaba en el vaso.

—Yo sentí mucho cuando Judith abortó —anunció Wayne, tomando un trago de su vaso.

Ella levantó la cabeza y su corazón latió desesperado. ¿Por qué había sacado a relucir ese tema ahora? Sus dedos se apretaron alrededor del vaso. Judith tenía intención de decírselo a Linc cuando estuvieran solos, ya que era un dolor privado, no algo que se comentaba tomando una copa. Su corazón se heló… vaya manera de enterarse de la pérdida de un hijo.

—Wayne, no —le suplicó la joven con voz entrecortada.

Despacio, su esposo se inclinó hacia adelante y colocó el vaso sobre la mesa.

—Está bien, cariño, lo sé. El tipo del consulado me lo dijo —él se levantó, metiendo las manos en los bolsillos—. Ya es tarde, creo que es hora de que te vayas a casa, Wayne.

—¿A… ahora? —preguntó su primo sorprendido mirando el reloj.

—¿No te estará Esther esperando? —demandó Linc severo.

—Ella duerme con Robbie casi todas las noches y no le importará si regreso a casa o no.

Judith se levantó. Para su sorpresa, se dio cuenta de que no deseaba que Wayne se fuera. Él era alguien conocido, un aliado contra Linc, quien estaba probando ser un extraño.

—Estoy segura de que ustedes dos desearán discutir sobre el negocio mañana. La cama ya está preparada en el cuarto de huéspedes y no parece correcto que Wayne conduzca hasta su casa hoy para regresar mañana temprano.

—Como tú quieras —Linc dijo indiferente.

Él se acercó a ella colocándole un brazo alrededor de los hombros. Wayne los observó por un momento, Linc lo estaba demostrando, era un animal reclamando a su pareja. Judith se sentía adulada en su interior. Su toque era demasiado íntimo y posesivo; en este momento, él era un extraño. En un día o dos, cuando las tensiones entre ellos hubieran desaparecido, entonces agradecería cualquier caricia ya que ahora solo eran tensiones. La primera pelea se había suscitado y ahora el esperado éxtasis de reanudar la vida matrimonial después de un año de estar separados, comenzaba a parecer irreal.

Judith sabía que sus sentimientos eran ambiguos. Amaba a Linc, pero él había cambiado. El hombre junto a ella no era el amante dócil, sino un hombre que había pasado por todo… un hombre duro, al cual no conocía.

—Iré a lavar los vasos —comentó la chica alejándose.

Wayne se apresuró a ir en su ayuda poniendo los vasos en la bandeja y juntando los platos sucios.

La boca de Linc se torció en un gesto de enfado.

—Entonces, creo que iré a tomar un baño —indicó bostezando.

Mientras ella terminaba de lavar, escuchaba a Wayne hablar, pero su mente era un torbellino de contradicciones y no le ponía atención. Él se estaba quejando de Esther, de cómo había cambiado desde el nacimiento de Robbie. Ignorándolo, su corazón comenzó a acelerarse. En pocos minutos, tendría que quedarse a solas con Linc.

—Así es que como ves, las cosas han cambiado —le decía Wayne

mientras la seguía hacia la sala. Murmurando algo que deseó fuera consolador, ella apagó las luces. Por un momento, la silueta de Wayne se distinguió, tan delgado y familiar, que deseó poder correr hacia él y pedir su protección.

—Buenas noches, te veré en la mañana —se escuchó decir con frialdad.

Ella temblaba temerosa cuando entró en su habitación y aliviada se dio cuenta de que Linc aún seguía en el baño. Su ropa estaba tirada en el piso y ella la levantó en forma automática y la dobló. El agua dejó de correr y la chica se heló. ¡El tiempo se terminaba! De prisa, se quitó los pantalones, la blusa y se puso un camisón blanco que nunca había utilizado, ya que con anterioridad, dormía desnuda con Linc, pero ahora…

La chica se miró en el espejo. De alguna manera, su camisón resultaba demasiado llamativo, se ajustaba muy bien a su cuerpo señalando sus senos y caderas. Era una invitación. Comenzó a cepillarse el cabello confundida, esperaba que algo pasara, pero no sabía qué.

—Ya me siento mejor —sonrió Linc saliendo del baño.

Discreta, lo miró por el espejo. Estaba medio desnudo, solo llevaba la toalla puesta alrededor de la cintura. Su pecho parecía más amplio, más musculoso que lo que ella recordaba, y su cintura más firme. Él siempre se había mantenido en forma, pero ahora, su cuerpo daba la impresión de pertenecer a un hombre que había trabajado durante mucho tiempo bajo el sol. Mientras se secaba con la toalla, la miró e hizo un gesto. Confundida, bajó la vista y se concentró en cepillarse con más fuerza.

—¿Cómo te llevabas con los comunistas insurgentes? —le preguntó.

Mientras él hablaba, Judith ganaba tiempo para controlarse; luego se dio cuenta de que se estaba comportando como una solterona virgen, y se mordió el labio inferior para no reírse.

—Bien, eran seis tipos agradables los que nos cuidaban y llegamos a conocerlos bastante bien —su mano dejó de frotar los hombros—. Demasiado bien. El instigador del rapto fue capturado en los primeros días y después de eso, el grupo se desintegró. Un joven llamado Thai Sumphote, tomó el control, pero no tenía la rudeza necesaria para estar en las guerrillas.

Azorada, Judith se volvió para mirarlo.

—El líder fue arrestado, entonces, ¿por qué no descubrieron antes dónde los tenían?

—Ya conoces a la policía cariño. Es obvio que nunca asociaron nuestra desaparición con él y como jamás dio información… Después que él desapareció, nos quedamos en el limbo. El grupo continuaba

esperanzado a que él regresara y para que les dijera qué hacer con nosotros —se encogió de hombros—. Era aquello un infierno de nervios. Kee Ann y yo colgábamos de un hilo por semanas, preguntándonos si nos liberarían en cualquier momento. Los hombres tenían armas y estaban muy nerviosos —continuó mientras se dirigía hacia el baño—, yo tenía miedo de que la policía llegara al campamento de improviso y nos encontráramos de pronto envueltos en un fuego cruzado, no era una idea agradable.

—Parece un comentario clásico.

—Lo es —Linc reapareció con el cabello peinado hacia atrás de sus oídos. Con ojos severos, la estudió—. Tú solías ser mi chica dorada, pero ahora tu piel está pálida —comentó él frotando los dedos sobre los hombros de la chica.

—Paso mucho tiempo en la tienda.

—Eso dijo Wayne —señaló apretando los labios.

—Hace demasiado calor —se quejó la joven cambiando de tema—. ¿Por qué abriste las ventanas? Yo duermo con el aire acondicionado encendido.

—Ya me acostumbré al clima natural, creo que no podría dormir si hace demasiado fresco —retiró él un mechón de su frente y ella notó que ya estaba casi seco—. ¿Te importa?, me siento tan cansado que podría dormirme parado.

—¿Por qué no te recuestas? —sugirió la chica.

—Deseo acostarme contigo —contestó él estirándose para acercarla. Inclusive su tacto resultaba diferente, pensó con aprensión, ya que cuando se inclinó para besarla, ella sintió los dedos masculinos encajarse de forma cruel sobre su piel.

La chica se puso de pie y echó su cabello hacia atrás.

—¿Dormías a la intemperie? —Judith se daba cuenta de que se parecía a alguien que trataba de hacer conversación en un bar, pero necesitaba seguir hablando.

—No, eran bastante civilizados. Kee Ann tenía su propia choza y yo compartía una con los hombres.

La información fue dada con impaciencia, y ella se dio cuenta de que él se dirigía hacia la cama.

—¿Cómo era Sumphote? —preguntó la chica.

—Cielos, Jude —señaló Linc sentándose en la orilla de la cama—. Era un tipo alegre, un expulsado de la universidad, lleno de ideas políticas.

—¿Y… y los otros?

—Campesinos, cerrados de criterio, y por ello más peligrosos —Linc colocó los brazos atrás de su cabeza reclinándose y cuando la cama se movió, él frunció el ceño—. ¿Qué ha sucedido con este colchón?

—Es una cama de agua, ¿recuerdas? La ordenamos antes… antes que te fueras —sonrió ella—, toma tiempo acostumbrarse, pero creo que al fin te gustará.

Linc tocó con sus manos la suavidad de la cama.

—¡No pienso dormir en esto! Dormiremos en el suelo.

—¡El suelo!

—¿Por qué no? Yo he estado durmiendo en el suelo durante los últimos doce meses.

—Bien, pero yo no —contestó—, y no tengo intenciones de comenzar ahora, yo dormiré en la cama.

—Ni loco. Tú dormirás conmigo *en el suelo*.

La situación se estaba convirtiendo en grotesca, discutían como dos niños y el mal humor de pronto pareció desaparecer de Linc quien comentó:

—Cariño —dijo estirando la mano—, el piso no es tan malo. Podremos dormir sobre la piel de cordero. Ya hemos hecho el amor en ella antes, si lo recuerdas.

Ella ignoró su brazo tendido hacia ella.

—Eso es diferente.

—No veo por qué.

Distraída, levantó el cabello de su cuello donde su piel estaba húmeda por el sudor. Era demasiado tarde para discutir, y además, no podría encontrar un argumento razonable. Él sonrió cuando Judith no contestó.

—Ya sabía que lo verías a mi manera —expresó él arrogante y la chica sintió ganas de llorar. Linc se levantó y la reclamó de nuevo. Él siempre ganaba las batallas. Antes, no le había importado, pero ahora… Si tan solo fuera flexible como Wayne, él siempre cedía a sus deseos.

Su esposo estaba dando masaje a su cuello, susurrando una y otra vez:

—Jude, Jude, mi Jude. Relájate —murmuró besándole el cuello.

—Estoy relajada.

—No lo estás, pero lo estarás —le aseguró besándole en forma seductora los labios. La boca femenina se abrió respondiendo a la caricia y él fue como un hombre encontrando un oasis después de meses en el desierto. Su intensidad la capturó de nuevo. Poco a poco, Linc hizo que su cuerpo respondiera a sus deseos. Pero Linc era «alguien diferente», Judith se justificaba, tratando de negar el deseo que surgía dentro de ella. ¿Cómo era que su cuerpo reaccionaba en forma tan positiva hacia este hombre?, se preguntaba, despreciándose. ¿Por qué?

—Linc —murmuró la joven alejándose un poco—. Ya pasa de la media noche. ¿No deberías dormir un poco?

Él le sonrió observando sus senos.

—Puedo dormir más tarde, ahora solo deseo amarte —declaró con candor. Su esposo la apretó de nuevo contra su pecho y Judith sintió la suavidad de sus labios reanudar sus sensuales caricias. Su sangre hirvió. Los besos masculinos la hacían estremecerse llena de placer. La chica sabía que, fuera quien fuera, ella lo necesitaba. Pero, ¿cómo podía sentirse así si él se había convertido en un extraño? Con maestría, la estaba excitando, besándola en los lugares secretos que le producían más placer. Su cerebro dejó de protestar y se apretó contra él, ardiendo en deseo. Linc la recostó sobre la piel de cordero quitándole el camisón. Ahora no había limitaciones. Deseosa, se apretó a él, su piel temblaba por las sensuales caricias de sus dedos y labios. Tal vez, la estaba utilizando, pero no le importaba. Era algo mutuo. Después de un año de forzado celibato, su cuerpo despertaba de un largo sueño. Miles de estrellas explotaron en sus ojos cuando Linc se inclinó hacia ella, sus uñas se encajaron en los duros músculos de la espalda masculina. Con rudeza, él la estaba transportando a un remolino de excitantes sensaciones. Ella susurró su nombre y los músculos de Linc se tensaron.

—¡Jude! —exclamó con fiereza y luego, todo terminó.

Judith despertó con el peso de un largo brazo sobre ella, oprimiéndola contra la cama. Linc estaba dormido, tenía el rostro escondido entre su cabello. Se quedó quieta, escuchando su respiración. ¿Cómo habían llegado hasta aquí? Lo último que recordaba era estar recostada sobre la piel de cordero. Despacio, tomó su reloj, eran más de las nueve y el cielo azul prometía un día soleado. La chica estaba sudando y con lentitud, levantó el brazo de Linc para liberarse. Él murmuró algo, pero continuó durmiendo.

Judith se dirigió de puntillas hacia el baño y cerró la puerta. Se bañó recordando que las cajas que venían de Corea serían entregadas esta mañana. No tenía caso quedarse en el *bungalow*, esperando a que Linc despertara, tal vez dormiría todo el día. Ella podría aprovechar mejor el tiempo yendo a la tienda por una hora o dos supervisando la llegada de las cosas. Despacio, se vistió con una blusa amarilla sin mangas y unos pantalones vaqueros. Terminó de maquillarse y se peinó el cabello hacia un lado, amarrándolo con un listón amarillo. Abrochando las tiras de sus sandalias, tomó el bolso y salió de la habitación.

—Hola —la saludó Wayne, estaba sentado en la mesa del comedor —. ¿Deseas café? Acabo de hacerlo así como pan tostado.

Sonriéndole agradecida se sentó.

—Gracias, pero no tengo hambre. Solo tomaré café.

La joven miró la sandía en el plato de Wayne y solo pensar en comer un pedazo, hizo que se sintiera mal. Ella parecía un globo desinflado. En sus sueños, siempre imaginó el retorno de Linc como días llenos de amor y risas, donde siempre estarían juntos. Pero no se encontraban juntos, al menos no en lo espiritual, ya que el último año había traído muchos cambios y los dos eran personas diferentes. Su unión física había sido una necesidad de la carne, nada más…

Wayne señaló la habitación diciendo:

—¿Cómo está él?

—Aún duerme.

—Tal vez duerma toda la mañana —miró su reloj—, creo que está exhausto. No me quedaré ahora, iré a casa. Esther debe estar preocupada. Cuando Linc despierte dile que lo llamaré si desea hablar sobre helicópteros.

—¿Qué sucedió con los aviones en Sabah? —preguntó la chica.

—No me comprometí. Hablaré con Linc y sabré lo que él desea que hagamos.

—Pero ha estado fuera mucho tiempo, no puedes esperar que tome una decisión como ésa sin saber los antecedentes.

—Oh, él estará preparado para hacerse cargo —contestó Wayne feliz.

Linc siempre se había hecho cargo, pensó tomando su café. Recordando tiempos antiguos, se dio cuenta de que sus únicas peleas habían sido cuando ella trató de forzar su libertad. La presencia de Linc en su vida fue reconfortante, pero en ocasiones, se había sentido molesta con su creencia de que, cuando había que tomar una decisión, él tenía la última palabra. En los negocios, Wayne era su socio, pero las decisiones importantes siempre las tomaba Linc. Ahora, Judith sospechaba que todo continuaría igual en su matrimonio pero ella no era su socio, ni tampoco una pertenencia. Él la veía como a «la pequeña mujercita», siempre haciendo cosas tontas como meterse en las coladeras. Judith apretó la taza. Hasta hoy había visto su matrimonio color de rosa, pero de pronto todo cambiaba…

Cuando Wayne se marchó, ella recogió todo y fue a espiar a la habitación. Linc aún se encontraba dormido, la sábana blanca le cubría las caderas. Él no pertenecía a esa cama, pensó notando el cabello largo, y la espesa barba. De pronto, sintió que su estómago se contraía. Después de lo de anoche, existía la posibilidad de que estuviera embarazada. Cielos, que esto no sucediera ahora, aún no. Anoche había estado muy emocionada, necesitando demasiado la satisfacción física, pero ahora, a la luz del día, se daba cuenta del riesgo que había corrido y cerró los ojos desesperada. No deseaba tener un nene, no ahora que su vida era un caos.

El coche arrancó a la primera como siempre y pensó que era una buena inversión a pesar de lo que Linc pensaba. Lo sacó y cruzó una avenida llena de árboles y palmeras con casas de madera. Las ventanillas del coche estaban bajadas y una suave brisa entraba calmándola. Su pulso inquieto, se había tranquilizado y comenzó a relajarse. La llegada de Linc fue más traumática de lo que ella suponía y le tomaría tiempo adaptarse de nuevo, pero no tenía prisa, había todo el tiempo del mundo para conocerse de nuevo y qué mejor lugar para comenzar que Penang.

Capítulo 4

El embarque de Corea resultó mejor de lo que esperaba, había sido un riesgo, pero su instinto no le falló. Había hermosas lámparas, floreros de todas clases, tamaños y un gran número de pequeños animales… pájaros, búhos, sapos que parecían tan reales que ella temía que de un momento a otro brincaran. Colocó algunos artículos sobre un estante y en pocos minutos una pareja australiana compró dos perros y prometieron regresar con unos amigos para adquirir más. Judith pensó de nuevo en la tienda que estaría vacía junto a la suya; con espacio extra, podría tener una colección mayor de piezas.

—¿Ya casi es la una, está bien si salgo a comer? —preguntó Rosiah cerrando la máquina registradora.

—¿Cielos, es ésa la hora? —desesperada, Judith miró el reloj sin creerlo. Tenía intenciones de pedirle a su asistente que saliera a comer temprano para que ella pudiera irse a casa con Linc, pero la mañana había pasado sin que lo notara—. ¿Crees que podrás regresar pronto? —le preguntó—. Mi esposo regresó a casa y me gustaría ir con él.

Sintiéndose culpable, se dio cuenta de que era la primera vez que lo mencionaba absorta por completo con el envío. Rosiah la felicitó ardorosa y se apresuró a salir a comer algo rápido. La arcada se encontraba en silencio, la mayoría de los huéspedes del hotel estaban comiendo y Judith aprovechó la oportunidad para ir a sacar más animalitos.

—J. Cassidy, propietario, ¿supongo? —una voz profunda preguntó y ella lo miró azorada casi tirando las cosas. Linc estaba parado en el centro de la tienda, tenía los pies separados y las manos sobre las caderas mientras observaba todo. Ella no lo escuchó llegar.

—No… no te esperaba —comentó dejando las figuras.

—Es obvio que no, pero yo sí te esperaba en casa.

Evitando mirarlo, Judith se inclinó cuando uno de los animalitos se rodó bajo su escritorio.

—Estabas dormido —señaló desafiante—, dejé una nota sobre la mesa.

—No la vi, pero espero que en el futuro, siempre estés conmigo cuando despierte.

—Te olvidas que tengo una tienda que administrar —se defendió.

Su mano tomó su barbilla.

—Dejemos esto en claro, señora, de ahora en adelante, *yo* soy primero. Ya te divertiste durante doce meses, pero ahora se terminó.

—¡Diversión! —Judith lo miró sorprendida—. ¿Es eso lo que piensas que fue?

—No tengo ni idea, yo no estaba aquí, pero si te imaginas que me conformaré con un segundo lugar, como tu amigo Wayne, estás muy equivocada.

—Wayne es amigo tuyo también.

Sus dedos se apretaron fuerte sobre su barbilla.

—Él *era* mi amigo, lo cual aún está por verse. Es un gran tipo, pero me doy cuenta de sus pecadillos.

—¿Lo que significa?

—Lo que significa que Wayne se ve a sí mismo como un caballero rescatando a su damisela en desgracia. Se le van los ojos tras una rubia y… —sus ojos la recorrieron—, una dama bien formada.

La paciencia de Judith se terminó.

—Oh no, no seas tan… neoyorquino —le dijo furiosa.

—Ya habíamos pasado por esto antes, tú sabías muy bien quién era yo cuando te casaste conmigo, así que no te quejes ahora.

—Tú has cambiado —objetó la chica.

—Y tú también.

Su mirada fija en ella comenzaba a ponerla nerviosa. Fue el murmullo de una conversación afuera lo que le dio el ímpetu que necesitaba para controlarse. Los australianos habían regresado con sus amigos. Todos traían ropas muy caras y venían muy bien arreglados.

—Disculpe —una de las damas le dijo—, desearíamos ver una vez más esos increíbles animalitos —la mujer miró a Linc y su expresión se tornó desaprobatoria. Era claro ver que no entendían cómo él había logrado entrar ahí. Judith siguió su mirada y de pronto comprendió por qué ellas pensaban así. Él llevaba la misma playera y pantalón que el día anterior, y la brisa había alborotado su cabello. Apoyado contra el escritorio con las piernas cruzadas, la chica notó que sus zapatos estaban llenos de polvo.

—¿Viniste caminando? —le preguntó cuando la mujer se volvió.

—¿Y de qué otra manera podía llegar hasta aquí? No podía tomar un taxi… no tengo dinero.

La mujer australiana escuchaba todo mientras veía los animales.

—¡Nada! —exclamó Judith sorprendida, él siempre solía traer dinero.

—¿Y de dónde sacaría yo dinero?

—Yo… yo no lo sé —respondió tímida dándose cuenta de que todo lo que tenía era lo puesto—. Te daré dinero. ¿Cuánto quieres?

Ahora, la mujer los miraba curiosa y Linc le dijo tranquilo.

—¿No crees que debería ganármelo, querida? —comentó él—, no me agrada pensar que me estás manteniendo.

—No sé lo que quieres decir —contestó y luego notó que la boca masculina se torcía humorística al notar que la mujer los observaba.

—Odiaría que las personas por aquí tuvieran la impresión de que

soy tu… —hizo una pausa significativa—… tu amante.

Hubo un rumor de asombro y Judith lo miró furiosa, lanzándole toda clase de mensajes con los ojos, pero él los ignoró y le sonrió indiferente. La chica apretó los puños. Ya podía imaginar el escándalo que se haría en el restaurante del hotel… «Esa mujer de la tienda de antigüedades tiene un…» la voz se haría más baja y los oídos se prepararían para escuchar… «Tiene un amante algo salvaje, aunque bien parecido si te agradan los tipos de cabellos largos y barba. Debe ser un vago, tal vez sea un drogadicto, la mayoría lo son».

—¿Por qué no vas con el barbero? —demandó colocándole algún dinero sobre la mano. Linc lo contó y luego lo metió en el bolsillo.

—Necesito ropa nueva también —dijo observando la reacción de la mujer—. Me probé la que hay en tu guardarropa, pero no me queda muy bien. Soy más amplio de hombros que el tipo que la usó la última vez.

—¡Lincoln! —exclamó la chica en voz baja.

Inocente como un querubín, él hizo un gesto cuando la australiana se acercó con la mercancía que había escogido. Uno de los hombres le devolvió la sonrisa, pero las dos mujeres la miraban indignadas. Judith envolvió los artículos y los metió en unas bolsas con el nombre de Mandarin Antiques.

—Fue muy amable de tu parte el aceptarme anoche sin previo aviso. No muchas mujeres lo hacen —murmuró cuando ella le entregó el dinero de cambio a la señora—. En serio hicimos que las olas se movieran en esa cama de agua tuya.

El cuarteto huyó, deteniéndose para murmurar una vez que estuvieron fuera de la tienda.

—Te importa muy poco ponerme en mal —Judith señaló incapaz de controlar su enfado por más tiempo—. Crees que es muy divertido hablar de esa forma delante de mis clientes. Pues bien, déjame decirte que no lo es y que me ha costado mucho sufrimiento sacar adelante esta tienda, y no permitiré que tú arruines mi buen nombre.

—¿Y qué sucede con las lágrimas por mí? —preguntó serio—. Parece ser que has estado tan entretenida en esta colección de… de… —miró a su alrededor— esta colección de basura, que no me has extrañado para nada.

—Eso no es cierto —objetó furiosa—, *sí* te extrañé. Hubiera preferido tenerte a mi lado en lugar de cien tiendas de antigüedades.

—Pruébalo. Cierra y ven conmigo a casa ahora —le ordenó de pronto—. Según parece, ya has trabajado bastante en el pasado, así que tienes derecho a algún tiempo libre. En todo caso, es sábado.

—Dame diez minutos e iré contigo —la chica prometió—. Rosiah regresará para entonces, así que esperémosla. No tiene caso cerrar sin razón.

—¡Sin razón! *Yo* soy la razón —exclamó su esposo con voz cortante—. Ven conmigo ahora.

—Pero estamos muy ocupados los sábados, Linc. He tenido la tienda abierta los sábados durante meses —recordó sus hábitos de trabajo—. Tú solías viajar los sábados y los domingos cuando comenzaste a trabajar en la compañía.

—Yo me encontraba soltero entonces, y en todo caso, no se puede comparar una compañía de medio millón de dólares con esta tienda —su mirada furiosa se convirtió en una sonrisa amable—. Jude, cariño, hemos estado separados por doce meses…

—Espera unos minutos, entonces…

—No —él la interrumpió y salió de la tienda antes que ella tuviera tiempo de cambiar de opinión.

Con el corazón apesadumbrado, lo miró irse. En el pasado, sus peleas fueron ligeras, pero ahora… él nunca se había salido dejándola sola. Ella se sentó detrás de su escritorio. Sabía que había hecho mal en dejarlo solo esa mañana. Entonces, ¿por qué no se fue con él? ¿Qué instinto perverso la hacía anteponer Mandarin Antiques a sus deseos sabiendo que su esposo era lo primero para ella? Tal vez, pensó apretando los labios, era debido a sus ademanes dominantes. Si fuera como Wayne, gentil, ella hubiera colgado el letrero de cerrado sin pensarlo. ¿Pero lo hubiera hecho? Este negocio había sido toda su vida y el hacerlo a un lado era como negar a un hijo. ¿Podría Linc entender esto? Cuando Rosiah regresó diez minutos después, ella ya había tomado una decisión.

—Me iré a casa ahora, y no vendré mañana —le comunicó—. Pondremos un anuncio para pedir otro asistente la semana que viene ya que no pasaré tanto tiempo en el futuro en la tienda. Si no llego en la mañana, abre la puerta sin mí.

Lo dije, pensó rebelde mientras caminaba por la arcada. El primer paso había sido dado para alejarse de Mandarin Antiques, sin embargo, fue doloroso. Ella caminaba por el pasillo alfombrado del hotel cuando vio a Linc. Su corazón se encogió… triste. Él estaba conversando con un joven malay. Se apresuró a su lado.

—Hola.

—Hola —con calma él la presentó al joven quien, según se podía ver, era un reportero de un periódico local que estaba interesado en las experiencias de Linc como rehén y quería arreglar una entrevista —. ¿Qué tal mañana en la mañana? —Linc sugirió enviándole una mirada retadora a Judith—. Mi esposa tiene un negocio, así que estaré libre.

—No, no. No trabajaré mañana —se apresuró a decir la chica.

Él tomó esta noticia sin ningún comentario, arreglando la entrevista para el día siguiente.

—¿Has estado hablando con él mucho tiempo? —preguntó la chica cuando el joven desapareció.

Linc la tomó del codo para dirigirse hacia el exterior. Deslumbrada por el sol, Judith buscó los lentes.

—Acabo de conocerlo, cuando te dejé subí al *penthouse* para saludar a Kee Ann. Ella necesita ayuda, ha pasado por un mal momento. No olvides que hemos estado juntos casi un año, así es que nos hemos acercado bastante.

—¿Se ha recuperado del todo? —aunque trataba, no lograba evitar el aire de amargura en su voz. Era claro que tan pronto como ella se había negado a darle gusto a su esposo, él había corrido hacia otra mujer. ¿Qué estaba pensando? Kee Ann era una niña. La idea de que Linc se enamorara de ella, resultaba ridícula. Él era un hombre maduro, y el cortejar a una niña no era su estilo.

El coche estacionado frente al hotel los esperaba.

—¿Por qué no rentamos un bote y veleamos hasta Monkey Bay? —sugirió Linc cuando se acercaban a él—. Es un magnífico día, perfecto para recostarse en la arena bajo las palmeras.

Judith se quedó muda, pensando en las implicaciones. Sabía bien lo que Linc tenía en mente… hacer el amor. La chica había corrido el riesgo una vez, pero sería muy tonta si lo hacía otra vez.

—Pero… pero no tenemos trajes de baño —objetó tímida.

—Jude, te volviste muy radical desde que me fui —bromeó Linc sonriéndole—, pero tal vez tengas tazón. Será más divertido si vamos preparados con una botella de vino y comida. Lo haremos otro día.

Contrario a lo que esperaba, el que él accediera la llenó de preocupación.

—Las llaves, por favor —demandó tendiendo una mano—. Yo conduciré.

Obediente se sentó a su lado riéndose mientras él luchaba contra las velocidades para acomodarse y luego salir a la carretera.

—Es como conducir un coche de pedales —murmuró. Había hecho el asiento hasta atrás pero sus piernas eran demasiado largas. La chica nunca pensó que el coche fuera demasiado pequeño. Sin embargo, ahora parecía muy chiquito.

—¿Cuándo piensas comprar ropa nueva? —preguntó mirando sus gastados pantalones.

—No hay prisa —encogió los hombros.

—¿Y qué hay de tu cabello y de cortarte la barba?

—Deja de mandarme, jovencita —un músculo se apretó en su mandíbula—. Si me rasuro ahora, me veré muy delgado. Tendré qué hacerlo en etapas, así es que prepárate para ser paciente.

Judith se mordió el labio sintiéndose como una niña regañada recordando al viejo Linc… al verdadero Linc… el Linc impecable en su

uniforme, o con el traje negro que había utilizado el día que se casaron, atlético en su ropa de esquiar o con su ropa deportiva y sus tenis. Judith lo miró de reojo mientras él conducía el coche… su coche.

—Me sentí muy mal cuando supe que habías perdido a nuestro nene —de pronto dijo y ella se llenó de remordimiento. Se miró las manos que tenía apretadas contra su regazo antes de contestar:

—Todo parece haber sucedido hace tanto tiempo, casi como si le hubiera sucedido a alguien más —las lágrimas le empañaron la mirada.

—Tal vez el hacer el amor anoche de resultados —murmuró él mirándola ansioso.

—No hicimos el amor anoche, eso fue solo deseo —contestó la chica levantando la barbilla desafiante.

—A mí me pareció amor, pero, ¿qué esperabas después de doce meses… luces suaves, música romántica y todo un preámbulo? Incluso Wayne no hubiera podido hacer eso, lo que me recuerda… ¿en dónde se metió esta mañana? Prometió quedarse para ponerme al tanto del negocio.

—Creo que en realidad no prometió nada.

—No, ahora que lo pienso no lo hizo. *Tú* fuiste la que estaba desesperada porque se quedara anoche.

Judith lo miró furiosa. Por un instante, él cambió su atención del camino hacia ella y lo que vio en sus ojos la hizo desear pegarle.

—Wayne ha sido muy amable conmigo. Deberías estarle agradecido.

—¡Agradecido! ¿Porque ha tratado de tomar mi lugar mientras he estado fuera? ¿Agradecido porque ha descuidado a su esposa y a su hijo por cuidarte a ti?

—Él solo me ha dado apoyo moral.

—¡Moral! Eso sí causa risa. Tal vez se porte como un inocente, pero es un amoral.

—No seas tan criticón. Él es tu primo.

—Claro que es mi primo, no evito eso, y también reconozco que ha sido un amigo de toda la vida. Es un buen piloto, buena compañía, pero eso no significa que confíe en él. Se casó demasiado joven, se le olvidó vivir y ahora quiere hacerlo.

—¡No conmigo! —exclamó furiosa.

—Él siempre ha dicho que si te hubiera visto antes, te hubiese atrapado.

—Tú sabes que eso es una broma, Linc, él está casado.

—Un hecho que nunca le preocupó —contestó hosco.

—Oh, pero eres un cínico. No solías ser así.

—Soy realista —comentó entrando en el sendero del *bungalow*. Se

estacionó bajo la terraza y salió estirando las piernas con exagerada dificultad—. Tendremos que venderlo —pronunció cerrando la puerta con fuerza mientras se dirigía hacia ella—. Terminaré artrítico si continúo conduciendo con las rodillas sobre la barba.

Judith logró controlar su contestación.

—Prepararé algo de comer. ¿Te gustaría una ensalada de cangrejo? —preguntó con voz amable.

—Me parece perfecto.

—Me pondré algo más cómodo antes de empezar —dijo mientras se dirigía hacia la habitación—. Este traje está bien para el aire acondicionado, pero hace demasiado calor aquí —a diferencia del Sentosa Country Club, solo las habitaciones del *bungalow* tenían aire acondicionado ya que resultaba demasiado caro.

—¿Desearías que yo me pusiera algo más cómodo también? —preguntó caminando detrás de ella.

—¿Qué otra cosa tienes? —demandó seria.

—Solo mi traje de Adán —arqueó una ceja.

—Entonces no, gracias.

—Aguafiestas —él hizo un gesto sentándose en la cama.

—Anoche dormimos en el suelo, ¿no es así? Entonces, ¿por qué amanecimos hoy en la cama? —preguntó desconcertada.

Encogió los hombros con un gesto burlón.

—Cuando te vi acostada en el suelo, pensé que era muy mezquino, así es que te levanté y te puse en la cama… luego, creo que no pude abandonarte. Debo reconocer que la cama de agua no es tan mala.

Judith bajó el cierre de sus pantalones quitándoselos. Ella podía sentir la mirada masculina fija en cada uno de sus movimientos y de pronto comenzó a sentirse incómoda. De nuevo esta extraña sensación de que él era «alguien más». Evitando su mirada, dobló los pantalones y los colgó en el guardarropa. No podía permitir que él la perturbara, pensó, manteniéndose firme ante su inspección. Desabotonando la blusa se la quitó. El tiempo se detuvo, Linc la estudiaba con seriedad como si ella fuera una ecuación matemática que no daba el resultado que él esperaba.

—No te detengas —murmuró cuando ella se quitó el pequeño sostén y su pantaloncillo.

—¡Linc! —exclamó protestando.

En silencio, su esposo se levantó de la cama y la tomó entre sus brazos. Él estaba temblando, nunca había temblado, pensó azorada, y esto hizo que la ternura la invadiera. Cuando él se inclinó para besarla, ella colocó los brazos alrededor de su cuello pasando los dedos por el espeso cabello. ¿Cómo podía ser tan conocido y tan extraño? Él besaba despacio sus párpados y nariz.

—Jude —Linc susurró emocionado y luego la besó. A pesar de su

asalto, las caricias masculinas la excitaban. La sangre le fluía con rapidez por todo el cuerpo y el deseo nublaba su cerebro.

La respiración masculina era entrecortada cuando le dijo:

—Jude, eres soberbia —hubo un temblor placentero cuando le acarició los senos. Judith echó atrás la cabeza y gimió con suavidad. Dando pequeños besos, Linc continuó besando la suave piel del cuello hasta llegar a sus senos.

—No, Linc, no —suplicó ella cuando las manos masculinas bajaron a sus caderas—. Tal vez quede embarazada. Espera, por favor espera.

—No puedo, te necesito. Me estoy volviendo loco deseándote, Jude. He estado acostado despierto todas las noches de este año reviviendo tu tacto, fragancia y tu sabor. No puedes pedirme que espere ahora —su boca volvió a la suya posesiva.

Unas palmas contra su pecho lo retiraron de ella.

—No deseo un hijo.

—¿Por qué no? —demandó respirando con dificultad para controlarse.

—Aún no, tal vez en un año más, cuando la tienda…

—¡La tienda! —exclamó—. La tienda solo es una distracción.

—A mí me importa —declaró enfadada.

—Demasiado —él dio un paso amenazante hacia ella pero, para su asombro, después sonrió—. Cariño, si pudieras verte… —tenía la barbilla levantada, y los senos le temblaban por el enfado. Linc la tomó de nuevo entre sus brazos y se rio. Era la risa confiada de un hombre que siempre se sale con la suya.

—¡No! —gritó alejándose—. No deseo hacer el amor.

—¡Mentirosa! —exclamó él observándola con atención.

—No haré el amor a menos que accedas a que no tengamos un hijo —le dijo resuelta.

—Pues yo no estoy preparado para tomar precauciones, señora, así es que sugiero que retornemos al celibato.

La chica se entristeció ante la cruel respuesta, pero antes que pudiera decir nada, se escuchó el sonido de un coche que llegaba.

—Wayne —declaró furioso—. Vino a rescatar a su dama en desgracia, ¿no es así? Pronto me libraré de él…

Ignorando el comentario, Judith tomó la ropa y se la puso. A través de la ventana abierta, escuchó que cerraban una puerta, y luego el murmullo de una voz femenina. Sus miradas se encontraron sorprendidas y la expresión masculina se tornó tan serena y dramática que ella sintió ganas de reír ya que el horror y la incredulidad estaban mezclados en el rostro de Linc.

—¡Magda! —exclamó la chica y caminó hacia la puerta.

—Disfruto visitar el Lejano Oriente de vacaciones —Magda comentaba acomodándose en el sillón del patio—, pero no me agradaría vivir aquí para siempre.

Sin hacer ningún comentario, Judith se volvió para desabrocharse el traje de baño y tomar el aceite para broncearse.

La escena de reconciliación entre Magda y Linc había estado llena de lágrimas y gestos trágicos. Como la consumada actriz que era, aprovechó la ocasión para, durante una hora, demostrar su amor, después se dirigió a la habitación de huéspedes y comenzó a acomodar toda su ropa. Se quedaría Magda, pero, a juzgar por la mirada de Linc, pensó que no sería mucho tiempo. Su equilibrio se estaba rompiendo.

—Te pondré aceite en la espalda —se ofreció caminando y sentándose junto a ella bajo el sol.

La chica se tendió, sería ridículo no aceptar su ofrecimiento, pero los movimientos rítmicos de las manos de Linc sobre su desnuda piel originaban olas de deseo a través de todo su cuerpo. Los dedos masculinos eran tan fuertes y tan seguros, que ella se encontraba convencida de que él la estaba excitando en forma deliberada, pero ¿por qué? Linc habló en serio cuando dijo lo del celibato. Por un instante, estuvo tentada a darse la vuelta y acercarse a su oído, para murmurar: «Monkey Bay», él hubiera entendido lo que quería decir…

—Estás muy bronceado, Lincoln —su madre le decía—. Demasiado sol es malo para ti, te seca la piel.

—Cuando se tiene una ametralladora apuntándote la espalda, y alguien te dice que salgas y caves, no te preocupas mucho por tu piel.

—¡Cielos! ¿Qué era lo que estabas cavando? —preguntó sorprendida.

Linc se enderezó de pronto y tapó la botella del aceite.

—No te preocupes, no era mi propia tumba, aunque así parecía a veces. Vivíamos en un campo en medio de la jungla, y parte de mis obligaciones era controlar su crecimiento y sembrar. Estaba lejos y realizaba trabajos forzados.

Abandonando a Judith retornó a su silla y se sentó con las piernas tendidas. Aunque se alegraba de que sus manos ya no estuvieran sobre su cuerpo, las extrañaba. Colocando la cabeza sobre sus manos, Judith lo estudió con cuidado. Tal vez su aire de guerrillero era lo que lo hacía verse atractivo, pensó.

Ya era bastante tarde, y aunque el sol se estaba poniendo, no había perdido nada de su poder para quemar. Ella solo estaría un cuarto de hora más bajo sus rayos y luego se quitaría. Linc tomó un vaso con cerveza y mientras lo llevaba a los labios, la observó. Temerosa, la chica volvió la mirada hacia Magda. Ella era increíble. Vestida de color turquesa con una pañoleta atada al cabelló, nadie diría que llevaba veinticuatro horas viajando a través del mundo. No era tan

indefensa cuando tenía que enfrentarse a los hechos y debió haberse organizado muy bien para reservar billetes, guardar ropa y cerrar su casa en unas cuantas horas después de la llamada de Linc. Sin embargo, el cansancio no parecía afectarla ya que, después de un baño y cambio de ropa, parecía como nueva. Después, se dedicó a contarle a su hijo lo que había sucedido desde la última vez que se vieron. Lo que le había pasado a *ella*, no a él.

Empequeñeciendo los ojos por el sol, Linc tomó otro trago de su cerveza. Él había rescatado un par de *shorts* de un cajón, *shorts* que antes le quedaban muy apretados pero que ahora estaban a la perfección. Los ojos de Judith se fijaron en él. La fascinaba, era increíble cómo un poco de cabello sobre la mandíbula y labio podían transformar a un hombre.

—Has perdido peso, Lincoln —comentó Magda interrumpiendo su narración en el día sesenta y cinco. Solo quedaban trescientos por escuchar y se estiró para tocarlo—. Pero te veo muy bien. Me agradan los hombres así, Cy está muy bien para su edad.

—¿Quién es Cy? —preguntó.

Parpadeando, Magda procedió a dar una detallada descripción de su última conquista, que ya parecía durar varios meses.

—Él está en el negocio de seguros. Tuvo que viajar a Nueva York por negocios hace algunos días, así es que cuando tú llamaste, decidí lanzar todo al viento y venir a verte.

—¿Y cuándo regresa Cy?

—En diez días. Le envié una tarjeta con tu teléfono y dirección. Tal vez venga una vez que termine su negocio.

Judith contuvo una risita, nadie, en su sano juicio, pasaría por Penang de camino entre Nueva York y Los Angeles, excepto tal vez, su suegra. Diez días, se dio cuenta de pronto sentándose en el sillón. Diez días de Magda. Judith se movió impaciente y el cabello se le vino a la cara. Acomodándoselo, se levantó a prepararse algo para beber, escuchaba el murmullo de la conversación tras ella. Miró de reojo a Linc. No parecía estar escuchando a su madre, se encontraba recostado sobre la silla y tenía los ojos semicerrados, con las piernas tendidas frente a él, parecía una criatura salvaje tomando el sol.

Diez días antes de que su suegra se fuera. Diez días que ella y Linc necesitaban para estar a solas, reconociéndose. Había un límite para aguantar a Magda y éste estaba restringido ahora. Era cierto que otras veces, su suegra se había quedado por más tiempo, pero entonces, Linc la ayudaba a que se le hiciera menos difícil la situación. Habían sido dos contra una, pero ella sabía que él no estaba de humor esta vez. ¿Y qué pasaría si él decidiera retornar a sus vuelos de inmediato y le pidiera hacer el papel de anfitriona? ¿Esperaría que la chica abandonara su tienda solo para pasear a Magda? Su suegra no deseaba

compañía femenina, pensó furiosa. Por experiencias pasadas, sabía que en el momento en que un hombre elegible pasara frente a ella, se olvidaría de Judith. La joven retornó a su sillón.

—Me llamó un reportero —comentó Magda—, salía rumbo al aeropuerto, así es que le prometí llamarlo tan pronto como regresara. Él me dijo que estaba muy interesado en escuchar las experiencias que tú me contaras. Desde luego, yo ya le expliqué cómo es que tienes el carácter apropiado para controlar una situación como ésa.

—No te atrevas a hablar con la prensa sobre mí —comentó Linc, poniéndose de pie y mirándola tenso.

Judith aguantó la respiración, nunca lo había visto así antes, jamás pensó que tuviera ese poder para intimidar en forma tan violenta.

—No dirás una sola palabra sobre mi vida a nadie… ¿entendido?

—Pero… pero Lincoln —su madre se quedó muda.

—¿Te imaginas que este último año fue… una aventura, algún episodio romántico? —demandó en forma brutal—. No lo fue. Estuve viviendo en medio del peligro. ¿Te puedes imaginar lo que era pensar que a lo mejor un día, uno de esos campesinos que te cuidaban perdía la calma por cualquier cosa y decidía matarte? —Él pasó una mano por su frente—. Fue el infierno y no deseo que tú o cualquier tonto programa de televisión o reportero se pongan a hablar de lo valiente que me porté. No fui valiente, solo viví cada minuto como venía, y en cuanto a tus ridículas fantasías sobre mis ancestros rusos y mi carácter… —él maldijo en voz baja.

Magda tomó nerviosa un trago de su bebida mirando a todas partes menos a su hijo. En verdad estaba asustada por su ataque y lo mostraba. Judith se dio cuenta de que era la primera vez que Linc condenaba en forma abierta la actitud de Magda, ya que en el pasado, había soportado sus comentarios, sus cambios de humor, siempre y cuando no lo afectaran en forma directa. Siempre aceptó sus frívolas demandas, tomándolas como una broma que el destino le había impuesto. Pero parecía que en esta ocasión no iba a ser tan condescendiente. El tiempo que estuvo prisionero lo había cambiado en muchas formas. Judith miró a su suegra angustiada. Su único pecado era ser boba, y había sido cruel de parte de Linc tratarla de esa manera. Magda parecía asombrada, y ella también. Con rapidez estaba aprendiendo que, el hombre encantador de hacía un año, era ahora una persona diferente.

Judith tuvo compasión.

—¿Te gustaría ir a casa de Wayne mañana Magda? No conoces al niño aún, y estoy segura de que a Esther le dará mucho gusto que vayas a conocerlo. Es hermoso.

—Eso sería agradable —contestó Magda con voz temblorosa. Lanzó una mirada hacia Linc y luego un suspiro al ver que él se había vuelto

a recostar. Su enfado parecía haber pasado ya que miraba tranquilo al cielo.

—¿Adivina a quién encontré el otro día? —comenzó de nuevo.

—¿A quién? —contestó Linc sonriendo paciente.

—Suzanne, se acaba de divorciar.

—¡Qué agradable! ¿Primera, segunda o tercera vez?

—¡Lincoln! —exclamó Magda riendo aliviada. Era el Lincoln de antes, bromista, a quien ella conocía—. No seas bobo, Suzanne ha estado casada una vez y solo por unas cuantas semanas, escuché rumores de que nunca se consumó el matrimonio en forma propia.

—¿Y en forma impropia?

—Cielos —Magda sonreía ahora, sintiéndose de nuevo segura y sabiendo hasta dónde podía llegar—. Suzanne estaba muy linda, siempre he dicho que no hay chicas tan bonitas como las de California.

—Todos sabemos lo que dices, madre —comentó indiferente.

—A excepción de los presentes —agregó Magda después de un momento.

Judith le envió una tibia sonrisa y casi deseó no haber rescatado a Magda de la furia de Linc. Sus comentarios no eran pensados, ni maliciosos, pero de todas maneras resultaban irritantes.

Linc se levantó.

—¿No crees que debes quitarte del sol ya, Jude? No me gustaría que tu piel tomara un color rojo carmesí. Moveré el sillón —dejó su cerveza y caminó descalzo hacia ella. Todo su enfado, había desaparecido, pero aún existía algo en sus ademanes que la perturbaba. En apariencia, parecía relajado y amistoso, pero ella sentía una tensión interna, una calma bajo su sonrisa.

—Siéntate en mi silla, yo traeré otra —ofreció colocando una junto a ella.

—Mira eso —gritó Magda abriendo mucho los ojos. En la buganvilla, había un pequeño reptil. Poniéndose de pie, se abrazó temerosa a Linc, haciendo que él tirara la cerveza.

Judith rio.

—Es solo una iguana, vienen al jardín pero no hacen nada.

—¿Estás segura? —preguntó Magda pálida.

Linc volvió a colocarla sobre su asiento.

—Relájate, estás a salvo —le aseguró riéndose. Él tomó un trago de cerveza y le quedó algo de espuma sobre el bigote, la cual retiró con una mano mientras miraba a Judith sonriendo—. La mayoría de los animales en Penang son inofensivos, excepto las aves de climas extranjeros.

—No sé cómo puedes vivir aquí, Lincoln. Estoy segura de que podrías tener tu compañía de helicópteros en California.

—Podría, y de hecho la idea ha estado dando vueltas en mi mente.

Judith se había dado la vuelta, parte de su cabello le caía sobre las mejillas.

—¿Desde cuándo? —preguntó.

—Desde que pasé doce meses prisionero en la jungla tropical.

La chica lo miró asombrada.

—Pero… pero tú no habías mencionado nada sobre esta decisión.

—Tal vez el padre de Suzanne podría prestarte dinero —comentó su madre excitada.

Linc hizo un gesto indiferente.

—Lo dudo mucho, me temo que todo lo que ha escuchado sobre mí, destruirá toda su confianza.

Él levantó una mano cuando Magda protestó inocencia.

—No necesito ese dinero. El señor Cheng comprará mi parte en el negocio… tiene primera opción. Eso me dará el suficiente dinero para comenzar de nuevo en los Estados Unidos y me atrevo a decir que el señor Cheng estaría dispuesto a invertir conmigo de nuevo. Pienso proponérselo.

—Pero a la compañía le está yendo muy bien aquí —Judith protestó—. Wayne fue a ver dos Fokkers, tiene intenciones de agrandar la compañía.

Linc arqueó una ceja sarcástico.

—¿Wayne tomó una decisión? Me asombras. Yo hubiera apostado a que la compañía no tendría ningún cambio mientras estaba yo lejos.

—Aún no firma nada, pero lo hará —comentó deseando que Wayne hubiera mostrado más iniciativa.

—Después de hablar conmigo.

—Supongo —acordó en voz baja—, no veo por qué deseas irte ahora. Siempre has disfrutado de la vida en el Este.

—Así es, pero hay limitaciones, que no te permiten actuar, sobre todo si eres extranjero. Ya te habrás dado cuenta de eso, ahora que tienes la tienda.

—Sí, pero podríamos quedarnos en Penang por unos años más y luego irnos a los Estados Unidos si fuera necesario.

Él encogió los hombros.

—¿Y qué caso tiene? Yo he estado lejos por un año, me llevará meses volverme a establecer, así que podría dedicar ese tiempo en formar otra compañía en los Estados Unidos. Tuve suficientes meses para pensarlo mientras estuve prisionero. Lo he meditado conscientemente y estoy seguro de que todo saldrá bien. Para mí, éste parece ser el momento ideal para comenzar de nuevo.

Judith apretó el brazo de la silla con fuerza.

—Sí, para ti tal vez parezca perfecto, pero, ¿y qué pasa conmigo? ¿En dónde encajo yo en tus planes?

Capítulo 5

La silla se arrastró contra el suelo cuando él se levantó.

—Yo pensaba que tú vendrías conmigo —respondió fijando sus fríos ojos en ella.

Judith lo miró desolada.

—El lugar de una mujer es al lado de su esposo —replicó Magda.

Linc la observó exasperado.

—Fue un largo viaje y estoy seguro de que estarás cansada. ¿No deseas ir a tu habitación y descansar antes de cenar?

—No gracias, conocí a este hombre inglés en el avión, es todo un caballero —dijo y su rostro se iluminó al recordarlo—. El tipo iba bien vestido y sus modales… ¡oh! No me sorprendería que fuera un Lord viajando de incógnito. Comenzamos a platicar y…

—Ve al grano —indicó Linc tomando otro trago de cerveza.

Magda lo miró asombrada.

—Me dio unas pastillas para dormir, así es que no me siento cansada, pero iré a dormir un rato, tan pronto como lo esté —concluyó.

Él suspiró molesto y, con un toque de malicia, Judith decidió que ésta era una de las ocasiones en que estaba del lado de su suegra.

—Pienso que sería bueno que te quedaras despierta hasta la hora de ir a la cama, si te duermes ahora, tal vez no logres hacerlo después —aconsejó la chica amable.

Con un gruñido, Linc se dirigió a la cocina para llenar su vaso.

—A Suzanne le dará gusto enterarse de que Linc regresará a California —comentó Magda sin pensar—. Ella deseaba saber todo sobre él la última vez que nos vimos.

—¿Ah, sí? —Judith echó el cabello hacia atrás. La cabeza le dolía, y no estaba de humor para escuchar historias sobre las antiguas amigas de Linc. Lo que necesitaba era tiempo para estar a solas con él y platicar. Su mente estaba llena de preguntas. ¿Realmente deseaba cortar todos los lazos con Penang? ¿En realidad tenía intenciones de mantenerse alejado de ella hasta que estuviera de acuerdo en tener un hijo? Judith reconoció que antes, él tomaba las decisiones en su matrimonio, pero siempre le pedía su opinión. Nunca pasó sobre sus sentimientos como lo hacía ahora.

—Suzanne es una chica encantadora, y deberías ver su apartamento. Es tan grande que cabe un batallón, aunque por supuesto, ella vive sola ahora. Es una lástima.

Judith trató de mostrarse entusiasmada.

—¿Vas a visitarla con frecuencia?

—Nunca he ido —confesó su suegra con una risita—, una amiga mía estuvo en una de sus fiestas y me contó. Pasamos una mañana entera hablando sobre su apartamento. Un famoso decorador de interiores de Beverly Hills lo arregló. Tiene un baño sauna, las luces funcionan a base de control remoto, el teléfono está acabado en ónix y creo que tiene un espejo en el techo de su habitación.

—Parece el paraíso en la tierra —replicó Linc cortante mientras se sentaba de nuevo junto a ella.

Magda dudó, tratando de detectar algo de sarcasmo en su voz, pero cuando él le sonrió, ella descartó toda sospecha y continuó narrando su historia.

—Tú podrías vivir en un apartamento como ése cuando vivas en los Estados Unidos —terminó triunfante.

—Lo dudo, los espejos en el techo, no son mi estilo —contestó—, en todo caso, no viviré en Los Angeles, he decidido trabajar en San Francisco.

—¡Qué! ¿Por qué? —preguntó su madre.

—Porque prefiero San Francisco —respondió Linc terminante—, hay más movimiento turístico y tengo ya varios contactos ahí.

El hecho de que hablara en primera persona hizo que el corazón de Judith se helara. Los planes de Linc parecían ser cada día más concretos.

—¿Cuándo tienes pensado cambiarte? —preguntó la chica golpeando con sus dedos el brazo de la silla. En el pasado, nunca hubieran discutido asuntos personales frente a su suegra, pero las preguntas se agolpaban en la mente de la chica y necesitaba respuestas con rapidez.

—Tan pronto como sea posible, dos o tres meses, supongo.

—¿Una operación de pisa y corre?

—Si así quieres llamarla.

Ella comenzaba a inquietarse. ¿Qué debería hacer? Ceder sumisa a sus deseos como lo hubiera hecho hace doce meses, confiar en que Linc sabía lo que era mejor o forzarlo a darse cuenta de que ahora ella era una mujer independiente con intereses ajenos a él.

—Pero no es lo que yo quiera, ¿verdad?

El lugar que él había escogido la desanimó. San Francisco era una ciudad muy hermosa, pero ellos siempre habían pensado vivir tan lejos de Magda como fuera posible.

—Yo no podía saber que tú habías comprado Mandarin Antiques —expresó paciente, como si se tratara de una chica caprichosa—, es natural que eso altera el escenario en algo.

—Gracias —sus palabras salieron como ácido—, al fin parece que logré un punto a mi favor.

—No conviertas esto en una pelea, Jude. Por lo que a mí

concierne, no hay nada de qué pelear.

—*¡Exacto!* Tú consideras mi negocio como un juego.

—California es un lugar muy agradable para establecerse —comentó Magda—, incluso San Francisco.

El cabello de la chica se movió cuando se volvió para responder.

—Estoy segura de que así es, pero ahora *yo* deseo quedarme en Penang.

—¿En serio? —preguntó su suegra incrédula—. No entiendo por qué.

Con dedos furiosos, Judith acomodó el cabello en su lugar. ¡Cielos! deseaba gritar. Gritarles a esta tonta mujer y al arrogante hombre que estaba enfrente. Judith se volvió hacia Linc, estaba furiosa.

—¿Y qué harías si Wayne decide seguirte a los Estados Unidos y la compañía aquí se cierra? —preguntó la chica.

Linc le miraba anonadado los senos bajo el bikini tejido. Senos suaves y redondos. Él se humedeció los labios y su boca hizo un gesto cuando al fin la vio. Judith tuvo deseos de darle una bofetada. Lo miró furiosa, desafiando el burlón deseo que aparecía en sus ojos. Si su madre no hubiera estado presente, ella le hubiera dicho lo que estaba pensando de sus sensuales miradas.

—No hay espacio en mis planes para Wayne —le informó despacio —. Ya es lo bastante grande ahora y no es bueno para él vivir siempre bajo mi custodia, pero no necesita preocuparse tu pequeña cabecita por él —señaló burlándose—, tiene un excelente récord de vuelo, es confiable, y sus atributos personales son tantos que todo el mundo lo quiere… y confía en él.

—Su sonrisa es encantadora —Magda murmuró.

—No tiene iniciativa ni es ambicioso —continuó Linc como si su madre nunca hubiera hablado—, pero el señor Cheng lo tiene en alta estima y durante el último año probó su capacidad para cuidar del negocio… y de mi esposa.

Ella lo miró con frialdad.

—Wayne es paciente y comprensivo —dijo Judith.

—Y siempre hace lo que tú quieres, siempre darle gusto al cliente, es el lema.

—Hay unos lugares muy hermosos que visitar en San Francisco —la voz de Magda interrumpió la conversación.

—Él es considerado —la chica continuó terca—, y nunca está de mal humor, y… y él me ha ayudado mucho durante el último año.

—Detente, o querrás declararlo santo en un momento.

—¿Crees que el gobierno te dará una medalla, Lincoln? —su madre preguntó.

Como contestación, él sonrió incrédulo.

—¡Cielos! —exclamó moviendo la cabeza.

Con un movimiento rápido, Judith se levantó de la silla.

—Iré a tomar un baño —informó mientras entraba en la casa.

Diez minutos más tarde, cuando salía del agua, Linc entró. Por un momento, él se apoyó contra la puerta y la observó, recorriendo con la mirada su húmedo cuerpo. Esto perturbó a la chica y la hizo tomar una toalla y colocarla sobre ella, para sentirse más segura.

—El señor Cheng habló por teléfono —le dijo sonriendo por su infantil acción—, nos ha invitado a cenar esta noche… parece ser que Kee Ann ha estado insistiendo en ello. Como estabas ocupada, me arriesgué diciéndole que sí sin consultarte. ¿Está eso bien, *madame?* —preguntó haciendo una cara vana de burla.

—Sí —respondió con voz calmada, el baño había disipado su enfado haciéndola darse cuenta de que tenía que tratar de controlar más sus emociones—. ¿Vendrá Magda también?

Él asintió enderezándose.

—Yo sé que es una molestia pero no podemos dejarla sola en su primera noche aquí, aun y cuando llegó sin ser invitada. Como se niega a aceptar que está cansada, me vi obligado a decirle al señor Cheng que la íbamos a llevar con nosotros y desde luego, él se mostró encantado. Mi madre se encuentra cambiándose —arqueó una ceja—, espero tener su ímpetu cuando llegue a los cincuenta.

—Lo tendrás —afirmó la chica tranquila caminando frente a él.

—¿Crees que la tienda del sastre esté abierta a esta hora? —le preguntó—, necesito comprar algo de ropa para esta noche. La playera y los pantalones vaqueros son prendas demasiado sencillas para una cena con el señor Cheng.

Judith sonrió. El señor Cheng siempre se había desenvuelto en un mundo lleno de lujo. Dondequiera que ella lo encontraba, ya fuera en el hotel, o bien sudando bajo el calor tropical, él invariablemente llevaba un traje oscuro de tres piezas y una camisa blanca almidonada.

La chica miró el reloj.

—Cerrarán dentro de diez minutos. ¿Quieres que llame al señor Nair y le diga que vas en camino? Estoy segura de que estará feliz de esperarte si se lo pido. Él nunca desperdicia una oportunidad de ganar algo de dinero extra.

—Por favor —y de camino hacia la puerta se detuvo—, me doy cuenta de que tiene sus ventajas tener a una esposa en «el mundo de los negocios» —sonrió.

Judith se dirigió a la sala y marcó el número. El señor Nair estuvo de acuerdo en esperarlo y ella regresó a la habitación. Linc no era el único que podía controlar los acontecimientos. Judith cerró las

ventanas y conectó el aire acondicionado. En minutos, la habitación se llenó de aire fresco y la temperatura comenzó a bajar. ¿Se debería a que había estado demasiado tiempo bajo el sol que su humor explotó de forma tan alarmante? Ahora, por fortuna, se sentía más tranquila. El perder la paciencia con Linc era perder el tiempo, y ella debía saberlo ya. Tenía que manejar esta situación con calma y control, siguiendo su ejemplo. Con anterioridad, ellos solían hablar sobre las cosas. ¿Por qué no hacerlo ahora?

Una vez seca, sacó de su guardarropa un juego de pantalón y blusa de seda. Era de color anaranjado, tenía un cinturón dorado que acentuaba su delgada cintura. Se colocó una cadena de oro y tres pulseras en el brazo, se encontraba poniéndose sombra sobre los párpados cuando Linc regresó.

—La variedad de ropa que Nair tiene es increíble —comentó colocando dos portatrajes sobre la cama—. Él me contó que su sastre trabaja las veinticuatro horas. Creo que la semana siguiente iré a que me tomen medidas para algunos trajes y pantalones.

Judith abrió los ojos muy grandes y comenzó a ponerse rímel sobre las pestañas.

—Él es muy popular entre los turistas —comentó mirándolo sorprendida a través del espejo—. ¡Te cortaste el cabello! —exclamó volviéndose para mirarlo.

Él hizo un gesto pasando una mano por la parte de atrás de su cabeza. Los rizos habían desaparecido y su barba estaba arreglada.

—La peluquería se encontraba abierta, así es que…

—Te veo mucho mejor. Te pareces más al viejo Linc —señaló sonriendo.

Él se paró atrás de ella y colocó sus manos sobre los hombros femeninos.

—Pero no soy el viejo Linc —dijo en voz baja y amenazante. De pronto, él tembló—, que frío hace aquí. ¿Tienes que conectar el aire acondicionado?

—Si no lo conecto habrá manchas de sudor en tu camisa antes que llegues a la puerta principal —advirtió la joven.

—Tienes razón, tú ganas —aceptó mientras se dirigía hacia el baño.

Ella terminó con el maquillaje y continuó con su cabello. Hizo un chongo y lo sujetó con dos peinetas con incrustaciones de perlas. Luego, se colocó unas sandalias de tacón alto y terminó poniéndose perfume.

—Qué bien hueles —comentó Linc regresando a la habitación—. ¿*Je Reviens,* correcto? —él se inclinó para besar su cuello y la chica tembló sintiendo que el deseo la invadía—. No deberías hacerme esto, Jude —murmuró él.

—¿Hacer qué? —preguntó, fingiendo ignorar la emoción que los invadía a los dos.

—Ser tan hermosa —respondió, parecía enfadado. Impaciente, se apartó de ella y se dirigió hacia la cama, sacando unos pantalones y una camisa de color café de una de las bolsas de plástico.

Nos estamos atormentando uno al otro, pensó infeliz mientras lo observaba vestirse. Linc era tan viril, que Judith casi tiembla por el deseo cuando lo vio desnudarse frente a ella. El ardiente sentimiento fue hecho a un lado cuando ella se volvió para tomar decidida el bolso. Linc se colocó el cinturón, se peinó, y luego comentó tranquilo:

—Vamos, cariño —indicó tomándola de la mano.

—¿Supongo que esto es lo que se llama un coche de juguete? —Magda preguntó moviéndose incómoda dentro del pequeño auto.

Desde el asiento de atrás, Judith vio el gesto divertido de Linc y contestó cortante:

—Es confiable —la chica se defendió y estuvo tentada a agregar que sería el doble de amplio si su esposo no llenara la mitad del espacio con sus amplios hombros.

—Como Wayne —comentó él en voz tan baja que dudaba que Magda lo hubiera escuchado.

Judith se había acomodado en la parte de atrás haciendo a un lado un muestrario y un papel para envolver que había descartado. No hubiera sido justo esperar que la otra mujer se acomodara en tan restringido lugar.

Magda estaba realmente hermosa, llevaba un vestido largo de color rojo, le quedaba muy bien. Con la experiencia de muchos años, había peinado el cabello en caireles y su maquillaje era dramático… sombras oscuras, pestañas postizas, y pintura roja sobre los labios.

Resistiendo la tentación de contestarle a Linc, Judith lo ignoró.

—Te veo deslumbrante esta noche, Magda —le dijo sonriendo—. El señor Cheng se desbordará en atenciones tan pronto llegues.

—Gracias, cariño. Él siempre ha sido muy amable conmigo.

Y esto era cierto, el chino estaba fascinado con Magda y aunque pareciera sorprendente, una firme amistad había crecido entre ellos, bajo la mirada supervisora de la señora Cheng.

Cuando llegaron al Country Club tomaron el ascensor privado y en unos cuantos segundos llegaron al décimo piso.

—Bienvenidos, bienvenidos —el señor Cheng estaba radiante cuando el sirviente los introdujo al amplio salón exquisitamente decorado con muebles antiguos y tapetes orientales. Había una colección de armas chinas desplegadas en forma dramática contra las blancas paredes y grandes jarrones en pedestales. Un muro de cristal

había sido abierto y mostraba un amplio balcón donde la brisa de la noche jugaba con las flores. El señor Cheng, Kee Ann y dos de sus hijos mayores los esperaban y después del recibimiento caluroso del señor Cheng, ellos también los saludaron sonriendo.

—¿No es esto hermoso? —preguntó el hombre mayor, sentándose junto a Judith en un sofá de brocado—. Los dos han retornado sanos y salvos —le envió una mirada cariñosa a Linc quien platicaba con Kee Ann en el balcón.

Un camarero había llevado las bebidas y ahora todos se encontraban divididos en pequeños grupos. Magda contaba anécdotas a uno de los hijos del señor Cheng mientras que la señora Cheng y el otro chico examinaban una cómoda en un rincón de la habitación. Los ojos de Judith mitraban expectación, esta era una nueva pieza. Al señor Cheng siempre le había gustado coleccionar antigüedades, y ella sabía que la cómoda tendría una historia fascinante y deseaba verla de cerca. Más tarde, se prometió a sí misma mientras su anfitrión continuaba diciendo:

—Kee Ann está llena de alabanzas para su esposo. No puede decir suficiente sobre los cuidados que tuvo para con ella durante ese tiempo tan tormentoso —el padre de Kee Ann apretó los labios—. Ella fue una gran responsabilidad, mi hija tiende a ser un poco caprichosa a veces.

—No parece caprichosa —protestó amable Judith, y en verdad así era. Con su vestido de color azul y de cuello alto, Kee Ann parecía el epítome de una chica bien educada, amable y sumisa. De pronto, la hija del señor Cheng rio y el corazón de Judith dio un brinco. La joven china había hecho la cabeza hacia atrás, enviando su cabello en ondulante cascada, y por un momento, hubo una imagen de una criatura mucho más sofisticada. Por un segundo, Kee colocó una mano sobre el brazo de Linc, pero luego, como si recordara que había más personas que los podían ver, la quitó apresurada. Judith se preguntaba si su padre había notado este gesto de intimidad. Ella nunca había conocido bien a esta chica, y ahora se preguntaba si en verdad la conocía del todo.

—Hubiera sido mucho más fácil para Linc si hubiese estado solo cuando lo capturaron, quizá de esa manera, él hubiera intentado huir —su anfitrión comentaba—. Creo que la presencia de mi hija fue un impedimento. Un hombre puede vivir escapando, puede sobrevivir, pero la posibilidad de arriesgar la vida de otra persona es causa de inhibición, en especial si es una chica tan consentida como ella. ¿Cómo podía exponerla a los peligros de la selva? —suspiró—. Kee se portó mal imponiéndose así.

Las cejas de Judith se arquearon intrigadas.

—¿No fue usted el que arregló que Linc llevara a Kee Ann con él

cuando condujo hasta Songkhla? ¿No iba ella a pasar unas vacaciones con una amiga?

—Kee había sido invitada —acordó el hombre mayor—, pero la fecha aún no se fijaba. Fue solo cuando ella descubrió que Linc pensaba ir a Tailandia que decidió en forma impulsiva acompañarlo. Usted sabe cómo son estas chicas; tenía que ser en ese momento. Yo le dije que el camino podría ser peligroso, había habido recientes escaramuzas de los comunistas en la frontera, pero ella se negó a escuchar. A eso me refiero con ser caprichosa. Desde que vive en América, se ha convertido en voluntariosa.

Los pensamientos de Judith regresaron un año atrás. Uno de los pilotos del helicóptero se había enfermado a causa de un virus después de haber llevado a unos turistas a Songkhla, una playa a la orilla del mar en Tailandia. El hombre se encontraba demasiado enfermo y no podía viajar a casa de inmediato. Los pasajeros eran tantos que Linc tuvo que rentar un auto y conducir hasta la frontera para recoger el avión y al piloto enfermo. Fue mientras él y Kee Ann viajaban por la jungla que los insurgentes los asaltaron. Distraída, ella jugaba con la cadena en su cuello. Hasta ahora, siempre pensó que había sido a petición del señor Cheng que Linc había estado de acuerdo en llevar a Kee Ann a casa de su amiga en Songkhla. En forma vaga recordaba las palabras de Ah Fong… «Ella es mala»

—Linc me recuerda a un pirata con su barba —el hombre mayor dijo interrumpiendo sus pensamientos—. Todo lo que necesita son dos arracadas de oro para completar la ilusión.

—Y un sable en la mano —agregó la chica en voz baja, pensando que con él derribaría cualquier oposición que encontrara en el camino.

Magda se había cansado de conversar con su acompañante y ahora su atención se dirigía hacia el señor Cheng, quien de inmediato se puso de pie para abrazarla, permitiéndole que lo besara en la mejilla. Judith hizo un gesto sonriendo. Su anfitrión era tan conservador, iba contra su código de conducta el demostrar afecto en público y ella dudaba que incluso su esposa se atreviera a hacerlo. Su suegra, sin embargo, era inmutable a tales reservas y con urgencia volvió a su sillón al anfitrión y se sentó a su lado, entrelazando su brazo con el de él. El hombre mayor sonrió intranquilo, como si se diera cuenta de que no debería estar disfrutando de las atenciones de Magda, pero lo hacía.

—Debe ser usted una mujer muy orgullosa —comentó el chino señalando a Linc.

—Lo soy. Él es uno de los escogidos.

El rostro del hombre mayor se ensombreció.

—Me temo que no entiendo.

Después de enviar una mirada de reserva por la habitación, ella se

inclinó hacia él diciendo:

—Él me ha hecho jurar silencio, pero como es natural yo me pregunto, cuál sería la información que él le dio al servicio secreto de Tailandia.

Judith aguantó la risa.

—¡Magda! Él ya te dijo que el grupo que lo retuvo no era importante políticamente hablando.

—Uno nunca sabe. Lincoln insistió mucho en que yo no dijera nada, así es que debe tener buenas razones para ello.

—¿No estarás de nuevo con tus fantasías o sí, madre? —preguntó su hijo mientras se acercaba a ella.

Magda lo negaba decidida cuando la señora Cheng anunció que la cena estaba preparada.

* * *

La cena estuvo deliciosa, ocho diferentes platillos chinos; desde pescado al vapor con tallos de bambú, hasta la riqueza del puerco agridulce. Judith habló poco con los hijos de Cheng quienes se encontraban sentados a su lado, y decidida dejó las preguntas sobre Kee Ann a un lado. ¿Por qué perder el tiempo preocupándose por algo tonto cuando la compañía y la comida eran excelentes?

—Es agradable estar de nuevo en la civilización, ¿no es así? —preguntó Linc a Kee Ann cuando todos se levantaron para dirigirse hacia el salón donde tomarían el café y los licores.

Las cejas de Judith se arquearon. Había algo escondido en el tono de su voz, algo que no pudo traducir. Con ojos fijos los observó. Kee Ann se había quedado atrás y miraba a Linc en silencio enviándole un mensaje. Los celos comenzaron a invadir el corazón de la joven.

—Estoy seguro de que arde en deseos por ver mi nueva cómoda —le dijo el señor Cheng colocándose a su lado.

—Sí, sí por favor —se obligó a decir sonriendo, pero por más que lo intentó, le fue imposible mostrar entusiasmo hacia el mueble. Aunque era una pieza auténtica, labrada con hermosura, su mente estaba confusa. Todo en lo que pensaba, era en Linc y en Kee Ann, viviendo juntos y en cautiverio por casi un año.

Con lo que esperaba fueran miradas discretas, notó que ahora la señora Cheng hablaba con Linc en el balcón mientras Kee Ann escuchaba paciente las historias de Magda. Sin quererlo, se encontró observándolos. De vez en cuando, Linc miraba a la chica, con ojos sombríos.

—Así es que si llega a ver la pareja del mueble alguna vez —el chino le estaba diciendo—, le agradecería que me lo dijera.

Ella lo miró indiferente.

—Oh sí, sí, lo tendré en mente —sabía qué era desatenta, pero Kee Ann había abandonado a Magda y se dirigía hacia ella.

—Sé que usted está interesada en el jade, señora Cassidy —la chica dijo con voz suave cuando se reunió con ellos—. Tengo una colección en mi habitación. ¿Tal vez le gustaría verla?

Por primera vez en su vida, Judith se sintió como una amazona. Aunque ella solo medía un metro sesenta, junto a la chica china parecía alta. Kee Ann era una muñeca de porcelana.

—Por favor, venga a verlas —la chica insistió impaciente.

—No sé mucho sobre jade, no está dentro de mi línea —ella protestó mientras la chica la conducía por el pasillo hacia su habitación. Kee Ann cerró la puerta con firmeza.

—Eso no importa, en realidad deseo hablar con usted sobre algo más.

Kee Ann caminó hacia la ventana y se detuvo por un momento, mirando hacia la playa bajo ellos. Judith se le unió. A la luz de la luna, ella podía ver las olas ir y venir sobre la arena.

—Antes que hable, debo insistir en su discreción —la china dijo con claridad—. Lo que se diga en esta habitación debe permanecer aquí.

—¿Pero?… —Judith comenzó a, decir presintiendo algo desastroso.

—¿Puedo confiar en eso, señora Cassidy? —preguntó la china.

—Sí, desde luego, pero…

—Necesito su ayuda. Sabe, existe la posibilidad de que esté embarazada.

Judith se quedó paralizada por la sorpresa. La mente de Judith comenzó a trabajar de prisa. ¿Habría sido Kee Ann forzada a rendirse a algún comunista? No, Linc había dicho que no eran hombres malos, solo poco inteligentes en su mayoría. Si habían violado a la chica, él le hubiese dicho. Su cabeza comenzó a dar vueltas. Parecía más factible que hubiera sido Linc el amante de Kee Ann. ¿Quién más podría ser? Ella sintió que su cerebro estallaba. ¡Linc y Kee Ann! ¿Cómo pudo haber sido tan ciega como para no haberse dado cuenta? Él le había dicho que se habían convertido en muy buenos amigos, pero no tanto, ella suplicó para sus adentros.

—¿Por qué me dices esto a mí?

—Es usted la única persona a la que puedo acudir.

Confundida, Judith la miró. La frialdad de Kee Ann le parecía increíble. Su tranquilidad nunca la había abandonado y sus ojos almendrados no mostraban ningún signo de angustia.

—Si estoy embarazada, tendré que forzar un aborto —continuó diciendo la chica despreocupada—. Si estuviera en América, sería muy

simple arreglarlo, pero aquí… aquí en la isla la discreción es vital. Mi familia no debe saberlo. Los chinos no son tan… tan avanzados, creo que es la palabra correcta para describir a los occidentales. Si mi padre descubriera que estoy embarazada, esto traería la desgracia a toda mi familia y sería una tremenda vergüenza para todos. Si me acerco a un doctor asiático, él llamará de inmediato a mi familia, así es que esto es imposible —ella se dirigió hacia la ventana para mirar la noche—. Mi madre me dijo que usted había tenido un aborto, señora Cassidy, y que la llevaron a un hospital privado para expatriados. Entiendo que hay varios doctores europeos ahí. Yo le quedaría muy agradecida si me pone en contacto con alguno de ellos.

Había un frío sudor en la frente de Judith mientras observaba a la chica cuyos nervios parecían de acero. Su compostura casi le pareció un insulto. Aquí estaba ella, pidiendo ayuda a la esposa de su… su corazón se heló… su amante, y sin sentir el menor remordimiento.

—¿Sabe… sabe Linc sobre esto? —preguntó con voz ahogada.

—No —negó con la cabeza—. No deseo alterarlo, él ha sido muy bueno conmigo.

—Creo que debe saberlo —aseguró sintiendo que el enfado la invadía—. Después de todo es… es… —la palabra se negó a salir de su garganta. «Es su hijo», pensó desesperada. Judith había perdido su primer hijo y ahora esta fría y calculadora criatura, tenía intenciones de destruir al segundo—. Yo se lo diré si tú no lo haces —decidió apretando las uñas contra la palma de la mano—. Es justo que se entere de lo que está sucediendo.

—¡No! —La compostura de Kee Ann desapareció y sus manos sobre su cintura revelaron su humana fragilidad—. No debe ser mezclado, no puedo pagar su amabilidad arrojando esta… esta calamidad sobre él. No sé con seguridad aún si estoy embarazada. He estado bajo tanta presión que existe la posibilidad de la duda, ¿usted comprende?

—Entiendo, pero si existe ese hijo, él debe saber. Él… él, te ayudará.

Decidida, la chica negó con la cabeza.

—Linc no debe saberlo nunca. Yo soy la que he decidido el aborto y no puedo arriesgarme a que trate de cambiar mi decisión. Usted sabe cuánto le gustan los niños, señora Cassidy. Mientras estábamos cautivos muchas veces me dijo que desearía que usted estuviera esperando un hijo. Estoy segura de que fue una gran desilusión cuando descubrió que no era así. Linc no debe verse mezclado. Es mi hijo, y no puedo permitir que pase por más presiones. Yo he considerado mi futuro y no estoy presumiendo cuando digo que tengo un cerebro ágil y lleno de realidades. Soy una buena estudiante y mi padre tiene la intención de ponerme a cargo de sus empresas algún día y yo así lo deseo, un hijo en esta etapa de mi vida sería desastroso —

dio un paso hacia adelante—. Entiendo que esta noticia debe ser una fuerte impresión, yo no le pido que tome una decisión ahora, pero le agradecería que lo considerara. Quiero estar preparada, si usted me pudiera dar el nombre de un ginecólogo europeo dentro de una semana, le quedaré eternamente agradecida —encogió los hombros resignada—. De no ser así, tendré que inventar alguna excusa para que mi familia me envíe de nuevo a América.

—Así es que tienes intenciones de… deshacerte del nene pase lo que pase.

—Sí —la contestación fue drástica.

—Parar ser honesta, no sé qué hacer —respondió nerviosa.

—Piénselo, señora Cassidy. ¿Ahora, nos reunimos con los otros?

Entre la bruma de la confusión, ella la siguió de regreso al salón. Todo el mundo se había dirigido al balcón donde el aire estaba más fresco y Kee Ann, con toda calma, comenzó a discutir sobre la colección de jade que nunca había visto para darle tiempo a ella de recuperarse. Mientras la chica charlaba, los ojos de Judith se fijaron en Linc. Estaba parado junto al señor Cheng, tenía una copa en la mano e inclinaba su cabeza para escuchar. Su anfitriona debió haber dicho algo agradable ya que él sonrió mostrando sus dientes. El cambio físico era impresionante, sí, Linc era extraño, y en más de una forma. Hacía un año ella nunca hubiera creído que él le podría ser infiel, pero ahora…

No podía negarse que, con o sin barba, era un hombre atractivo y sensual. No negaba que su pasado estaba lleno de aventuras con mujeres que coleccionaban especímenes como él. En muchas ocasiones, Magda contó sobre todas las ricas y maravillosas mujeres con las que su hijo pudo haberse casado, pero no lo hizo. Sintiéndose miserable, dio vueltas a su anillo de matrimonio en su dedo. Sin embargo, estaba segura de que Linc era hombre de palabra y que, cuando repitió los votos matrimoniales tenía intenciones de cumplirlos. Su mente daba vueltas. Tal vez uno de los guardias había forzado a Kee Ann sin que Linc lo supiera. Sintió un momento de alivio, pero entonces, pensándolo bien, se dio cuenta de que era poco probable. Habían vivido tan cerca, que de seguro, si Kee Ann hubiera desaparecido por algún tiempo, Linc la hubiera interrogado al respecto. Ahora se portaba con mucha frialdad, pero de seguro, cuando estuvo prisionera, la cosa fue diferente. No hubiera habido manera de engañar a Linc si Kee hubiera sido violada.

Con tristeza, Judith comprendió todo ahora… un hombre llevando a una hermosa y asustada chica, rodeados por enemigos y ante el constante miedo a la muerte. Kee Ann habría buscado apoyo en Linc como ella lo había hecho con Wayne. Frotó los nudillos contra su mejilla en un gesto de desesperación. ¿Cómo podía condenarlos? ¿No

hubiera Judith actuado de la misma manera? Ella también se hubiese sentido desesperada por el consuelo de un hombre. El corazón le dolió al darse cuenta de que, el hecho de que ellos hubieran hecho el amor, resultaba natural.

Un camarero pasaba y ella pidió:

—¿Podría traerme un brandy, por favor? —cuando él volvió, ella tomó un trago que la hizo toser. Kee Ann sonrió esperando que se recobrara, luego, la tomó del codo y se unió con los demás en el balcón diciéndole:

—Debe preguntarse cómo es que yo conservé mi piel tan blanca cuando Linc está tan bronceado.

Judith frunció el ceño. Este era un tema del cual aún no hablaba y sí, suponía que esto era algo raro.

—La verdad es que pasé la mayor parte del tiempo dentro de una choza leyendo —señaló la chica sonriendo.

—¿Leyendo?

—Yo sospeché que Sumphote, el líder del grupo, al principio tenía intenciones de instruirme. Siempre me daba cosas para leer y cada vez que iba a su aldea, donde quiera que estuviera, siempre regresaba con una pila de libros —sonrió traviesa—. Después de un tiempo, se dio cuenta de que los temas políticos no me gustaban y luego comenzó a traerme novelas clásicas. Fue muy amable conmigo.

—¿Quién lo fue? —una voz grave preguntó. Linc se les unió.

Kee Ann bajó los ojos.

—Sumphote —susurró la chica.

—Sumphote y compañía están ahora en la cárcel y entre más pronto te olvides de ellos, mejor —le indicó enfadado.

—Sí Linc —acordó la chica con docilidad. La mujer de hierro de hacía unos minutos se convirtió en la dócil señorita Cheng.

Judith tomó otro brandy, sus ideas eran cada vez más confusas.

—La conversación debió ser muy interesante —bromeó Linc mirando a las dos mujeres—. Te fuiste mucho tiempo —le dijo su esposo pasando el brazo alrededor de su cintura. Necesitando consuelo, la chica apoyó la cabeza contra su hombro—. Te extrañé.

El señor Cheng se unió al grupo.

—Debo felicitarla por su control durante los pasados doce meses, Judith. ¡Qué compostura! Soy su admirador —sonrió mirando a Linc —. Ella fue un ejemplo para todos nosotros.

—¿En serio? —preguntó Linc soltándola.

—No hubo llantos ni histerias —el hombre mayor continuaba contando—. Magda estaba deshecha; pero su esposa tomó todo con calma, con un perfecto control. Desde luego, Wayne fue de mucha ayuda, pero creo que ella tiene la fuerza necesaria para sobreponerse a cualquier problema sola.

Judith miró su copa. Lo que se suponía sería un cumplido, más bien parecía una condena por lo poco que parecía haber extrañado a Linc. Intranquila, lo miró y no se sorprendió al descubrir que su reacción era igual a la suya. Había metido una mano en el bolsillo del pantalón y tomaba un trago de brandy, sus ojos la miraban impasibles. Sin tan solo ella pudiera leer lo que había en el fondo. Una cosa resultaba segura, fuera lo que fuese, no era satisfacción. Hubo un silencio en la conversación y, ella deseaba que él dijera algo, cualquier cosa.

—Creo que es hora de irnos a casa —manifestó Linc, mirando su reloj.

—¿Considerará lo que hemos discutido? —Kee Ann murmuró mientras se despedía.

—Sí —prometió indefensa. ¿Qué otra cosa podría hacer después de que su revelación había cambiado toda su vida? Por primera vez, Magda se mantuvo callada. Linc hizo lo mismo y solo habló cuando ya estaban en casa y a punto de acostarse.

—¿Te contó Kee Ann algo sobre sus experiencias con los comunistas? —Linc preguntó metiéndose a la cama junto a ella.

Judith subió la sábana hasta la barbilla.

—No mucho —respondió mirando el techo; no, nunca lo hubiera imaginado, pero él estaba preocupado. Volvió la cabeza sobre la almohada mirándolo. Linc tenía los ojos cerrados—. ¿Esperabas que ella me revelara algo… pues… algo excitante? —preguntó nerviosa.

Hubo un silencio. Por un momento, Judith se preguntó si ya se habría dormido, pero después, sus ojos se abrieron y quedaron fijos en el techo.

—Kee Ann solo dice lo que desea revelar —respondió misterioso acercándose a ella—. Buenas noches, te veré en la mañana —dijo besando su mejilla.

Capítulo 6

Judith despertó despacio, luchando contra una sensación de intranquilidad, que la hacía sentirse infeliz. Luego, sus ojos se abrieron y los recuerdos del día anterior le invadieron la mente. Volvió, la cabeza y descubrió que la cama estaba vacía. Linc se había ido, y no sabía si sentirse aliviada o desilusionada. ¿Qué debería hacer ahora? ¿Qué *podía* hacer? No mucho, aunque tal vez, Linc no era el padre del hijo de Kee Ann. Sé realista, se advirtió, todos los hechos llevan a esa conclusión. Un suspiro de tristeza escapó de sus labios. Había prometido guardar el secreto, y además se negaba a portarse como la esposa ultrajada lanzándole su adulterio a la cara; lo amaba demasiado para hacer eso.

Mientras más examinaba la situación más tranquila se sentía. El amor no parecía importarle para nada a la joven chica; su única preocupación era asegurarse de que no se alteraran sus planes de vida y Linc no formaba parte de esos planes. Si esto resultaba ser una falsa alarma, sus preocupaciones pasarían, aunque le costaría trabajo aceptarlo. Tenía que forzarse a olvidar todo lo que había sucedido en la jungla y tomarlo como lo que era… un lapso entendible que no tenía significado en el contexto de su matrimonio. Pero en caso de que el nene sí existiera…

Decidió enfrentar ese problema después. Por el momento, no debía preocuparse tanto. De pronto, Mandarin Antiques ya no parecía tener importancia.

—Hola, bella durmiente —la saludó Linc mientras entraba en la habitación y abría las ventanas. Su musculoso cuerpo no había perdido nada de su fuerza para excitarla y deseaba estar entre sus brazos. Él esbozó una sonrisa y ella hizo a un lado las dudas. No, él no había quebrantado sus votos matrimoniales, con seguridad era otro hombre el responsable del dilema de la china.

—Soy la única persona con energía en este lugar. La puerta de Magda aún está cerrada y tú estabas roncando cuando salí.

—¡Yo no ronco!—protestó la chica entrecerrando los ojos—. ¿En dónde has estado? Te veo alegre y animado.

Él se sentó en la orilla de la cama.

—Me dediqué a investigar lo que sucede en el mundo de los helicópteros. Un par de mecánicos me pusieron al tanto.

—Pero, ¿no vas a ver a Wayne más tarde? Él podría hacerlo —le señaló asombrada al darse cuenta de que él continuaba desconfiando de su primo—. Dijimos que llevaríamos a Magda a visitarlo.

—Esa fue tu idea.

Linc estiró una mano y con un dedo, le acarició el hombro y la base del cuello. Su fría mirada la intranquilizó. Por un momento, se sintió perdida, y tuvo deseos de ser consolada por él, ¿o es que necesitaba consolarse a sí misma? No esperó a analizar este sentimiento.

—No recibiré un beso de buenos días —comentó Judith cuando su dedo regresaba en su recorrido. Él se inclinó para depositar un ligero beso en la mejilla—. Puedes hacerlo mejor —murmuró la chica colocando los brazos alrededor de su cuello. Linc se retiró y sus brazos cayeron sobre su pecho quedándose quietos. El darse cuenta de que él no había hecho ningún movimiento para acercarse a ella en toda la noche anterior, la hizo comprender muchas cosas. Su rostro se entristeció, así que habló en serio cuando dijo que no le haría el amor.

—Decidimos sobre el celibato, ¿no recuerdas? —objetó dándose cuenta de su asombro—. Es necesario que mantengamos las cosas así, aún no hemos decidido nada hasta ahora.

—Pero todo lo que estoy pidiendo es un beso —protestó azorada.

Eso no era verdad y los dos lo sabían. Lo que ella deseaba era que Linc le hiciera el amor por mucho tiempo hasta que los dos quedaran exhaustos. La joven se sentó en la cama y cuando su mano subió hasta su cuello, la sábana resbaló.

—¡Jude! —exclamó él, oprimiendo su espalda contra la suave cama de agua, sus dedos le acariciaron los senos y Judith arqueó su cuerpo para frotarlo contra el fuerte pecho de él. Linc escondió el rostro en la cabellera femenina besándola y murmurando palabras de amor, a su oído. Sus labios resecos, dejaron escapar una exclamación cuando él le acarició la suave piel de la mandíbula y cuello—. Jude, mi Jude —murmuró mientras sus labios llegaban hasta sus senos y los besaba, esto hizo temblar a la chica y sin darse cuenta comenzó a desabrochar la camisa, para palpar la desnudez masculina.

—¡Alto! —protestó Linc levantando la cabeza.

—Linc, ámame, por favor, querido —suplicó Judith halándolo de la camisa.

—¡Basta! —exclamó de nuevo apartándose de ella. Luego, se levantó respirando agitado y la tapó—. Deja de hacer las cosas más difíciles —objetó.

—¿Más difíciles? —respondió Judith asombrada.

—Me siento como si estuviera en un circo de tres pistas. Por un lado Magda siempre actuando como una niña consentida, Kee Ann que estuvo bajo mi responsabilidad durante un año y quien aún me preocupa, y ahora tú —él pasó una mano por la frente—. No sé qué es lo que deseas de mí, Jude. Un día, me dices que no deseas hacer el amor y al siguiente me induces a hacerlo.

—Tú estabas dispuesto —respondió la joven colocando la sábana

en su lugar, molesta porque él mencionó a Kee Ann.

—Yo soy un hombre y desde luego que estoy dispuesto, pero no tiene sentido ¿o sí? No si tú no deseas tener un hijo. Yo ya te dije cuál es mi manera de pensar —su mandíbula se apretó—. Cielos, ya nada tiene sentido, necesito tiempo para aclarar las cosas.

—Toma todo tu tiempo —expresó enfadada mientras se sentaba sosteniendo la sábana sobre los senos—. Toma todo el tiempo que necesites.

Ella sabía por qué necesitaba tiempo, Kee Ann lo preocupaba. Él pensaba en la posibilidad de que ella estuviera embarazada y esto lo mantenía tenso. Ahora se daba cuenta de que, al negarse a acostarse con ella, estaba colocando un muro entre ellos. ¿Tal vez el deseo de irse a vivir a América era solo una forma de escapar hacia una vida menos difícil de manejar? Su corazón se encogió al recordar la revelación de Kee Ann. Era cierto que la joven china no había mencionado el amor o el deseo por Linc, pero era una chica calculadora. Quizá ella sí deseaba a Linc y estaba mezclada en alguna clase de juego diabólico. El señor Cheng mencionó su terquedad en ir a ese viaje a Tailandia con Linc. La china arregló las cosas para lograr lo que deseaba en esa ocasión, ¿por qué no hacerlo ahora?

—¿Está Kee Ann enamorada de ti? —la chica preguntó ansiosa.

La pregunta no sorprendió a Linc.

—¿Por qué preguntas eso? —demandó mirándola a los ojos.

—Yo… bueno, yo pensaba… bueno… es tan misterioso.

Él se rascó la barba con la mano.

—Estoy de acuerdo, pero puedo asegurarte que no tiene nada que ver con el amor, al menos no con el amor que nosotros conocemos.

Judith estaba a punto de pedirle que le explicara cuando alguien llamó a la puerta.

—Wayne está en el teléfono, desea hablar contigo, Lincoln —Magda gritaba.

—¡Qué emoción! —exclamó cortante.

Judith mordió su pan tostado. La vida era un acertijo, decidió triste mientras escuchaba la conversación. Magda no era la única que debería estar en la escena, ya que ella y Linc también eran actores y cada frase que decían estaba llena de sospechas y dudas. Judith esperó algo de confusión en las primeras horas de su regreso… pero no esta tonta pretensión de que todo estaba bien cuando no era así.

Su enfado hacia Wayne había surgido de nuevo, sin razón pensó ella. Linc fue breve, casi al borde de ser grosero en el teléfono, solo le dijo que no tenía intenciones de discutir sobre negocios ahora y que lo harían más tarde cuando los visitaran. Ese sería otro teatro. Todo el

mundo aparentaría estar encantado cuando en verdad, todos estaban envueltos en sus propias obsesiones.

—Cy es una joya y me ayuda mucho con la casa —Magda continuaba hablando—, yo estaba preocupada por el techo, Lincoln, recuerdas que te pedí que lo inspeccionaras hace como catorce meses.

Él asintió distraído.

—Sé que dijiste que estaba bien —continuó su madre—, pero yo no me sentía tranquila. Hacía tanto ruido durante la noche, era como si alguien caminara sobre él y yo sola en la casa…

—¿Por qué iba alguien a subir a tu techo en medio de la noche? —preguntó su hijo mientras tomaba la mermelada—. En todo caso, tienes un teléfono junto a tu cama, ¿por qué no llamaste a la policía?

—Lo hice, varias veces, los oficiales son tan encantadores, pero la última vez cuando hablé con el teniente, él me explicó que tenían demasiado trabajo y que no debía llamarles a menos que estuviera viendo al intruso —ella comentó limpiándose la boca con la servilleta —. Él era un intelectual.

—¿Quién? —preguntó Linc.

—El teniente, desde luego. ¿No te conté sobre la increíble discusión que tuvimos sobre Shakespeare?

Él arqueó las cejas incrédulo.

—A ti te interesará esto, Judith —comentó Magda sin esperar a que él le contestara. Su suegra tenía la costumbre de comentarle cualquier cosa que tuviera que ver con Inglaterra aunque a ella no le interesara.

—¿Y qué tiene esto que ver con Cy? —preguntó la chica cuando Magda dejó de hablar. Su suegra sonrió distraída y luego continuó:

—Bueno, verás…

—Voy al hangar —anunció Linc interrumpiendo su conversación.

—¿De nuevo? —preguntó su madre—. Ya estuviste ahí esta mañana.

—Un mecánico llegará del aeropuerto y deseo hablar varias cosas con él.

—Si tú vas a trabajar, entonces yo lo haré también —Judith declaró levantándose. Cuando ella vio el enfado en sus ojos echó la cabeza hacia atrás—. Estoy segura de que a Magda no le importará estar sola por unas horas.

—Adelante, yo quisiera lavarme el cabello y pintarme las uñas —la mujer tendió las manos para inspeccionarlas—. Tal vez un color más claro parecería mejor en este clima.

—¿Te importaría llevarme hasta el hotel? —preguntó melosa.

—Tú dijiste que no irías hoy —la acusó metiendo las manos en los bolsillos.

—Cuando tomé esa decisión no sabía que tú me abandonarías —

Judith sonrió burlona. Él la miró furioso.

—Yo solo estaré fuera por una hora, así es que no vale la pena que vayas a la tienda.

—Esa es tu opinión. Puedes recogerme cuando termines y luego iremos a casa de Wayne y Esther —dijo mientras se alejaba hacia la habitación.

—Mereces ser…

—¿Merezco ser qué? —preguntó la chica interrumpiéndolo.

Él la siguió y cerró la puerta, dejando a Magda hablando sola.

—Llevada a la cama —terminó y su enfado lo convirtió en un extraño.

—Pero eso podría resultar en un desastre —respondió Judith de inmediato, pensando en Kee Ann.

—Todo depende de tu punto de vista.

El trayecto hasta el Sentosa Country Club se hizo en silencio. Linc la dejó en la entrada sin ningún comentario y se alejó de inmediato. En venganza, Judith le sonrió a un turista que entraba en ese momento quien casi deja caer su cámara confundido. Ciega a la reacción que había provocado su risa, ella entró furiosa mientras el hombre la miraba con admiración.

¿Qué era con exactitud lo que Linc esperaba que ella hiciera? ¿Que dejara a un lado Mandarin Antiques y que se sentara a esperar paciente a que él tomara una decisión sobre lo que haría con Kee Ann? La tienda la había mantenido en su juicio en el pasado y no pensaba relegarla ahora. Inclusa, si ese hijo no era de Linc, y ella sabía que la posibilidad era remota, su vida nunca sería lo mismo. ¿Podría ella dejar la tienda y su éxito y seguirlo a donde quisiera sin hacer preguntas? Una lágrima apareció en sus ojos y ella la retiró furiosa entrando en una tienda de discos para calmarse. Sin ver, revisó varias portadas. Tal sujeción estaba fuera de sus posibilidades; un matrimonio donde ella tuviera que suprimir su espíritu natural no sería matrimonio. Durante el primer año, permitió que Linc controlara todo, pero eso solo fue un período, de adaptación en su matrimonio. Luego, él desapareció y ella cambió. Las circunstancias habían sido propicias para desarrollar su naturaleza independiente y ahora ya no podía dar marcha atrás. Si Kee Ann no tenía un hijo como se esperaba, entonces Linc tendría que entender que no estaba preparada para ser parte de su circo de tres pistas. Judith no le haría demandas, deseaba vivir a su lado, no a su sombra, y si no estaba preparado para aceptar eso, entonces…

El hombre de la tienda se acercó a ella con una amplia sonrisa.

—Buenos días, señora Cassidy. El señor Cheng vino a verme ayer

en la mañana y le mencioné que usted había mostrado interés en rentar este local. Él estaba encantado —bajó su voz y le cerró un ojo —, si lo presiona un poco, creo que podrá persuadirlo de que baje la renta. Mandarin Antiques está muy bien, quiero decir, atrae a muchos clientes a la arcada y los demás comerciantes se benefician con esto.

—Gracias, tendré eso en mente —indicó sonriendo distraída.

Pasaron casi dos horas antes que Linc apareciera de nuevo.

—Te tardaste mucho —respondió Judith colocándose los lentes para evitar que él mirara sus ojos.

Por primera vez, la tienda le aburría. Se pasó todo el tiempo pensando en sus dificultades, tratando de descifrar los cambiantes humores de Linc. Su deseo por ella parecía genuino. ¿Pero no era eso una reacción física solamente? La química entre ellos siempre había sido explosiva e incluso su distracción desaparecía cuando él la sostenía entre sus brazos, pero la atracción sexual que sentían era solo un segmento. En el pasado, su relación se componía de mucho más. Habían sido afines en tantas cosas.

Ahora, se sentía lastimada y vulnerable, demasiado vulnerable para poder aceptar con éxito cualquier futura indiferencia… ya que al fin había aceptado que, en su corazón, a Linc le resultaba indiferente. Era obvio que tenía algo más en qué pensar, que lo absorbía y que solo podía ser Kee Ann.

—Fui al *penthouse* —le dijo él confirmando sus temores.

—Pero… pero estuviste allí anoche —señaló confundida.

—Ya te dije, estoy preocupado por Kee Ann. Ella se porta evasiva pero le sacaré la verdad aunque me muera —observó impaciente.

Judith no supo qué decir, aunque tenía el presentimiento de que ella sería el cadáver, y no Linc.

—¿Fuiste… a ver al piloto? —preguntó cambiando de tema mientras salían al brillante sol.

—Sí, lo hice, y tuvimos una larga charla.

Ella respiró aliviada. Al menos, no había pasado las dos horas hablando con la chinita. Ella se subió al auto diciendo:

—¿Por qué no te conformas con la explicación que Wayne te dé sobre lo que ha sucedido? —demandó encontrando un escape a su enfado.

Linc terminó de bajar la ventanilla y se volvió hacia ella para quitarle los lentes y colocárselos sobre la cabeza.

—Me agrada contemplar esos expresivos ojos —comentó grave—. Tan llenos de indignación cuando te contradigo.

La chica bajó sus pestañas intranquila sabiendo que él no bromeaba.

Colocando su brazo sobre el asiento, Linc comentó:

—Wayne me explicará las cosas como él las ve, pero tú sabes tan

bien como yo, que solo me dirá lo que deseo escuchar, y como yo necesito saber la verdad, prefiero investigar en otros lados.

—Él te dirá la verdad —respondió furiosa.

—Solo en ocasiones, no todas las veces. Sin embargo, por los reportes que he recibido hasta ahora, parece ser que el negocio florece y pide a gritos expansión.

—Lo que demuestra que es un tiempo excelente para alejarse —Judith señaló con amargura.

—No he tomado aún esa decisión —manifestó impaciente.

—Entonces cometiste un error cuando se lo dijiste a Magda. En menos de unos cuantos días, la noticia se sabrá en todo Penang.

Él retiró un mechón de cabello de su cuello y comenzó a acariciar su piel con fríos dedos.

—No seas quisquillosa, tomé la precaución de hacer jurar a mi madre que no diría una palabra.

—Ja, ella nunca guardará un secreto.

—¡Genio, genio! —exclamó sonriendo—, reconozco que al principio me precipité, pero ahora he considerado tu éxito en la tienda y parece que necesitamos tener una larga discusión —le indicó esto mientras se inclinaba para besarle el cuello.

—¿Cuándo? —preguntó ansiosa. Al menos él la tomaba en cuenta.

—Aún no —la besó de nuevo, mordiéndola con suavidad—. ¿Alguien te ha dicho alguna vez que tienes la piel más suave en los lugares más deseables?

—Sí.

—¿Quién —preguntó arqueando una ceja.

—Un hombre que solía conocer —su mente daba vueltas. ¿Por qué no discutían su futuro *ahora?* La única razón para negarse era Kee Ann su embarazo confirmado alteraría por completo su futuro y Judith comenzó a sentirse enferma.

—¿Cuál hombre?

—Uno de mis muchos amantes —contestó colocándose de nuevo los lentes sobre la nariz—. Él era fuerte y sensual y casi me comía viva. Me hacía el amor de forma maravillosa.

Linc sonrió satisfecho de sí mismo.

—¿Y que una vez te llevó de luna de miel al Caribe y te hizo el amor en la mañana, a mediodía y en la noche durante catorce días?

—¿Cómo lo adivinaste? —De pronto ya no pudo resistir su mirada y colocó una mano sobre su muñeca—. Llévame allí de nuevo, Linc. *Ahora*. Vamos a guardar nuestras cosas en una maleta y nos vamos hoy —era una súplica sincera.

—Cielos, es una gran idea, pero no podemos hacerlo. Sabes que no podemos, la vida no es tan fácil, hay tantas cosas que considerar.

—Como Kee Ann —dijo la chica.

—Sí, y también están Magda y Mandarin Antiques.

—Al cuerno con Mandarin Antiques —respondió impulsiva.

—Oye, cálmate —comentó—, la tienda es una buena inversión y no puedes dejarla así nada más.

Ella lo miró asombrada al escuchar sus palabras.

—El señor Cheng me dio los detalles. Yo no me había dado cuenta de las mejoras —manifestó avergonzado.

—Wayne te dijo que las cosas habían cambiado desde Audrey.

—¡Exacto!

—Y *yo* te lo dije.

Él se enderezó y encendió el motor.

—Yo creí en forma equivocada, que Wayne te había lavado el cerebro para hacerte creer que lo estabas haciendo mejor de lo que tú creías —reconoció acelerando la velocidad.

—En serio creíste que era tan moldeable y falta de sentido como para creer en la opinión de alguien más —comentó furiosa.

—Lo hice cariño, pero ya no —reconoció.

—Si no estuvieras conduciendo este coche, te golpearía.

—No lo intentes —le advirtió sin humor.

Judith lo miró de reojo, infeliz al darse cuenta de que, aunque había ganado una batalla, con seguridad no había ganado la guerra.

Cuando entraron en el *bungalow*, Magda los saludó haciendo un gesto con la mano y señaló el teléfono.

—Estoy hablando con Cy —explicó sintiéndose culpable.

—Espero que no te hayas pasado la última hora hablando sin parar a los Estados Unidos, nuestra cuenta telefónica no lo resistiría —le advirtió su hijo.

—Fue breve y dulce —le aseguró sonriendo mientras colgaba el auricular—. ¿Qué te parece mi atuendo? —preguntó dándose la vuelta para quedar frente a él.

—Increíble —contestó para darle confianza.

Linc sugirió que comieran algo en el Batu Ferringhi Beach de camino, bajo la sombra de una sombrilla en la playa. A solo unos metros, los rayos del sol hacían que el mar brillara y agradecida, Judith comenzó a relajarse.

—¿Podríamos visitar el Templo de las Serpientes? —Magda preguntó cuándo regresaban al auto—. Ah Fong llamó cuando salieron esta mañana y me dijo que los dioses habían contestado sus oraciones —la mujer arqueó una ceja—, al menos, *creo* que eso fue lo que dijo.

—Tienes razón —Judith confirmó y no pudo evitar el sonreír. Ella había visto a Ah Fong y a Magda conversando y estaba azorada de que pudieran entenderse. Las dos mujeres hablaban sin parar, sin

preguntar si se habían entendido. Estaba segura de que el inglés californiano de Magda era tan confuso como el de Ah Fong. Cuando llegaron al Templo de las Serpientes, Linc estacionó el coche y comenzaron a subir por la empinada escalera, hasta llegar a la entrada. A los lados, había tiendas que vendían toda clase de bebidas, desde agua de coco y jugo de caña hasta refrescos embotellados. Cuando llegaron a las puertas, Magda arrugó la nariz.

—¿A qué huele?

—Pajuelas perfumadas —explicó Linc, observando los escalones por donde subía el humo. Magda comenzó a estornudar y a hacer un gesto de desagrado—. Vive aquí lo suficiente y te acostumbrarás, es como el *smog* en Los Angeles.

Ignorando su comentario, Magda miró hacia el techo.

—Cielos, mira eso —exclamó admirada.

El techo estaba adornado con figuras de dragones y otras bestias exóticas orientales. Sin previo aviso, una serpiente apareció en la parte de arriba de un pilar y bajó sin hacer ruido hasta el suelo. Se quedó quieta por un momento, sacando la lengua, antes de ocultarse en una maceta.

Magda apretó el brazo de Linc y tembló.

—¿Son venenosas?

—Siendo víboras, tal vez alguna lo sea, pero nunca he oído de alguna persona que haya sido picada.

Había más víboras, largas, cortas, gruesas y delgadas, dentro del templo, en las cavernas, en los altares y sobre las hojas de las palmeras.

—Estoy aterrorizada —anunció Magda en voz alta recibiendo miradas de diversión de algunas personas. Había un fotógrafo retratando a los niños con las víboras alrededor de sus cuellos y Magda tembló horrorizada. Sus gritos, mientras descubría más y más víboras, resonaban en el templo y Judith se apartó de ella, avergonzada por sus demostraciones. Linc se estaba portando paciente y la chica pensó que era digno de un aplauso. Pero, ¿por qué se portaba tan tolerante con las actitudes tontas de Magda y tan injusto cuando se trataba de sus sentimientos? Él asumía dos criterios diferentes. ¿En dónde estaba su sentido de justicia? Al fin se reunieron de nuevo.

—Gracias al cielo que tú no actúas así —le susurró—. La actuación de la pequeña mujer desamparada me deja frío.

—¿En serio? —preguntó sin creerle, en realidad, la actuación de Magda era para lograr lo que ella quería: la atención de su hijo y la de todos los demás. Toda la vida, Linc había respondido a las súplicas de su madre aunque sabía que la mayoría eran solo para llamar su atención cuando estaba aburrida.

Y ahora se encontraba preocupado por Kee Ann y su problema. El estómago de Judith se hizo nudo mientras subía al coche en silencio. Linc siempre solía abrirle la puerta y cederle el paso, pero ya no lo hacía. ¿Por qué no podía ser como Wayne? Él era amable, comprensivo, encantado de que le fuera bien en la tienda y siempre estaba preparado para dar una palabra de aliento. Era verdad, tal vez él tenía tendencia a decirle lo que a ella le agradaba escuchar; pero esto era preferible al escepticismo frío de Linc. Tocando el claxon del coche, Linc salió hacia el camino principal.

—Parece una trompeta de juguete —comentó él arqueando una ceja.

Judith guardó silencio en la parte de atrás del coche y cuando llegaron frente a la casa y Wayne apareció, ella sonrió de inmediato. Él solo ver su figura delgaducha la llenó de afecto. Él no cambiaba su apariencia, siempre era el mismo amigo. Cambiaron saludos mientras bajaban del coche y después de que su suegra abrazó a Wayne y lo saludó efusiva, fue su turno. Dejando que su gratitud mandara, le colocó los brazos sobre la cintura abrazándolo.

—Es muy agradable verte —la chica sonrió y lo decía en serio.

—Si lo saludas así habiéndose visto hace tan solo dos días, qué será después de una semana —comentó Linc mientras los observaba—. ¿En dónde está Esther?

El desdén en su voz, despertó en la chica el deseo de retarlo. Se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla a Wayne. Linc metió las manos en el bolsillo del pantalón.

—Si ustedes dos pueden separarse, quisiera que me respondieran dónde está Esther —preguntó furioso.

—Cambiando al nene —le dijo Wayne temeroso mientras se alejaba de la chica.

Judith sintió que se sofocaba. Linc había vuelto a sus trucos intimidando a Wayne y su primo era demasiado bueno para luchar contra él. Ya era tiempo de que su esposo encontrara a alguien igual que él y aprendiera que no puede pasar sobre todo el mundo, y de seguro, no sobre ella. La joven pasó el brazo posesiva a través del de Wayne y dejó que Linc y Magda los siguieran hacia la casa.

—Linc tenía intenciones de dejar Penang —anunció con voz clara y fría, dándose cuenta de que él estaba alerta a su conversación—, pero ahora tiene dudas.

Ella sabía que estaba revelando sus planes pero no le interesaba. ¿Qué importancia tenía ahora, que él estaba decidido a hablar sobre ello?

—¿Irse?—repitió Wayne con tristeza.

—¿Dudas? —preguntó Magda al mismo tiempo.

Cuando los cuatro se pararon en el centro de la habitación, la fría

mirada de Linc se posó sobre ella.

—¿Tú deseas irte? —demandó Wayne mirándola.

—La educación es mejor para los niños en América —señaló Magda.

Judith apartó la mirada de los ojos de Linc y se volvió para hablar con su suegra.

—Eso es por completo irrelevante, nosotros no tenemos hijos.

—Ni pareces quererlos —replicó su esposo alejándose del grupo y subiendo por la escalera—. ¿Está Esther arriba?

En forma distraída, Wayne asintió.

—En el cuarto del nene, el primero a la izquierda —se volvió hacia Judith mientras Linc se dirigía hacia allá—. No puede abandonar la compañía —comentó y su voz era un ruego.

—Él ya ha estado fuera por un año —avergonzada, la chica deseó retirar este comentario. ¿Qué demonio interno la hizo comentar los planes de un esposo y causar este caos? Él había hecho jurar a Magda que no diría nada. Entonces, ¿por qué razón ella había cedido a este momento de perversidad? No lo sabía. Con una sonrisa, Magda se sentó en una silla y comentó:

—Sus dudas no pueden ser serias —decidió pintándose los labios —. Estoy segura de que terminará por establecerse en San Francisco. Será maravilloso, podrá visitarme todas las semanas, está a solo unos minutos por avión.

—¿Y tú irás también, Judith? —preguntó Wayne perplejo—. ¿Qué sucederá con Mandarin Antiques? ¿Tienes pensado abrir otra tienda en los Estados Unidos?

—Judith no está preparada para abandonar Penang aún —comentó Magda en forma vaga, respondiendo mientras Judith luchaba por encontrar algo qué decir.

—No entiendo… —dijo Wayne frunciendo el ceño.

—Ni lo intentes —ordeno Linc bajando por la escalera con Robbie en los brazos. Esther venía junto a él. Magda lanzó un grito de alegría cuando vio al nene.

Judith se entristeció. El pequeño tenía asido el dedo de Linc y trataba de meterlo a su boquita. Ella lo miró reír y lágrimas aparecieron en sus ojos. Este podría ser su hijo… el de ella y Linc. A través de la bruma de sus lágrimas, vio cómo su esposo movía su dedo y acariciaba con él, el rostro del pequeño. Incapaz de mirar por más tiempo ese cuadro, salió corriendo hacia el jardín. La pérdida de su nene vino a su memoria y no pudo controlar el llanto.

—¿Qué es lo que sucede? —pregunto Wayne reuniéndose con ella.

—Lo siento, es solo que… que el ver a Robbie me hace darme cuenta de lo mucho que lamento la pérdida de mi propio hijo.

—Cariño —le dijo con suavidad y su dulzura era tanta que lo

abrazó. De pronto, se dio cuenta de que era en los brazos de Linc donde debería estar. Pero, ¿en dónde se encontraba él? Jugando distraído con el nene mientras Magda y Esther se deshacían en alabanzas. Pasaron algunos minutos antes que ella recobrara el control.

—Vaya dama de hielo —bromeó la chica a través de sus lágrimas.

Wayne le entregó su pañuelo.

—Caminaremos por el jardín para mirar las plantas mientras te recuperas.

La chica le sonrió y salieron a ver todo. Él era tan comprensivo; si solo Linc… pero en el momento en el que regresaron al salón ella sintió la mirada de desaprobación de su esposo.

—¿En dónde has estado? —demandó, con voz llena de reproche—. ¿Te ha estado enseñando mi primo sus buganvillas premiadas?

—¿Puedo cargar a Robbie? —preguntó ignorando sus comentarios.

Esther sonrió orgullosa y le entregó al nene. Sintiéndose triste, Judith lo tomó entre sus brazos. Linc la observó durante un momento, luego se alejó.

—Me gustaría hablar de negocios. ¿Podemos ir a tu estudio? —preguntó dirigiéndose a Wayne.

Los dos hombres desaparecieron y Judith pensó que no valía la pena unirse a la conversación de Esther y Magda ya que su mente era como un torbellino de ideas y sentimientos confusos.

—Ya nos vamos —Linc anunció en un tono que no dejaba lugar para discusiones, cuando él y Wayne retornaron a la habitación, media hora más tarde. Amable, su esposo se disculpó con Esther por no quedarse a cenar, y le dio un apretón de manos a su primo. Acarició al pequeño en la barbilla e hizo que Judith y Magda entraran en el coche antes que protestaran.

—¿Te agradaría un viaje a Penang Hill? —le preguntó a su madre cuando iban rumbo a su casa—. Sera mejor que veas todo lo que puedas ahora ya que, si nos vamos de aquí, es probable que nunca más vuelvas al sureste de Asia.

—Qué… qué fue lo que le dijiste a Wayne sobre el futuro —le preguntó Judith tratando de parecer despreocupada.

—No mucho. No creas que por el hecho de que tú te hayas adelantado a dar la noticia, tomaré una determinación apresurada. Cualquier cosa, la decidiré cuando yo lo desee, no se te olvide eso.

Magda lo miró asombrada sin poder entender la nueva rudeza de Linc. Judith no dijo nada, en vez de eso, lo miró furiosa a través del espejo y se sintió desconcertada cuando él, de improviso, apartó sus ojos y volviéndose la miró de frente haciendo que ella bajara la vista.

Linc compró boletos y todos entraron en la plataforma para esperar el funicular que los llevaría de Lower Station hasta la cima de Penang Hill. La multitud que esperaba el vehículo, estaba formada por malays, chinos y europeos. Cuando el tren llegó, hubo una revuelta para lograr asientos. Judith se vio apretada en una banca de madera entre Linc y Magda.

—Cielos, ¿no es esto fantástico? —preguntó Magda cuando el pequeño tren comenzó su laboriosa jornada hacia el cerro. Judith miró a través de la ventana hacia el bosque de abajo, consciente del ancho hombro apretado contra el de ella.

—Estará más fresco arriba, lo que hará un cambio agradable para los nervios cansados —Linc parecía un guía de turistas. ¡Un cambio para los cansados nervios! Eso era lo que ella necesitaba.

El sol se estaba ocultando cuando llegaron a la cima. La multitud se dispersó de inmediato hacia sus lugares favoritos. Ellos caminaron por los jardines llenos de innumerables tipos de flores. Después de un minuto o dos, Magda comenzó a platicar con un hombre que se encontraba cerca.

—Es una vista maravillosa —comentó Judith cuando ella y Linc se quedaron parados mirando hacia la isla. Un gran silencio los envolvió.

—Grandiosa —comentó él mirándola—. Estoy seguro de que dejaste a Wayne desilusionado. Tenías intenciones de echar a perder mi día, y en realidad estropeaste el de él —terminó Linc burlón.

Judith se obligó a sonreír y mirar el paisaje. Bajo ellos, las luces de la ciudad brillaban como estrellas. Él la había desenmascarado, pero no le importaba. Su buen humor pareció invadirla. Judith lo miró y él comenzó a reír, eso fue suficiente para que la chica se rindiera a su abrazo.

—Cielos, eres una buscapleitos —exclamó sosteniéndola fuerte contra él—. ¿Qué es lo que he hecho para merecerte? No pateo a los animales y soy bueno con mi madre. Hace un año, yo tenía una esposa dulce, cariñosa y obediente que solo se enfadaba en forma ocasional, pero ahora… —él echó la cabeza hacia atrás y lanzó una maldición—. Ahora me siento como si estuviera casado con una mujer por completo diferente.

—¿Y no te agrada? —preguntó deliberadamente obligándolo a contestar.

—Puedo asegurarte que no tiene nada de aburrida.

—Eso no es una contestación —señaló la chica ante su falta de comunicación.

—Me incita a romper el quinto mandamiento. Tendrás que darme tiempo para hacerme a la idea de que tengo una nueva esposa.

—Tú no me tienes, Linc —objetó Judith alejándose de sus brazos.

—No cariño, no te tengo.

Su inmediata aceptación de esto la molestó y algo dentro de ella la incitó a seguir adelante.

—Yo no pertenezco a nadie —aseguró la chica retadora.

—Como tú desees —contestó doblando los brazos.

—Todo es culpa tuya —señaló sabiendo que se estaba portando como una niña consentida.

—¿Qué cosa?

—Oh… todo —respondió enfadada, pasando las manos por el cabello y dándose masaje en el cuello.

—¿Hubieras sido más feliz si jamás hubiese regresado?—demandó mirándola a los ojos.

—Hubiera sido más feliz si nunca hubieses desaparecido —comentó de pronto culpándolo por haber sido tomado prisionero—. Entonces nada de esto hubiera sucedido.

—¿Nada de qué? —preguntó él.

Sus pensamientos viajaron hacia Kee Ann… Ella y Linc y la posibilidad de que estuviera embarazada. Sintiéndose infeliz, levantó los hombros recordando la promesa de no decirle nada.

—Por todos los cielos, si estás tratando de decirme algo, dilo —él insistió suplicante—. Jude, siempre hemos sido honestos uno con el otro, aun y cuando nos duela, por favor, dime lo que te está molestando, es vital que lo escuche.

—No puedo, no puedo decírtelo.

—Tú y Kee Ann, están ocultando algo.

Su corazón se contrajo cuando él mencionó a la joven china. Linc suspiró y después de un momento enderezó los hombros como si hubiera llegado a una decisión.

—Te daré una semana para que pienses las cosas Jude, y luego me dirás lo que deseas hacer. No puede haber confianza si no somos sinceros, cariño, aun y cuando esto sea doloroso, ¿de acuerdo?

—Está bien —reacia aceptó. Dentro de una semana tal vez Kee Ann ya hubiera resuelto su dilema y si no, visitaría a la chica y le insistiría en que Linc debería saber la verdad.

—Le concederé a Kee Ann una semana también —comentó como si estuviera hablando consigo mismo—. Después de eso, la obligaré a que me diga la verdad y así confirmar las sospechas de Cheng Boon Seng.

—¿Y cuáles son? —preguntó, incapaz de controlarse. Hubo una larga pausa durante la cual el pánico la invadió imaginando su contestación.

Linc apretó las mandíbulas.

—Qué ella está embarazada y que es culpa mía.

Capítulo 7

La revelación la hizo temblar. ¡Linc *era* el padre! Fue solo hasta que él lo reconoció, que se dio cuenta con desesperación que se había estado aferrando a la última esperanza de que otro hombre fuera el responsable. Pero él lo había reconocido en forma brutal, dejándola desolada. Con piernas temblorosas, se alejó corriendo, ignorando la mano que él le tendía.

Ahora, seis días más tarde, una vez más buscaba refugio en su negocio. No podía discutir si era una retirada cobarde o no, pero sabía que sin la distracción de Mandarin Antiques, sus nervios estarían destrozados. Magda se mantenía ocupada todo el tiempo; su amigo el de la India, el señor Jeyaretnam la había invitado a una excursión por Penang. En forma automática, Judith regresó a su tienda estableciendo un patrón de conducta. Cada día, Linc iba a su negocio, Magda visitaba la ciudad, y ella atendía la *boutique*. El señor Cheng la visitó un día para preguntarle si estaba interesada en rentar el local de al lado, pero ella le había pedido un poco más de tiempo mientras tomaba una decisión.

En forma gradual los días transcurrieron y la chica se vio obligada a pensar en lo que le depararía el futuro. No había recibido noticias de Kee Ann, lo cual solo confirmaba sus sospechas. Judith sabía que no le importaba lo que hubiera sucedido en la selva, aún amaba a Linc y siempre lo haría. Con añoranza revivió los primeros días de su matrimonio, pero desechó esos pensamientos al recordar el año que habían estado separados… un año en que ella había perdido a un niño y tal vez, reconoció por primera vez, también a su esposo. Su pérdida física y el dolor de ésta parecían desaparecer comparados con la pérdida de su afinidad emocional, pero ahora eran dos extraños, que no tenían nada que decirse.

Cada noche, él le daba un breve beso en la mejilla y después se volvía para dormirse. Judith, en cambio se pasaba horas despierta, despreciando el control de hierro de Linc y su indiferencia. Desde su charla en Penang Hill, él no había vuelto a mencionar a Kee Ann pero Judith podía ver su continua preocupación. A veces, sentía sus ojos fijos en ella como si se preguntara qué rol iba a desempeñar la chica en su futuro. Despacio, en forma insidiosa, la idea de que tal vez la dejara para casarse con Kee Ann comenzó a invadirle la mente. No había razón para pensar que él amara a Kee, sin embargo, Linc era un hombre honorable que cumpliría con su deber. A él le importaba la familia; de no ser así, ¿habría vivido todos estos años aguantando a Magda con increíble paciencia? Si había un niño, lo más probable era

que su obligación hacia la chica fuera definitiva.

A las seis de la tarde, Judith cerró la tienda y despidiéndose de Rosiah, salió por la arcada hacia el sol. Estas últimas horas, representaban la calma antes de la tormenta. Mañana le diría a Linc que estaba dispuesta a darle la libertad. Durante las horas en las que no podía dormir, había pensado mucho al respecto y no parecía haber otra salida. Sabía que Linc nunca aceptaría que Kee Ann tuviera un aborto, iba contra sus principios y, tal vez, en el fondo, esto era lo que la chica deseaba. Conservando al niño, la china podría tener a Linc para siempre y Judith sabía que el alto sentido de responsabilidad de Linc le indicaría que su lugar estaba al lado de la madre de su hijo.

Cuando llegó a casa, Magda se encontraba hablando por teléfono y ella se dirigió hacia la cocina para tomar una limonada. Cuando ella regresó, la mujer mayor, colgó el auricular comentando feliz.

—Cy llamó —le explicó.

Arqueando una ceja Judith hizo a un lado los problemas.

—Debe ser muy rico, es la cuarta vez en cuatro días —le dijo mientras se sentaba en el sofá. Si tan solo Linc fuera así de ardiente…

—¡Pasé un día fantástico con el señor Jeyaretnam! —exclamó Magda—. Visitamos la Pagoda de los diez mil Budas. La vista desde arriba es maravillosa. Sin embargo, hacía mucho calor, creo que pasaba de los cuarenta grados. Yo disfruto el sol de California, pero esto… —se interrumpió acomodándose junto a Judith, en el sofá. Después de un momento, le preguntó dudosa—. ¿Ha mencionado Lincoln algo más sobre irse a vivir a los Estados Unidos? Cuando trato de preguntárselo, él me fulmina con la mirada, creo que este episodio de su cautiverio fue demasiado para sus nervios.

—No hay nada malo con sus nervios —respondió la chica calmada —, pero no, no hemos discutido nada sobre el futuro… aún.

—Creo que debo controlar mi impaciencia —Magda la miró y comenzó a quitarse el collar de jade—. Me sentiría encantada si esta noche, tú y Lincoln aceptan ser mis invitados para cenar. Los dos han sido muy amables conmigo y yo deseo darles las gracias con esta pequeña cena de despedida. El señor Jeyaretnam me dijo que en el Sentosa Country Club servían la barbacoa más deliciosa, así que nos adelantaremos para hacer la reservación.

—Muchas gracias —Judith sonrió, en su interior no estaba convencida de que Magda estuviera haciendo lo correcto en incluir al señor Jeyaretnam en la invitación. Él parecía estar mucho tiempo cerca de ella en los últimos días y Judith se preguntaba cuál sería la reacción de Cy si lo supiera. Terminando la limonada, ella se levantó —. Tomaré un baño y lavaré mi cabello.

—Buena idea —Magda estuvo de acuerdo—, yo también iré a refrescarme.

Cuando Linc regresó a casa, Judith se estaba secando el cabello.

—¡Cielos!, qué día, estoy exhausto —exclamó el hombre tendiéndose sobre la cama y colocando las manos detrás de su cabeza.

—Tómate una bebida para que vuelvas a la vida —le dijo tranquila, tratando de ignorar el vibrante cuerpo masculino tendido frente a ella—. Tu madre nos ha invitado a cenar esta noche.

Él se sentó en la orilla de la cama.

—No iremos —respondió con firmeza—, deseo estar a solas contigo esta noche. Todas las noches he soportado las cenas escuchando a Magda y su tonta conversación y con franqueza, ya no aguanto más.

—Pero ésta es una manera de agradecernos su estancia aquí —replicó.

—No seas ingenua, el que terminará pagando seré yo. ¿Además, me imagino que él también estará invitado?

—Sí.

—No estoy de humor para charlar con extraños —comentó—. Lo que Magda haga es asunto de ella, pero que no cuente conmigo —se levantó y se puso tras ella, colocando las manos alrededor de su cintura. En su transparente *negligée*, ella podía sentir la firmeza de sus endurecidos muslos.

—Hoy es él día para hablar, cariño —le murmuró al oído—, ya no puedo esperar más.

Judith se puso tensa y comentó.

—Pero tú dijiste que sería hasta mañana —protestó desesperada al darse cuenta de que se le terminaban las últimas horas de… de paz que le quedaban antes de darle la libertad.

La mano masculina se deslizó bajo el *negligée* y sus dedos llegaron hasta los senos. ¡Cielos! Su puro tacto era capaz de excitarla más allá de lo creíble. El deseo se apoderó de ella y tuvo que morderse el labio para no suplicar su amor. Linc escondió la cara en su cuello y la barba le hizo cosquillas.

—Esta noche —murmuró en voz baja—. Tiene que ser esta noche.

Ella se alejó, ¿cómo podía hacer el amor con Linc, si él solo deseaba su libertad?, y al mismo tiempo, ¿cómo resistirlo? Si él hubiera hecho otro movimiento hacia ella, se hubiese rendido sin dudarlo, pero se quedó quieto. Un silencio penetrante los invadió, mientras la estudiaba. Con seguridad, Linc podía leer el amor en sus ojos. En el pasado, habían tenido tanto que compartir, siempre sabiendo lo que el otro pensaba. *Ámame, Linc*, imploró en silencio, pero en vez de eso, él se dirigió hacia el cuarto de baño.

La chica escuchó la ducha y se sentó frente al espejo. ¿Por qué aferrarse a otras ideas y no ver la realidad? Linc nunca volvería a ser el mismo de antes. Desafiante, decidió enfrentarse a la crisis. Solo

había una salida decorosa y la tomaría. Kee Ann tal vez parecía una figura de porcelana con sus encantos orientales, pero Judith tenía confianza en su belleza. Si el destino de Linc era decirle adiós, entonces él sabría que le estaba diciendo adiós a una hermosa y deseable mujer. Haciendo hacia atrás su sedoso cabello, tomó la bolsa con los cosméticos y se maquilló con especial cuidado. Su piel no necesitaba mucho, por eso se concentró en los ojos y labios.

Buscando en su guardarropa, encontró un vestido plateado que ya hacía mucho tiempo que no se ponía. Era una creación espectacular, la espalda del vestido no existía, y el resto solo se sostenía con unos tirantes cruzados sobre la parte de atrás. La falda estaba abierta hasta el muslo. Era un vestido sensacional, al cual Judith le sacaría partido.

—¡Oh! —exclamó él cuando entró en la habitación—. Yo tenía entendido que no iríamos con Magda a cenar, pero ahora que te has arreglado, creo que te llevaré a algún lado —tomó una camisa de seda gris—, pero regresaremos muy pronto.

«No si yo puedo evitarlo», pensó. Esta noche insistiría en cenar y tomar vino como nunca, luego irían a un lugar donde pudieran bailar hasta el amanecer. Esta noche la audacia corría por sus venas y estaba decidida a hacer que Linc se diera cuenta de lo que estaba perdiendo. Su esposo, terminó de meter la camisa dentro de los pantalones.

—Gracias por la invitación, madre —agradeció él cuando se reunieron con Magda en la sala—, pero Jude y yo no podremos ir contigo esta noche. Tenemos cosas que discutir.

—Pero tienen que venir —replicó con voz triste.

—Lo siento, mañana tal vez, pero no esta noche —su tono era cortante—. Tengo entendido que el hombre de la India vendrá y estoy seguro de que no te sentirás muy desilusionada si nosotros no vamos. Conserva libre el día de mañana, entonces prepararemos algo para los tres……

Magda encogió los hombros molesta.

—Pero deseo que los dos vengan esta noche —insistió terca. Su disgusto parecía genuino, lo cual resultaba sorprendente, ya que Judith esperaba que su suegra lo aceptara sin discutir.

—Lo siento pero no —Linc repitió—. Mira, te llevaremos al hotel, hablaremos con el señor Jeyaretnam, y le explicaremos que no podemos quedarnos. Jude y yo no hemos tenido tiempo para estar solos desde que tú llegaste a casa, hace dos semanas. Estoy seguro de que comprenderás el porqué nos negamos ahora.

—¿Prometes que los dos vendrán a conocer al señor Jeyaretnam a la orilla de la piscina?

—Sí, lo haremos —acordó su hijo paciente.

—¿Vendrás hasta la piscina para hablar con él a las ocho de la noche?

—Sí, si eso te hace feliz.

Su madre rio.

—Está bien, pero debe ser a las ocho de la noche.

Ahora estaba feliz y comenzó a preguntarle a Linc cómo encontraba su atuendo. Él le contestó con su habitual afabilidad, diciéndole todo lo que ella deseaba escuchar, y luego se dirigieron al hotel.

En cuanto llegaron, Linc metió las llaves del coche en el bolsillo y tomó a las dos mujeres del codo cruzando el vestíbulo hasta el otro lado del hotel donde se encontraba la piscina olímpica. Había luna llena y el cielo estaba tachonado de estrellas. A Judith le llamó la atención que las mesas alrededor de la piscina estuvieran ocupadas, no pensaba que la barbacoa fuera tan popular. Cuando dieron la vuelta junto a una enorme buganvilla, se escuchó una porra y al mismo tiempo todas las velas de los centros de las mesas se encendieron. La chica notó que todo el mundo sonreía y los saludaba. Otra luz se dirigió hacia un letrero que decía: *Bienvenidos a casa Linc y Kee Ann.*

—Cielos —los dedos de Linc se apretaron contra su codo mientras el clamor de las personas aumentaba. Por un momento, pareció como si él estuviera dispuesto a dar la vuelta y salir corriendo, luego movió la cabeza asombrado aceptando su derrota—. ¿Sabías tú algo sobre esto? —preguntó y azorada ella negó con la cabeza.

—Todo fue idea mía —señaló Magda orgullosa—. El señor Cheng y yo lo estuvimos planeando durante toda la semana. Mira, los Cheng vienen hacia aquí.

Judith miró a su alrededor, sonriendo a los amigos. Ella conocía a los miembros de la compañía de helicópteros: el señor y la señora Lim, el reportero, Ah Fong y su esposo, Mimi, Rosiah y varias amistades europeas. Magda se fue feliz a unirse con el señor Jeyaretnam y, recobrando su compostura, Linc la llevó con él para estrechar la mano de todos sus amigos.

—¿Por qué no me dijiste que esta fiesta se estaba planeando? —le preguntó a Wayne cuando pasaron por su mesa—. Hubiera venido con una playera y unos pantalones vaqueros.

—Pero no lo hiciste, cariño —la miró—, y te ves espléndida.

—Ella siempre se ve así —señaló Linc atrás de ella.

Al fin, pudieron alejarse de todos y reunirse con Magda, el señor Jeyaretnam y dos pilotos con sus esposas. Alineados se sentaron.

—Deberás cambiar de mesa con cada platillo que sirvan —Magda le dio instrucciones de inmediato—, de esa manera todo el mundo tendrá oportunidad de escuchar sobre tu experiencia con esos horribles comunistas.

Una ceja de Linc se arqueó.

—Gracias al cielo que no cenamos comida china, me volvería loco si tengo que repetir la misma historia varias veces. ¿No podríamos decirles que compren el periódico de mañana? La entrevista aparecerá en él y esto me ahorraría mucho esfuerzo.

—A todo el mundo le gusta recibir las noticias de primera fuente —su madre protestó, sin saber si estaba bromeando o no.

Haciendo un gesto de resignación, él se volvió hacia una de las esposas de los pilotos quien le estaba haciendo una pregunta.

Era difícil no reaccionar a este ambiente de felicidad y afecto general, sintió que sus tensiones cedían y comenzó a divertirse. Observando a su alrededor, pudo darse cuenta de que hasta el fondo, había unas mesas ocupadas por los huéspedes del hotel, pero su área había sido acordonada para conservar la reunión en privado. El señor Cheng no reparó en gastos, había muchos camareros que servían cada platillo con su respectivo vino. La comida era excelente, incluso se había acondicionado una pista para bailar, junto a los jardines en donde un grupo musical se estaba organizando.

Una vez repuesto de la primera impresión, Linc cumplió con las indicaciones de Magda llevando a Judith a las diferentes mesas y contestando con calma las mismas preguntas varias veces. Ella se alegró al ver que la mesa en que Kee Ann y su familia estaba sentada fue una de las que no les dio tiempo visitar.

—Gracias al cielo que mi recital está a punto de terminar —le susurró Linc cuando llegaban a la mesa de Wayne y el señor Lim. Después de contestar a las inevitables preguntas, encendió un cigarrillo y se reclinó en la silla.

—Por fin —comentó—, y ahora se acabó la plática sobre mí.

—Hablaremos sobre su esposa —el señor Lim bromeó cerrándole el ojo a Judith—. Ella es una joven audaz, con buen ojo para las antigüedades.

Colocando el brazo sobre su silla, Linc sonrió.

—Comienzo a darme cuenta de eso, estoy muy orgulloso de ella.

Ya fuera debido al vino, o al ambiente que reinaba, Judith no pudo dejar de sentir satisfacción al oír que él estaba orgulloso de ella. Tomó un trago de brandy y decidió que, como era su última noche juntos, sería mejor.

La mano masculina se movió de la silla hasta su cuello y acarició la suave piel por unos minutos, la bajó luego, la deslizó colocándola bajo su brazo, para acariciar la parte lateral de su seno. Ella trató de ignorar la excitación inmediata que esto provocó, pero no lo logró. Si esto era para seducirla, ya estaba bajo su poder. Lo miró de reojo, Linc se mostraba relajado, como si no tuviera ninguna conexión con los largos dedos que la estaban excitando en forma tan experta, haciendo que la temperatura de su cuerpo se elevara peligrosamente. «Cielos»,

pensó desesperada, «lo amo demasiado». De pronto, se dio cuenta de que Wayne, quien estaba sentado junto a ella, observaba la forma en que Linc la acariciaba. Se sintió culpable y se enderezó. La mano de Linc se alejó de ella.

—¿En dónde está Esther? —preguntó la chica volviendo a la realidad.

—Robbie tenía un resfriado, así es que no pudo dejarlo —contestó Wayne.

—¡Oh!

Hubo de pronto un golpear de tambores y todo el mundo se dirigió hacia la pista mientras el señor Cheng tomaba un micrófono. Con palabras llenas de elogio comenzó a expresar su gratitud hacia Linc por haber salvaguardado a Kee Ann el pasado año.

—Cielos —murmuró Linc molesto, inspeccionando la punta de su cigarrillo con exagerado interés mientras el señor Cheng continuaba alabándolo.

—Un hombre con coraje, tenacidad y total integridad —decía el chino.

Judith bebió el resto del brandy de un solo trago y le entregó la copa a un camarero. La ironía era humillante. ¿Qué sucedería cuando Linc le revelara el verdadero suceso de su año en cautiverio? Tomó otra copa y bebió, cuando al fin el anfitrión se vio sin más palabras de alabanza, hubo un aplauso y varias porras para Linc.

—Y ahora creo que sería muy bueno que Linc y Kee Ann iniciaran el baile —el chino invitó sonriendo.

Linc lanzó una maldición antes de ponerse de pie y en forma cortés se dirigió hacia la mesa de Kee Ann.

Judith se obligó a sonreír mientras él sostenía a Kee Ann para llevarla hacia la pista. Qué pequeña era, volvió a pensar. El grupo musical comenzó a tocar una melodía de amor y la chica fue rodeada por los brazos de Linc, su cabeza apenas si le llegaba a la mitad del pecho. Otras parejas se levantaron a bailar.

—¿Bailamos? —Wayne le pidió.

Algo confundida, Judith se levantó.

—¿Por qué no? —respondió feliz, caminando frente a él.

Los brazos de Wayne eran reconfortantes, lo que necesitaba después de seis días de ser rechazada. Él no tenía inhibiciones para sostenerla muy cerca y ella se apoyó contra él como un niño buscando seguridad. Aunque todas las noches, Linc se acostó junto a ella, casi no la había tocado. Este rechazo la lastimaba, hería su orgullo y autoestima, haciéndola sentirse una mujer poco deseable. Sin embargo, el abrazo cariñoso de Wayne le decía que a *él* sí le importaba y que nunca le echaría en cara su amor. Cuando miró por sobre su hombro, el corazón le dio un vuelco. Linc y Kee Ann se

dirigían, tomados de la mano hacia las sombras. Judith tropezó.

—Lo siento —comentó llorosa—, he perdido la práctica.

—¿Qué es lo que sucede, cariño? —preguntó él mirándola—, y no te atrevas a decir que nada, te conozco demasiado bien.

Linc y Kee Ann habían desaparecido, Judith respiró profundo sin saber por dónde comenzar.

—¿Es Linc, no es así? Ese bastardo no te hace feliz —Él miró hacia la pista y se dio cuenta de que su primo ya no estaba y sus labios se apretaron.

—Creo que lo que sucede es que ninguno de los dos hace feliz al otro —señaló la chica.

Él negó furioso.

—No, todo es culpa *suya*. Él parecía ser un hombre tan seguro, y ahora da la impresión de que no sabe lo que desea, toda esta locura de alejarse de Penang… —levantó una mano incrédulo.

—No es una loca idea —protestó sin saber por qué esa repentina necesidad de defender a Linc—. Tiene sentido, si desea terminar con todo, ahora es el momento —Wayne frunció el ceño ante sus palabras y por unos minutos bailaron en silencio. El ritmo de la música empezaba a ser muy lento cuando él comenzó a hablar de nuevo.

—A ti siempre te ha gustado vivir en el trópico.

—Sí —ella reconoció impaciente deseando que se olvidara del asunto. Linc y Kee Ann aún no regresaban y cuando levantó la vista, vio que había una luz en el *penthouse*.

—Tú no deseas irte —insistió Wayne con determinación.

La melodía terminó y todos se dirigieron a sus mesas. Después de un rato, el grupo comenzó a tocar música moderna. La conversación era imposible por el ruido y Judith hizo una seña indicando que no era el momento para hablar. Toda la gente se vino otra vez hacia la pista y ella se abandonó a la música, su cuerpo se mecía seductoramente llevando el ritmo de la melodía. La música continuó y sus ojos brillaban al saber que había un hombre aquí que la deseaba.

Wayne sonreía feliz, contagiándose del ambiente.

—Nena, tú y yo podríamos encender a todo el pueblo esta noche —susurró en su oído.

La chica sonrió coqueta.

—Sí, podríamos, ¿no es así? —preguntó incitándolo a seguir sus movimientos.

Regresaron a la mesa cuando la música terminó. Cansada se sentó en una silla, y cuando un camarero apareció ofreciendo bebidas, ella tomó una copa de vino blanco y de un trago bebió la mitad del líquido. Charló animada con Wayne y los otros amigos de la mesa, pero a pesar de que parecía despreocupada, se daba bien cuenta de que su esposo no había aparecido ni tampoco Kee Ann. Sus ojos

buscaron en las mesas, el señor Cheng tampoco estaba; tal vez, observó la partida de su hija y había sentido la necesidad de descubrir qué era lo que estaba sucediendo. Al diablo con Linc y todos sus problemas, pensó levantando la copa vacía para que Wayne la llenara de nuevo.

Luego uno de los pilotos la invitó a bailar y después uno de los miembros del club de veleo. Radiante, coqueteó con ellos y se sintió compensada al darse cuenta de que los hombres la admiraban. Que fácil era manejarlos, pensó dándose cuenta con tristeza que Linc era la excepción de la regla.

—Mi turno —sonrió Wayne cuando la música se hizo lenta y, tomando otro trago de vino, Judith se dirigió hacia la pista.

—Muy bien primo, a un lado —una voz vibró y una banda como de acero rodeó su muñeca. Linc lo había hecho a un lado con un empujón.

Judith rio.

—Tendrás que esperar —le informó con una amplia sonrisa de reto.

—¡Al diablo! —exclamó levantando la cabeza para ordenarle a Wayne que se fuera y, en forma obediente, él se marchó—. No le llevó mucho tiempo reiniciar su ataque, ¿verdad? —comentó a su esposa mientras la tomaba con firmeza entre sus brazos.

El efecto del vino desapareció un poco.

—No había necesidad de ser tan grosero —señaló odiando la manera sumisa en que Wayne se había alejado. ¿Por qué tenía que ceder a los deseos de su primo? Por un momento, se sintió tentada a salir corriendo pero Linc la sostenía muy apretada, y estaba segura de que no le permitiría alejarse.

Mientras bailaban al ritmo de la música, sus dedos comenzaron a recorrerle la espina, acariciando su piel y haciendo que sintiera frío, dándose cuenta de su vulnerabilidad. La despreocupación motivada por el alcohol comenzó a desaparecer. Él le estaba haciendo el amor al bailar, la respiración era tibia sobre su rostro y la presión de sus dedos aumentaba con juguetona intensidad. En protesta, levantó los ojos hacia él, pero el crudo deseo que vio en ellos solo fue el eco de lo que la chica estaba sintiendo. Parecía que sus miradas se encontraban encadenadas, ella se perdía en esos profundos ojos cuyo brillo la perturbaba. Una mano la acercó a él mientras la otra se colocaba sobre su cadera. Se alegraba de que en la multitud, sus movimientos pasaran inadvertidos, ya que le estaba mostrando con franqueza su excitación mientras movía las piernas y se mecía contra ella.

—Linc —suplicó, pero él no la escuchó. Cielos, para su mayor disgusto, sintió qué sus senos comenzaban a endurecerse. Como si leyera sus pensamientos, él la miró arqueando una ceja con arrogante

satisfacción masculina.

—¿Participando? —preguntó.

—Yo… yo no deseo bailar —si no se alejaba de su cuerpo musculoso, sabía que no podría ofrecer ninguna resistencia y ésta era indispensable si es que iban a aclarar las cosas. Sería tonto permitir que su deseo físico le nublara la mente.

—Está bien, vamos a ir a velear —entrelazó él sus dedos con los de ella y la alejó de la pista hacia una vereda sombría y solitaria.

—¿Velear? —repitió atontada.

—Quédate aquí, solo tardaré un minuto —le ordenó mientras se alejaba.

Asombrada, se quedó mirando alrededor. Más allá de los jardines, estaba el muelle. En medio de la oscuridad, y bajo la luna, podía ver las olas del mar en la playa. Linc debía estar loco, se encontraba demasiado oscuro y era muy tarde para ir a velear… aun cuando ella lo deseara, pero no era el caso. En su estado tan vulnerable, era mejor alejarse lo más posible. Se volvió para dirigirse hacia la pista. Más allá, a lo lejos detrás de unas parejas, distinguió la cabeza de Wayne, estaba sentado en una mesa, hablando con la esposa de alguien. «Típico», pensó «es su especialidad». De inmediato dio paso atrás a sus pensamientos ya que él tenía un corazón de oro. ¿No era él genial y comprensivo y no estaría ella más a salvo a su lado que con Linc? Mordiéndose el labio, dio un paso hacia adelante.

Una mano la detuvo. Linc había regresado y era demasiado tarde para una retirada.

—Vamos —tomó su mano y la haló a través del jardín. Mientras caminaba junto a él, notó que llevaba una botella de champaña en la mano—. Tenemos que celebrar —dijo sonriendo al darse cuenta de que ella lo miraba. Él aceleró el paso y Judith tuvo que correr para alcanzarlo, sus tacones resonaban sobre el muelle. Cuando llegaron al final del pasillo, él se detuvo soltándole la mano, buscó en el bolsillo de atrás y sacó unas llaves.

—El señor Cheng me permitió utilizar la cabina de su barco —le explicó—, y me dio el *Moet et Chandon*. Hay vasos a bordo y toallas, si es que deseamos nadar. Somos libres para ir a cualquier parte.

Desafiante, Judith se colocó las manos sobre las caderas.

—Yo no voy contigo.

Él colocó la botella sobre el muelle de madera y bajó por unos escalones hacia la cabina del barco. Con calma, comenzó a quitar la lona que cubría el techo.

—Yo no iré —repitió.

—Sí lo harás —dobló la cubierta lanzándola a un lado—. Esta es una oportunidad ideal, necesitamos estar a solas y hablar —la miró y cuando leyó las dudas en su rostro continuó—: ¿No es así?

—Sí —respondió la chica aceptando.

—Entonces ven aquí abajo conmigo y trae el champaña.

Reacia, tomó la botella y bajó. Linc tendió los brazos y la tomó por la cintura levantándola con facilidad. Inclinando la cabeza, él la besó con suavidad, era su señal secreta con la cual la invitaba a hacer el amor. Ignorando el mensaje sensual, la chica se liberó.

—¿Qué… qué estamos celebrando? —preguntó temblando.

—El hecho de que la señorita Cheng no está embarazada —dijo sonriendo mientras soltaba las amarras—, me parece una muy buena causa por la cual celebrar.

—Lo es —murmuró infeliz.

—Pero no pareces hacerlo. No te das cuenta, su vida no será destruida.

Ella encogió los hombros.

—Así es que ella ya está contenta y tú también.

—Es todo un descanso y Cheng Boon Seng fue muy comprensivo, gracias al cielo —él encendió el motor y la embarcación se movió despacio dirigiéndose entre las sombras hacia las aguas profundas.

—¡Qué conveniente!

Él dio vuelta al timón para seguir la costa.

—Deberías estar contenta —señaló frunciendo el ceño.

—¿Debería estarlo? ¿Por qué? Claro que me alegra que Kee Ann no haya tenido necesidad de recurrir al aborto, pero eso no altera el hecho de que pudo haber estado embarazada.

—No, estoy de acuerdo —manifestó con franqueza—. Sin embargo, me da gusto que su padre haya sido comprensivo.

—¡Bravo por él! —exclamó furiosa—. ¿Es eso todo lo que te importa? ¿Estás feliz porque él fue magnánimo y no te condenó? ¡Vaya trato! ¿Y supongo que piensas que ahora caeré en tus brazos? —se asió al pasamanos para nivelarse cuando la embarcación se meció —. Créeme, yo también entiendo, pero de alguna manera eso lo hace más difícil. ¿En serio piensas que podemos comenzar de nuevo como si nada hubiera sucedido? Lo siento pero no puedo. No puedo pretender que el saber que ese nene pudo haber sido… euroasiático no me importa, no es así de fácil.

Linc se acarició la mandíbula.

—Pero no hubiera sido euroasiático. No sé cómo se llame a la mezcla entre los thai y los chinos, pero estoy seguro de que no hubiera sido euroasiático.

—¿Thai? —repitió.

—Sumphote era thai.

—Pero dijiste que *tú* eras el responsable —le reprochó esperanzada.

—¡Yo no era el padre! —declaró mirándola asombrado—. Oh,

cielos cariño, tú nunca pensaste que… —de pronto apagó el motor y la tomó en sus brazos—, Jude, Jude, no era mi hijo. Te amo demasiado, nunca te seria infiel.

—Pero tú dijiste que era culpa tuya —susurró la chica.

—Fue mi culpa porque yo alenté esa amistad entre Kee Ann y Sumphote. Pensé que haría las cosas más fáciles y evitaría muchas tensiones para todos. Yo me entusiasmé cuando vi que traía libros y se interesaba por ella —movió la cabeza incrédulo—. Fui tan ingenuo que me imaginé que su compañerismo no era más que eso, y cuando me di cuenta de que no era así, me culpé. Nunca había cruzado por mi mente que Kee Ann pudiera tratar de seducirlo.

—¿Ella lo sedujo?—preguntó Judith asombrada.

Él lanzó una especie de carcajada.

—Parece como si no rompiera un plato, pero cuando esa jovencita desea algo, no se detiene ante nada. En el principio de nuestro fatal viaje hacia Tailandia, me dejó ver con claridad que lo que deseaba era acostarse conmigo. Me tomó bastante hacerle comprender que yo no estaba interesado —él suspiró—. Ahora me pregunto si durmió con Sumphote en venganza, o si es solo una ninfómana.

—¿Y qué piensa el señor Cheng de todo esto? —preguntó en voz baja.

—El pobre viejo es demasiado pragmático. Se da cuenta de que no puede controlar a Kee Ann. Yo le dije lo infeliz que me sentía por este enredoso asunto, pero cuando le pedí una disculpa, él dijo que no había sido mi responsabilidad. Él obligó a Kee Ann a confesar toda la historia y cuando lo hizo, dejé de sentirme culpable. Parece ser que Sumphote no tenía interés en verse comprometido con Kee, pero ella no es de las que acepta un no por respuesta. Conforme pasaron los meses, Kee fue doblegando su resistencia hasta convencerlo de que se acostara con ella un par de veces. Parece ser que en los Estados Unidos hacía esto con frecuencia y cuando vino al este de vacaciones y la familia la sujetó, comenzó a sentirse frustrada —había una sonrisa de alivio en su boca—. Sé muy bien cómo se sintió, lo que me hace pensar en algo más que tú y yo tenemos que discutir.

La felicidad la invadía. Así es que Linc había sido fiel. De pronto, Judith se sintió feliz, deseaba reír y llorar, subir al cielo y cantar triunfante, pero en vez de eso se apretó muy fuerte contra él.

—¿Qué cosa?

—El celibato —él le guiñó un ojo—, apesta. Si lo que tú deseas es no tener hijos por ahora, está bien, respetaré eso, pero de ahora en adelante tomaremos precauciones —accedió mientras movía la cabeza de un lado al otro en silenciosa protesta—. No hay forma de que nos acostemos en la misma cama sin que yo te haga el amor. Pasé cada minuto de cada noche en los últimos días observándote a través de la

oscuridad, deseando besar la suave piel de tu cuerpo. Cómo se me fue a ocurrir una idea tan tonta como ésa, nunca lo sabré. Creo que estaba tan enfadado por que tú me habías alejado de ti que quise castigarte.

Judith rio colocando los brazos alrededor de su cuello. Despacio, la chica abrió los labios y con la punta de la lengua acarició su labio superior.

—¡Cariño! —exclamó él antes de abrir la boca y tomar la de ella, obligándola a echar la cabeza hacia atrás mientras la besaba con pasión. Su beso continuó y ella tembló bajo su caricia. Feliz, se apretó contra él mientras Linc besaba su cabello y rostro, cada beso se hacía más profundo que el anterior.

—Pensé que estábamos aquí para hablar —murmuró cuando sus dedos le acariciaron los senos.

—No, hay solo una cosa que deseo hacer ahora, y para ello no se necesitan las palabras.

Con manos suaves ella lo apartó un poco.

—Hay algo más que tienes qué hacer si no quieres que naufraguemos.

Levantando la cabeza, él miró a su alrededor y luego brincó encendiendo el motor apresurado. Se alejaron en medio de la oscuridad; unos cuantos metros más y hubieran encallado. Ahora, Linc se reía dirigiendo la embarcación a aguas más profundas.

—Consigue unos vasos, Jude, mientras yo abro la botella.

Encontró unos vasos en la alacena y se los llevó mientras él luchaba por abrir la botella.

—Yo tomaré el timón —se ofreció la chica.

—Gracias, ahora podré utilizar las dos manos —hubo un sonido al salir el corcho por el aire y caer al mar, la espuma del champaña subió derramándose sobre la camisa de Linc. Refunfuñando, él sirvió dos vasos.

—Por nosotros —sonrió mirándola.

Él tomó el timón, colocando los brazos alrededor de la cintura de la chica y apretándola contra su pecho.

—Estás mojado y pegajoso —protestó mirándolo con adoración—. Tu camisa está empapada. ¿Por qué no te la quitas?

—Tú hazlo —arqueó una ceja—, creo recordar que tú lo hacías mucho mejor que yo.

La adrenalina comenzó a correr por sus venas, mezclándose con el champaña haciéndola ver que la única razón de su existencia era amar a este hombre que tenía frente a ella. Se dedicó a esa tarea despacio, desabrochando los botones uno a uno. Cuando terminó, sus manos se deslizaron por su pecho.

—Eres muy hermoso —señaló la chica frotando su mejilla contra la piel descubierta.

—Los hombres no son hermosos —objetó pasando su brazo alrededor para tenerla prisionera.
—Tú eres hermoso —la chica insistió.
—¿Incluso con mi barba? —preguntó observándola con amor.
—Incluso con tu barba.
Quitándole la camisa, la lanzó a un asiento en la parte de atrás del barco y la brisa la voló.
—¡Cielos! —exclamó desesperada—, tendremos que volver, tu camisa cayó al mar.
—Esta noche no pienso volver por nada ni por nadie —respondió sin molestarse en regresar. Él miró el reloj diciendo—: Cinco minutos más y habremos llegado.
Por primera vez, Judith se dio cuenta de lo que la rodeaba. La playa parecía un listón de plata en medio de las palmeras que se mecían. De vez en cuando, se veía alguna luz en el mar, pero la playa estaba desierta.
—Nos dirigimos a Monkey Bay —sonrió ella cuando Linc le dio la vuelta al timón para que la embarcación encallara sobre la arena. Ahora estaban solos en la noche tropical.
Linc, deslizó una mano sobre los tirantes de su vestido.
—Ayúdame —murmuró y sus dedos se juntaron con los de él mientras soltaban los tirantes. Cuando lo lograron, Linc deslizó la suave tela por sus caderas y al caer, ella dio un paso para quitárselo. Sin cuidado, Linc hizo a un lado la prenda concentrándose en la chica. Ahora, solo unos pantaloncillos la adornaban.
—Cariño —gimió Linc mirando con ansiedad su cuerpo. Él apagó el motor y se dirigieron hacia la playa. Su boca era ruda mientras la besaba. Judith comenzó a sudar cuando él acarició su cuerpo. Todo lo que le importaba ahora, era Linc acariciándola y llevándola hasta el éxtasis. Loca de deseo, pasó sus manos por la desnuda espalda masculina deslizando los dedos sobre sus músculos. Ahora, él acariciaba sus senos y los besaba.
Linc la dejó por un momento mientras iba al barco por unas toallas y lo aseguraba. Luego, la tomó entre sus brazos y la llevó hasta la suave arena y sin decir palabra acomodó la toalla.
—Jude, mi Jude —murmuró.
El corazón de la chica volvió a latir con fuerza cuando entró de nuevo en los dominios del placer del cual Linc era el amo supremo. Él tenía una manera especial para hacer que ella vibrara cuando la tocaba, inclusive, el solo tacto de su mano la estremecía.
—Te amo —le dijo con fiereza quitándole el pantaloncillo—. Eres mía, Jude, solo mía —y la tomó, llenándola de amor y ella unió sus gritos a los de él y juntos se perdieron en un mar de deseo.

Tiempo después, Judith se encontraba acostada entre los brazos, de su esposo ebria de la ternura y el calor que siguió a la intensidad de su posesión. Entre sueños, vio las nubes sintiéndose irreal. La botella de champaña estaba vacía, y ella murmuraba adormilada mientras él besaba de nuevo su cuerpo. Con flojera, comenzó a excitarse. Este era el Linc que ella conocía, y su cuerpo respondió al suyo, vencido por la intensidad de sus caricias.

—Te amo —le decía una y otra vez.

Capítulo 8

—¡Aah! —Con un doloroso gemido Judith se llevó la mano a la cabeza—. ¡Aah! —gimió mientras su cerebro estaba a punto de estallar. Se sentía fatal; le dolían todos los huesos. Como entre brumas, recordó la mezcla de bebidas que había ingerido el día anterior.

Quedándose muy quieta, palpó la cama… estaba vacía. Sus dedos localizaron el reloj, y después de un gran esfuerzo, se dio cuenta de que era la una de la tarde, hora de comer, pero el solo pensamiento hizo que le dieran náuseas. Cada movimiento era una tortura, inclusive el cerrar los ojos, pero tal vez si dormía podría curarse. ¿A quién trataba de engañar? Una sensación como ésta no desaparecía así nada más. Mientras permanecía acostada, se percató de que el *bungalow* estaba muy callado. ¿En dónde se encontraban Magda y Linc? Tal vez en el patio, guardando un respetuoso silencio pero no, su suegra jamás hubiera podido permanecer en silencio tanto tiempo.

El tiempo pasó y al fin se sentó. Se quedó allí un momento y después se dirigió hacia el baño. Tomó dos aspirinas y se hizo el firme propósito de controlarse. Luego, se bañó mientras él agua la cubría, se felicitó por su fuerza de voluntad. Cuando terminó de ponerse los *shorts* y la blusa de color lila, se sentía mejor.

Judith entró en la sala descalza y luego se asomó en el patio… estaba vacío. Incluso la habitación de Magda se encontraba vacía. Como sonámbula, se dirigió hacia la cocina y conectó la cafetera. Estaba tomando un poco de café cuando escuchó el sonido de un coche por el sendero y colocándose el cabello tras los oídos, caminó con cuidado hacia la puerta. Parpadeó. Wayne caminaba por la vereda de grava.

—Hola cariño —sonrió—. Me alegro de verte.

Judith lo miraba asombrada. ¿Por qué estaba él aquí? Alarmada vio la determinación escrita en su rostro, cuando entró con paso firme en la habitación.

—No me siento muy bien. ¿Te importaría hablar en voz baja?

Él se volvió para consolarla.

—¿Qué es lo que sucede? ¿Qué fue lo que te hizo?

—¿Quién me hizo qué? —demandó atontada mientras se sentaba de nuevo—. ¿Deseas un café… o una cerveza?

Impaciente Wayne negó con la cabeza.

—¿Qué fue lo que *Linc* te hizo? Vi cuando te forzaba a alejarte de la fiesta anoche y nunca regresaron. Todo el mundo estaba preocupado.

—Él no me forzó en realidad —comentó y luego cambió de opinión —. No, tienes razón, tal vez lo hizo.

—¿Cómo están las cosas entre Linc y tú? ¿Van a separarse?

Ella parpadeó ante el tono estridente de su voz. ¿Separarse? ¿Por qué se separarían ella y Linc ahora que todo estaba bien entre ellos?

Wayne tomó su silencio como una afirmación.

—Ya es tiempo de darle una demostración —indicó pegando con un puño en su mano.

—¿Una demostración? —preguntó azorada sin saber de qué estaba hablando.

—Linc necesita que se le digan unas cuantas cosas —señaló y ella nunca lo había oído hablar así—. Tiene que darse cuenta de que no puede regresar y tratar de manejar vidas.

—¿No sería mejor decir arruinar sus vidas? —una voz seca llegó desde el patio.

Judith se volvió de prisa y luego lanzó un gemido. Linc estaba recostado contra el marco de la puerta indolente, por completo relajado, tenía el pulgar metido dentro del cinturón de los pantalones vaqueros.

—¿Has estado fuera? —preguntó Judith tratando de imaginar desde cuándo estaba ahí.

—Sí… corriendo —respondió y Judith notó que la playera estaba empapada y se le pegaba al pecho—. Pensé que sería una pena permitir que mi cuerpo se volviera obeso y fláccido.

—Ja, eso nunca sucederá —gruñó Wayne mirando a su primo.

—Así lo espero —él dobló los brazos—. Vi tu coche en el camino, me sorprende que no lo escondieras en la cochera. ¿No es eso lo que haces por lo general cuando visitas a mi esposa?

Wayne se ruborizó.

—No sé qué es lo que quieres decir.

—¿De qué estás hablando? —lo interrumpió la chica—. ¿No podemos todos ser amigos como antes? —Ignoró la mirada llena de desdén de Linc y sonrió con complicidad—. Yo pensaba que después de lo de anoche, tú estarías contento de…

—¡Anoche! —comentó agudo—. Anoche los dos habíamos bebido mucho, en especial tú. Lo de anoche no significa nada.

Judith lo miró aterrada. ¿La había confundido esa combinación de champaña y deseo? Creyó que todos los problemas habían desaparecido y que su matrimonio estaba a salvo, destinado a durar siempre lleno de amor. ¿Habría sido solo su imaginación y el éxtasis de la noche, lo que le había hecho suponer que ellos estaban de nuevo unidos en lo espiritual tanto como en lo físico? Este nuevo dolor que sentía no tenía nada que ver con la sensación que había experimentado al despertarse.

—No puedes hablar en serio. Yo pensé…

—¿Tú pensaste qué? —demandó mirándola—. No olvides que yo puedo leer el lenguaje corporal tan bien como el hombre que tienes junto. Te vi bailando anoche con Wayne y aunque el alcohol nublaba tus sentidos, estoy seguro de que para ti no habría habido mucha diferencia si te quedabas con él o conmigo —encogió los hombros—. Sin embargo, creo que esperaba eso desde hace mucho.

—Estás loco —manifestó la chica colocando la mano en su cabeza —. Por completo loco.

Linc encogió los hombros de nuevo, pareciendo indiferente y este gesto le rompió el corazón. Así es que no era Kee Ann la que lo alejaba de ella, sino otra cosa, algo más profundo. Su amor por ella desapareció, en este año que habían estado separados, y esta ruptura nunca podría ser salvada.

—Debo confesar que me sorprende que tu amistad con Esther cuente tan poco. El engañarla es como darle una puñalada por la espalda. Yo no esperaba esto de ti, pero supongo que ella no sabrá nada —sus ojos se fijaron ahora en Wayne—. Es parte del juego, ¿no es así? Supongo que le dijiste a Judith que estarías encantado con una aventura, pero que se necesitarían mil caballos para arrastrarte lejos de Esther, ¿o es mi esposa la que te arrastrará y te aleja?

Con los ojos lanzando lumbre, Judith se levantó furiosa.

—No hay nada ente Wayne y yo, anoche yo estaba… estaba coqueteando con él, pero eso fue porque tenía el corazón roto por lo de Kee Ann y tú. Wayne y yo no tenemos nada que ocultar.

—*¡Nada!* Por lo que he escuchado, ha pasado tanto tiempo durante el último año contigo como con Esther.

—¡Eso no es verdad! —exclamó furiosa—. Sí, él venía con frecuencia —reconoció—, pero solo porque le interesaba mi bienestar.

—Es en tu cuerpo en lo que él está interesado, señora —le dijo mientras miraba furioso a Wayne—. ¿No es así?

—Bueno… pues… Creo que Judith es muy agradable pero… —su rubor se intensificó.

—¿Solo agradable? —insistió Linc—. No te olvides que eres mi primo y como señalaría Magda, tenemos los mismos genes. Sé muy bien lo que me gusta y estoy muy seguro de saber qué es lo que te gusta a ti… mi esposa.

—Tienes una idea totalmente equivocada —Judith interrumpió impaciente—. Si tú imaginas que yo hubiera…

—No, no la tiene —la interrumpió Wayne—. Enfrentemos los hechos Jude…

—*¡Judith!*

—Judith. Si Linc hubiera estado alejado más tiempo, las cosas hubiesen… bueno… se hubieran desarrollado entre nosotros.

—*¡Desde luego que no!*

La boca de Wayne se abrió.

—¡Oh! Pero… pero yo pensaba que tú te interesabas en mí.

—Y lo hacía, pero solo como amigos. Por si te interesa saber, estaba pensando en pedirte qué me dejaras y te dedicaras a Esther —se miró las manos—. En cuanto a lo de anoche… reconozco que estuve algo provocativa y en un estado muy traumático.

La expresión de Linc no revelaba nada.

—Creo que he hecho el tonto —murmuró Wayne apesadumbrado.

—No te sientas lastimado —le dijo la chica caminado hacía él y colocándole una mano sobre el brazo—. Te aprecio mucho y agradezco todo lo que has hecho por mí.

Al fin, Linc habló.

—Yo entiendo, Wayne, era una situación propicia y no te culpo. Me doy cuenta de que deseabas consolarla, cualquier hombre lo hubiera hecho.

Wayne sonrió apenado.

—Todo sucedió al mismo tiempo. Yo estaba pasando por una situación difícil en casa. Esther estaba tan obsesionada con el niño que parecía que ya no me necesitaba.

—¿Y Jude sí?

—Creo que sí, al menos pensaba así. Yo deseaba hacer que todo estuviera bien para ella.

—Me ayudaste mucho —dijo Judith asegurándole—. Tú mantenías a Linc vivo para mí —miró a su esposo—. Hablando sobre ti con Wayne conservaba mi espíritu en alto. Él hacía que fueras real, como si solo estuvieras en un viaje de negocios del cual pronto regresarías. La única manera en que podía convencerme de que volverías era haciendo que todo pareciera normal.

Él lanzó una risa de pronto.

—Parece como si hubieras estado haciendo un favor, primo.

—Tal vez —Wayne estuvo de acuerdo apenado—. Eran tiempos difíciles pero creo que debí conocer a Judith mejor para pensar eso.

—Debiste —confirmó la chica.

Linc movió la cabeza cansado.

—¡Cielos! Las noches que solía quedarme despierto esperanzado en que tú la estuvieses cuidando, y al mismo tiempo deseando que no fuera así —él lanzó un fuerte suspiro y levantó los hombros como si un gran peso se le hubiera quitado de encima—. Gracias al cielo que todo ha salido bien.

—Debiste haber confiado más en mí —reclamó Judith mientras sus brazos le apretaban la cintura; luego, sus ojos se llenaron de preocupación—. Pero también yo debí hacerlo.

—En una situación como la que hemos pasado, no solo es cuestión

de confianza —contestó él frunciendo el ceño—, para serte honesto, creo que no hubiera podido culparte si algo hubiese sucedido. Recuerdo lo deprimido que me sentía algunas veces, qué desesperado estaba por escuchar una palabra amable, una sonrisa amistosa, un hombro en el cuál llorar. Es solo cuando uno se ve privado de afecto que comienza a valorarlo. Es la chispa de la vida, todos necesitamos a alguien a quien asirnos cuando, las cosas son difíciles.

—Tienes razón —comentó Wayne con un gesto—. Creo que debo ir a casa ahora y estar con Esther. Quién sabe, tal vez descubra que le agradan los niños grandes tanto como los pequeños.

Todos rieron.

—Nosotros vamos a discutir nuestros planes para el futuro —dijo Linc mientras caminaban hacia la puerta—. Te lo haré saber tan pronto como lleguemos a una decisión. Es injusto tenerte con la incertidumbre.

Wayne dudó en la entrada.

—Pase lo que pase, Esther y yo nos quedaremos en Penang. Hemos, discutido la posibilidad de que tú te vayas y ella piensa que lo mejor es quedarnos y consolidar la compañía —arqueó una ceja—. Una vez que logra dejar de hablar sobre el niño, tiene unas ideas geniales.

—Las mujeres están llenas de sorpresas —comentó Linc mirando a Judith con amor. Ella clavó las uñas en la piel comentando:

—Son los hombres los que tienen ideas tontas y no saben leer los signos como es debido.

—¡Ay! —se quejó—. Tal vez tengas razón.

La chica volvió a clavarle las uñas y él confesó:

—Está bien, tienes razón.

—Me alegro que ustedes vuelvan a llevarse bien —dijo la joven cuando Wayne se alejaba—. Él fue muy amable.

—No lo dudo, pero no es ningún ángel —comentó su esposo volviéndose a sentar en el sillón y pasando un brazo sobre sus hombros—. Wayne se especializa en mujeres casadas, mujeres que necesitan consuelo. Hay algo freudiano en eso. Él siempre busca aventuras, pero termina regresando con Esther. Tal vez, si tú lo hubieras aceptado hubiese sucedido lo mismo —hizo un gesto—, pero viéndolo bien, creo que no.

Judith se reclinó contra su pecho.

—Yo nunca me hubiera mezclado con él —insistió.

—Ahora lo sé, pero he pasado unos momentos terribles. Cielos, el solo pensamiento de Wayne y tú juntos me persiguió durante toda la semana —confesó ocultando la cabeza en su cabello—. A mi regreso me sentí muy feliz, pero cuando tú comenzaste a disculparte por algo y Wayne apareció… bueno, yo sumé dos y dos y el resultado fue

demasiado. Emocionalmente yo no me encontraba bien, había estado tanto tiempo excluido de todo que no sabía qué creer; caminaba de un lado para otro sintiendo que iba a volverme loco.

—Yo creía que ya no te importaba más —murmuró pasando los dedos por su barba—. Te mostrabas tan indiferente que estaba segura de que Kee Ann ocupaba todos tus pensamientos.

—No cariño, eras tú. Me sentía responsable de ella, pero eso no me mantuvo despierto en las noches. A mí me preocupaba el hecho de que tú desearas terminar con nuestro matrimonio y todo parecía confirmar mis sospechas. Cuando me dijiste que no querías un hijo yo lo tomé como una prueba de que nuestra relación se tambaleaba. No sé cómo pude sobrevivir, y el golpe de gracia fue cuando dijiste que no querías ir a los Estados Unidos conmigo.

—Tú me apresurabas, Linc. Tenías la vida arreglada sin haberme consultado para nada. Yo… yo me rebele.

—¡Y cómo! No lograba llegar hasta ti. Sé que con anterioridad habíamos tenido discusiones, pero de pronto tú eras tan independiente. Resultaba difícil asimilar todos estos hechos. Mucho del problema se debió a que mientras estuve prisionero tenía demasiado tiempo para pensar. Siempre te imaginé pálida y sumisa, vestida en encaje gris y llorando desesperada todos los días, y cuando regresé a casa y descubrí que tú estabas por completo controlada y administrabas un negocio exitoso… —movió la cabeza azorado—, para ser honesto, tu éxito en las antigüedades me asustó. Me sentí tan inseguro.

—¿*Tú* inseguro? —Judith arqueó una ceja.

—Yo también soy humano y tal vez hasta ahora me doy cuenta… —le envió una sonrisa—, de que soy muy posesivo en lo que al sexo débil se refiere. Supongo que en mi interior, siempre pensé que sabía lo que era para ellas. No se te olvide que desde los trece años estoy haciendo esto, así que ya tengo mucha práctica. Antes que mi padre muriera, tuvimos largas pláticas, y él insistió mucho en que yo tendría que tomar su lugar en la casa. Mi padre era mucho mayor qué Magda y la trataba como a una niña consentida.

—¡Eso debió haber sido difícil!

—No lo fue. Me enseñó que esto era mi deber. Yo estaba en una edad en que uno es muy impresionable, así que cuando él murió, me encontré ansioso de hacer todo lo que pudiera por mi madre y, siendo como es, Magda se dejó querer.

—Y así se formó el hábito.

—Sí, y esto mismo se trasladó a todas mis relaciones con las demás mujeres, incluyéndote a ti.

—Y por eso fue que te sentiste tan feliz cuando una de las llantas del coche se quedó atorada en la coladera.

—Fue algo divertido —comentó bajando los ojos.
—Pero poco típico —objetó Judith.
—Estoy de acuerdo. Fue un incidente aislado, pero esa vez te pusiste al nivel de Magda.
—¡Gracias!
—Pero no te das cuenta, yo podía manejar eso muy bien. Me hacía sentirme como un gran papá. Creo que ése es el papel que he estado desempeñando desde que papá murió. Al menos, todos mis tratos con Magda han sido bajo esas bases y con Kee Ann resultó igual, una vez que aceptó que yo no estaba dispuesto a acostarme con ella. Todo el mundo siempre ha dicho «el bueno de Linc se hará cargo», así que lo he hecho —su gesto era de autoburla—. Tú eres la primera persona que te sales del sistema. Fue un gran golpe para mi ego descubrir que podías sobresalir sin mí.
—No del todo, cariño —señaló sombría—. Yo perdí al niño porque me sentía muy nerviosa. Logré salir adelante, pero noche tras noche lloraba hasta quedarme dormida.
—Todo está bien ahora —le dijo acariciando su cabello.
—¿Pero lo está? Aunque nos guste o no, el último año nos ha cambiado a los dos. Nuestra relación nunca volverá a ser la misma.
—Será mejor —indicó Linc con firmeza—. Antes, no habíamos logrado ser del todo honestos, los dos representábamos un papel, pero ahora hemos comenzado de nuevo.
—¿En serio deseas cambiarte a San Francisco?
—Sí, lo deseo. El establecer otra compañía en los Estados Unidos será mucho mejor desde el punto de vista comercial. Penang es demasiado pequeño; todo lo que necesitamos es que otra compañía se establezca y estaremos en serios problemas, el mercado no es lo bastante grande como para soportar a dos. Casi llegamos a nuestro límite de expansión y si crecemos más tendremos que hacerlo en otros países asiáticos y eso involucraría las restricciones normales para con los extranjeros.
—¿Prefieres establecerte en Estados Unidos donde no hay límite alguno? —preguntó Judith haciendo un gesto.
—Sí, pero…
—¿Pero qué?
—Estoy dudoso en cuanto a esta decisión —indicó mirándola—. Desde el punto de vista comercial, el cambiarse tiene sentido, pero desde el punto de vista personal… bueno, no lo sé.
—Yo no quiero ser la que lleve los pantalones, Linc.
—¿Por qué no? Tienes el mejor trasero del negocio —se burló.
—No evadas el tema.
—No señora —dijo inclinando la cabeza para besarla—. Vamos a la cama, déjame hacerte el amor.

—Eso es una evasión —señaló la chica protestando.

—¿Temes quedar embarazada? Ya es demasiado tarde para preocuparse por eso, cariño. Estoy seguro de que eso ya sucedió. Estabas demasiado distraída anoche como para preocuparte.

—¿Yo lo estaba?

—Los dos.

—Pensé que habías dicho que lo de anoche no significaba nada.

—Mentí. Cielos, cada vez que te toco te estoy diciendo que te amo —una sombra cruzó por sus ojos—. Si realmente deseas no formar una familia aún, entonces estoy preparado para esperar hasta la siguiente semana cuando puedan examinarte. No diré que me agrada, pero esperaré.

—Acabas de decir que ya es demasiado tarde.

—Bueno, no estoy seguro de que seamos tan productivos la segunda vez.

—Creo que deberíamos intentarlo.

—¿En serio?

—Sí. De pronto la idea de tener un nene es mucho más excitante que manejar un negocio de antigüedades.

—Creo que no debes apresurarte en esto… —comenzó Linc y luego hizo un gesto cuando escuchó llegar un coche.

—Ese señor Jeyaretnam es muy amable —comentó Magda entrando, en el *bungalow*—. Me ha invitado a quedarme en su casa en Calcuta y debo reconocer que es hermosa.

—Qué agradable —exclamó Linc alejándose de Judith.

—Pero no sé si debo aceptar. ¿Tú qué piensas? Está demasiado lejos.

—Está muy lejos de Los Angeles, además, creo que deberías decidirlo por ti sola.

Ella se quitó un arete.

—¿Debería? Sí, supongo que sí.

—Siento mucho no haber estado despierta antes —se disculpó Judith—. Me sentía un poco mal.

—¿Te encuentras bien ahora? —preguntó la mujer mayor pero sin esperar contestación continuó—. Pasé una mañana agradable. Me reuní con el señor Jeyaretnam junto a la piscina y discutimos sobre la fiesta de anoche. ¿No fue una gran sorpresa para los dos?

—Fue encantadora —estuvo de acuerdo la chica.

—Muchas gracias —señaló Linc sonriendo forzado.

Magda miró por un momento y luego frunció el ceño.

—Cuándo piensas afeitarte esa horrible barba, Lincoln. Se ve tan… tan poco americana.

Él pasó una mano por la barba.

—Y yo que pensaba que te recordaría a alguno de tus antepasados

rusos.

—Bueno, ahora que lo mencionas… —se interrumpió al darse cuenta de que él se estaba burlando de ella—. Hay una fotografía tuya en el periódico pero nadie te reconocerá con esa barba.

—Déjame mirarlo —la chica tomó el periódico y lo revisó buscando el artículo. Había una fotografía de Linc parado en el jardín —. Creo que te veo muy audaz —declaró y le envió una amplia sonrisa.

—Es el Lincoln Cassidy Mark II —Linc hizo un gesto—, modelo mejorado.

—¿Y qué había de malo con el anterior? —preguntó la mujer mayor.

—Bueno… —la chica se mordió el labio sin saber qué decir.

—Él tenía la tendencia a manejar la vida de los demás —comentó Linc—, en especial la tuya madre, pero eso se terminó. Y como un gesto final, llamaré al aeropuerto y confirmaré tu regreso para mañana. Después de eso, estarás sola.

—¿Sola? —repitió su madre indecisa—. ¿Billete para mañana? Pero yo no pienso irme en varios días aún y en realidad estaba pensando…

—Te vas mañana —le dijo—. Ya pasaste unas buenas vacaciones, pero ahora es tiempo de que Jude y yo estemos solos en nuestra casa. Y en lo futuro, puedes dejar de enviarme telegramas y llamadas a media noche, porque iré a verte cuando yo lo desee y no cuando tú estés aburrida o necesites que se te arregle un techo.

—¡Lincoln! ¿Cómo puedes tratar a tu propia madre así? —preguntó Magda parpadeando con agitación.

—Con facilidad. Durante los últimos veinte años yo siempre he cuidado de ti y creo que ya es hora de tomar un descanso. Tú eres todavía joven, sana y tienes dinero en el banco, así que no hay razón para que siga cuidándote —dijo mientras le guiñaba el ojo a Judith—. Ya tengo suficiente con mi vida.

—Entonces me casaré con Cy —anunció Magda drástica.

Linc y Judith se miraron con asombro.

—¿Él desea casarse contigo? —la chica preguntó cautelosa.

—¡Desde luego! ¿Por qué te imaginas que me ha estado llamando con tanta frecuencia?

—¿Te lo ha pedido?

—Cy siempre lo hace, y ahora no tengo otra alternativa que aceptarlo. Una mujer como yo necesita de un hombre que la cuide, en todo caso, tal vez ya es tiempo de establecerse —Magda dijo decidida —. Comenzaré a guardar mis cosas ahora, luego iré al hotel para despedirme del señor Jeyaretnam. Por favor reserva un lugar que dé al pasillo y en la sección de «no fumar», donde pueda mirar la película.

Oh, y en la parte delantera del avión —terminó mientras se alejaba contoneándose.

Linc lanzó un silbido.

—Repito, las mujeres están llenas de sorpresas. Nunca pensé que podría quitarme a Magda de encima con tanta facilidad.

—Nunca lo habías intentado —manifestó la chica.

—Es cierto, pero me imaginaba que ella estaba desamparada.

—¿Como yo?

—Yo te colocaba en la misma categoría, pero ¡cielos!, me equivoqué —exclamó pasando los dedos por su cabello—. Me asombra ver cómo lograste sobrellevar nuestro primer año de casados.

—Todo era nuevo, Linc, así es que tenía que conocerte a fondo. Había tantos ajustes qué hacer… vivir en un país extraño, establecer una casa —sus ojos brillaron—, acostumbrarme a hacer el amor con un forastero.

—No me digas que son muy distintos en Inglaterra —se burló él.

—Lo hacen más seguido —contestó Judith sonriendo.

—¿Vamos a la cama a averiguarlo?

Magda asomó la cabeza por la puerta de su habitación.

—¿Ya hablaste al aeropuerto, Lincoln?

—¡Cielos!

—No hay razón para enfadarse —replicó con calma.

—Lo haré ahora —prometió levantándose mientras Magda desaparecía.

—Pregunta por los vuelos a San Francisco —Judith comentó.

—¿Por qué? —preguntó arqueando una ceja.

—Porque si pensamos vivir ahí, tendremos que viajar para conocer el terreno.

—¿Tienes intenciones de vivir ahí?

—Sí —declaró.

Linc encogió los hombros.

—Pues ya me conoces, siempre estoy preparado para seguir las ideas de los demás.

—¿Quieres decir que eres muy fácil de convencer?

—Desde luego.

—Apuesto a que eres de la clase de hombre que deja que las mujeres hagan lo que quieran con él.

Colocando los brazos alrededor de ella, él la acercó.

—Mujer —le corrigió—, pero así soy yo, nunca me resisto. Soy la diversión de la dueña de una casa de antigüedades —le dijo a la vez que le acariciaba las caderas—, y me gusta la manera como te veo en estos *shorts*.

Judith le besó la mejilla.

—El teléfono primero, señor Cassidy.

—Sí señora —Linc levantó el auricular y comenzó a marcar—. ¿Estás segura de que deseas que nos cambiemos hacia los Estados Unidos? —preguntó muy serio—. Si prefieres quedarte en Penang, podríamos posponerlo.

—Claro. He estado pensando las cosas y estoy de acuerdo en que este momento es el mejor para hacerlo. Me entristecerá dejar Mandarin Antiques, pero tengo excelentes contactos en el sureste de Asia y tal vez abra otra tienda…

—Cuándo.

—Cuando me decida hacerlo, tendré bases sólidas para comenzar, pero por ahora también estoy pensando en formar una familia, si no es que ya comencé, y tal vez, podría esperar un año o dos para abrir una nueva tienda.

—Pero estás cediendo en todo —dijo Linc frunciendo el ceño.

—No, solo estoy pensando con sentido. En el pasado, necesitaba de algo que llenara mi vida y Mandarin Antiques lo hizo, pero solo fue reemplazo… de ti y del niño que perdí, pero ahora tenemos una segunda oportunidad. Tal vez seamos unas personas un poco diferentes, pero lo principal es igual.

—Nuestro amor —murmuró Linc contra sus labios—. Eso siempre ha sido constante.

El helicóptero voló sobre las palmeras hacia la plateada playa. Linc se concentraba en aterrizar, deslizando el aparato con firmeza y seguridad. Junto a él, con su cinturón aún puesto Judith lo observaba. El amor por los viajes se reflejaba en los ojos de su esposo. Cuando al fin aterrizó, él comentó:

—Monkey Bay como usted lo pidió, *madame*. Su última visita por lo menos en un largo tiempo.

Ella sonrió.

—Quédate donde estás —ordenó—, vendré a ayudarte.

Judith hizo un gesto desabrochando el cinturón.

—No soy ninguna inválida —protestó cuando él dio la vuelta para ayudarla a bajar.

—Tengo que cuidar de ti —sonrió amoroso—, y de este niño nuestro.

Juntos caminaron por la arena hacia la playa.

—¿No lo lamentas? —preguntó pasándole el brazo por los hombros.

—Extrañaré Penang, pero no, no lo lamento —reconoció—, pensé que sería doloroso vender Mandarin Antiques, pero no lo fue —la chica miró feliz su estómago aún plano—. El hecho de tener que cuidar al nene de pronto hizo que la tienda tomara un segundo lugar.

—Has vuelto a asombrar a Esther. Ella cree que tú tienes la llave de la concepción instantánea.

—Se necesitan dos para un tango.

—Y cariño, me encanta ese ritmo.

Judith lo miró radiante.

—¿Es por eso que me has traído aquí hoy?

—¿Cómo pudiste pensar tal cosa? —preguntó fingiendo inocencia —. Yo solo deseo mostrarte la isla en nuestro último día.

—¿Así es que solo estaremos aquí un momento y luego iremos a otros lugares turísticos?

—Bueno —dijo despacio—, por casualidad traigo conmigo una botella de vino y un poco de pollo y ensalada. ¿Te gustaría quedarte a comer aquí?

—Son solo las diez de la mañana —replicó la chica riéndose.

—Podríamos tener una larga comida —murmuró sobre su cabello —. Después de todo, tenemos mucho que discutir.

—¿Cómo qué?

—Como cuál será el nombre de nuestro hijo, y si yo te amo más de lo que tú me amas a mí y lo maravilloso que sabe tu piel, y el sol, y…

—Y por qué tienes los hombros más anchos que conozco —ella continuó rodeando con sus brazos el cuello masculino—, y cómo el cabello en tu pecho se enreda cuando está mojado, y por qué no puedo vivir sin ti.

Él sonrió colocando un dedo sobre la boca femenina.

—Guardaremos las discusiones para la hora de la comida, ¿de acuerdo? Pero ahora… Jude, oh Jude, te amo.

Fin